HISTORIAS DEBIDAS

HISTORIAS DEBIDAS

Mario Ferreira

CONTENIDO

PRÓLOGO
EN BLANCO Y NEGRO
LA FOTO
LOS SUSURROS DEL TÉ
UNA HISTORIA DE ALQUIMIA
EL ADIÓS DE ANA
LOS ABUELOS
MIS ABUELOS PATERNOS
Puro
Lita
MIS ABUELOS MATERNOS
Ademar
Ana
EL JOCKEY
SEPIA Y DESCOLORIDA
EL RELOJ
UN AMOR ASÍ DE FUERTE
ROCHA: BALCÓN AL INFINITO
EL BARRIO
UN CEIBO EN MEDIO DEL PATIO
LA POSIBLE HISTORIA DE MACCIÓ
A LA LUZ DE UN FLUORESCENTE
LA VIEJA DE LA VENTANA
LA ÚLTIMA VENTANA

DETRAS DE LA CORTINA
El PUEBLO
LA COMETA
LA SIESTA
ARISTO
LA CASA ESCONDIDA
EL BAILE
EL TREN DE LAS 6:30
FOTOS SUELTAS
DIONISIO
EL RECADO
FUEGO
REFLEXIONES DESCONFINADAS
UN EJERCITO DE OJOS
TE QUIERO…PERO DE LEJOS
VILLANOS Y HÉROES
HASTA QUE NOS DUELA DE AMOR

A mi esposa, Carmen.
Por estar siempre.

PRÓLOGO

La vida es una caja repleta de historias. Una caja en la que es imposible divisar su fondo y en la que hurgamos infinitamente, hundiendo las manos de nuestra curiosidad sin límite alguno, para rescatar siempre, antiguas voces, viejos lugares, rostros conocidos y de los otros que, sin nuestro permiso, nos hablan de sus vivencias o incluso, si somos valientes, de las nuestras.

Algunas son historias tan viejas que nos suenan a cuentos infantiles de esos que se narran buscando el sueño de los más pequeños, otras tan serias, que nos recuerdan los consejos de los mayores.

A veces aparecen sin que nosotros las busquemos, historias dolorosas y tristes, que tratamos de devolver rápidamente. Instintivamente y en un acto reflejo de defensa, buscamos otras, las cercanas y reconfortantes, las que nos hicieron felices o por lo menos, nos acercaron a la felicidad.

Las historias que voy a compartir con ustedes en este libro, son esas. Las que escribieron en mi vida personas y lugares que guardo en mi corazón con gratitud.

Historias simples, de gente simple que suceden en sitios comunes: patios, calles, escuela, barrios, pueblos. Vidas transcurriendo por la vida.

Historias que comienzan a perderse en mi memoria y empiezan a mezclarse unas con otras sembrando la duda de si realmente sucedieron tal como las recuerdo, o son un ovillo de imágenes que voy completando con un poco de imaginación.

Aunque en verdad, nada de eso me preocupa. Están allí para ser compartidas, y eso hago a través de las palabras, dejándolas volar libremente, porque las palabras son pájaros, ¿lo sabías?

Ellas vuelan si las dejamos salir y existen antes de surcar el espacio que nos separa del otro.

Hay palabras con grandes alas que las llevan lejos, allá donde ni siquiera nosotros, sus progenitores, sabemos. Son palabras sin destino que quizás se agoten en el tiempo o si hay suerte, lleguen a algún oído atento que les pregunte de dónde vienen. Palabras viajeras que ya no son nuestras.

Hay palabras que poderosas, salen como flechas de nuestra boca, con destino preciso, con un objetivo y una misión. Son palabras de alas robustas y ágiles, tan veloces que no nos da tiempo a detenerlas o cambiarlas antes de que toquen su meta.

Son fuertes y por eso, penetran primero en el corazón antes que en la razón. Lo riesgoso de ellas es que no mueren y se repiten, multiplicadas hasta quedar dando vueltas infinitas en el otro.

Hay palabras viajeras como palomas mensajeras, que van y vienen cambiadas, transformadas por el viaje y nos interpelan.

Palabras que algunas veces nos suenan amables, cercanas, que acarician nuestro ego y que otras veces hubiéramos preferido nunca haberlas dicho para no oírlas.

Hay palabras pequeñas, recién nacidas que caen en la nada apenas dichas. Con alas pequeñas, débiles e indefensas, que nunca alcanzan a tocar un oído. Son como gorriones que vuelan bajo, saltando sobre el suelo sin cambiar nada hasta extinguirse en el anonimato del olvido. Solo nosotros sabemos que existieron y a veces, ni eso.

Hay palabras enjauladas que no dejamos salir y dan vueltas y vueltas en nuestra cabeza. Aletean y se despluman golpeándose con nuestra propia censura, timidez o miedo.

Y por fin están las palabras que vuelan muy alto y encuentran en el aire su propio significado.

Palabras de origen sagrado que tienden puentes y anidan en el alma un tiempo, para emigrar después a otras almas.

Palabras que dejan huellas y refugios abandonados a la espera de una nueva y cálida estación. La estación que las trae de vuelta.

Porque las palabras, no sé si lo sabías, son pájaros y por eso, hay que dejarlas volar.

EN BLANCO Y NEGRO

LA FOTO

Cayó a mis pies como una hoja desprendida de algún árbol de recuerdos. Suspendida en el otoño implacable que tozudo, pasa por nosotros una y otra vez.

Una fotografía sepia, triste y abandonada, que, a pesar de ese salto al vacío, conservaba el brillo del instante irrecuperable (por ser parte del pasado), de aquellas personas.

Y allí estaba, junto a un contenedor de desechos, resistiendo su destino; prendiéndose obstinada a la baldosa gris con todas sus fuerzas enfrentando al viento que intentaba porfiadamente vencer su resistencia. Ella sabía que, si su enemigo lograba levantar un vértice, solo uno, estaría perdida.

La miré desde arriba y atraído por su fragilidad, me incliné para tomarla. Pero detuve la mano a pocos centímetros y dudé, y al final, casi rozando su acerada superficie, elegí no profanar la voluntad de quien se hubiese despojado así, de sus recuerdos.

Desde el papel desolado, me miraban serios y ajenos a su destino, los personajes de una escena antigua. Los rasgos de sus rostros delataban el origen italiano de alguno de ellos: barbas cuidadas, ojos claros en muchos, caras serias y enjutas. Parecían no estar muy dispuestos a posar.

Me detuve un instante en cada uno. Sus miradas penetrantes me atrajeron a ese lugar desconocido para mí y perdí, por un momento, conexión con el presente transportándome en el tiempo.

Bajo la perspectiva ideal que me daba el no estar realmente allí, me moví libremente por aquel patio. Aunque sin saber cómo, la escena fue cambiando, tomando la forma de una foto familiar; una foto que atesoro junto a otras tantas en una caja de mi cuarto.

En el centro destacaba un matrimonio de edad indescifrable; sin duda los “nonos”, mis bisabuelos (a quienes no conocí). Ella, Abuela Andrea, tenía sus manos artificialmente abandonadas a los lados de

su cuerpo. Su piel arrugada, denotaba muchos años de esfuerzo y trabajo duro. Parecía pensar en cómo recuperar el tiempo perdido por culpa de esas "modernidades". Un día de fiesta familiar le requería mucha tarea y ella seguramente, deseaba que todo saliera bien.

Su esposo, el Abuelo Juan, sin embargo, parecía disfrutar, en alguna medida, de lo que estaba aconteciendo. La cabeza un poco ladeada hacia su esposa, sus manos apoyadas en las rodillas sobre un humilde pero impecable pantalón, lo mostraban serio pero amable a la vez.

A su derecha una mujer corpulenta, sostenía en sus brazos a un pequeño bebé y mantenía muy cerca a otro niño vestido de marinero. Tal parecía, por la seriedad extrema que mostraba, que esta situación la incomodaba. Desde mi lugar, podía ver que los niños no se quedaban quietos y el fotógrafo, una y otra vez, les requería estarse más tranquilos: "¡Es que la fotografía saldrá movida, por favor!".

Seguí caminando entre ellos con tanto asombro que sin darme cuenta llegué detrás de mis abuelos maternos: Ana y Ademar. No podía creer lo elegantes que estaban. Él, enfundado en un traje claro (moderno para la época) y una rigurosa corbata perfectamente ubicada sobre la camisa blanca, y ella, con un vestido precioso con mangas y cuello trabajado en una tela blanca que le daba una presencia que destacaba del resto.

Quedé unos instantes como embobado mirándolos, escuchando sus comentarios en susurros, y sus miradas de jóvenes enamorados. Aún no habían nacido mi madre ni mis tíos, era el origen de mi familia. Mis abuelos enamorados; seguramente repletos de sueños y proyectos y yo mirándolos tan cerca entendiendo por qué siempre sentí su amor.

Pasados los minutos, todo el grupo comenzó a incomodarse. Las sonrisas (algunas forzadas), comenzaban a trocarse en muecas de fastidio; los pies se dormían dentro de los zapatos de domingo y la cercanía de aquel primo no tan apreciado, se volvía molesta. El niño vestido de marinero, le pedía a su madre para ir al baño.

Desde la cocina económica llegaba el aroma del estofado de la "nona", despertando secreciones y ruidos en los estómagos que ya imaginaban los "ravioli fato in casa" de verdura y queso parmesano, regados con el vino casero de siempre. La mesa grande del comedor y otra más pequeña de la cocina ya estaban bajo la sombra de los

nogales, adornadas sobriamente con el mejor mantel y pobladas por los vasos y platos variopintos sobrevivientes de incalculables combates culinarios.

Las mejores sillas ubicadas en una de las cabeceras para los “nonos” y dos bancos largos de madera ubicados a los lados para acomodar al resto. Ya vendría el momento de compartir las historias a viva voz, entreverando temas nunca terminados, cruzando fronteras con discusiones eternas; de aflojar las corbatas que atenazaban los cuellos, de cambiar la ropa a los niños para que pudieran correr por la quinta, de volver al batón y a las alpargatas.

Ya llegaría la fuente humeante con los “ravioli”, la damajuana con canasto de mimbre conteniendo el vino casero que, para los invitados ajenos, sería “el mejor vino que hemos probado, lo felicito, don Juan”.

Un domingo especial. El domingo de la foto familiar. Esta foto que tengo entre mis manos ahora y que me habla y emociona. Es que creo, como algunos pueblos ancestrales, que las fotos llevan un poquito del alma de quien está en ellas.

Por fin, se logró el disparo que perpetuaría a la familia. Claro, no todos quedarían conformes. Pero ya estaba hecho; un instante de gestos y poses. Quizás, su imagen real. El flash de magnesio me devolvió a la realidad y otra vez estaba mirando aquella foto a punto de levantar vuelo.

¿Quién deja tirado en la vereda un trozo de su historia? ¿Cuál de aquellas personas la ligaba a su vida?, ¿qué lo llevó a desprenderse de un trozo de sus recuerdos, de sus raíces?

No pude responder ninguna de estas preguntas y mientras pensaba qué era lo que debía hacer, el viento aumentó la apuesta y aquel papel voló y se convirtió en un pájaro inanimado que llegaría quien sabe cuándo a algún lugar. Y me dije que quizás, en una de esas vueltas raras que tiene la vida, fuera a caer, ¿por qué no?, justo a los pies de quien los pudiera entender y si era del caso, perdonar, para así, aunque más no fuera, recuperar ese trozo de tiempo.

LOS SUSURROS DEL TÉ

Desde lejos, mucho antes de llegar a su casa, ya se escuchaba el barullo ininteligible de mil voces mezcladas, que, en medio de difusas melodías, salían en un eterno caos de su vieja radio.

Nada más doblar la esquina, te atropellaban sin permiso. Eran los ruidos que se escapaban por el agujero redondo de aquella caja-jaula de madera antiquísima, de perillas gastadas y un dial que recorría con su aguja, balbuceos sin sentido hasta arribar, con dificultad, a la estación elegida. Sobre todo, en las tardecitas calurosas del pueblo, cuando las ventanas se abrían buscando alguna bocanada despistada de aire fresco (que nunca llegaba), se fundían sin distingos, tangos, noticias y fútbol que se esfumaban despacito y sin apuro en un viaje sin retorno. Igual que volutas de humo de un imaginario cigarrillo siempre encendido.

Nunca supe a ciencia cierta la causa de su sordera. En las siestas de verano, huyendo de la resolana que nos hacía cerrar los ojos y arrugar la nariz, jugábamos a inventar historias.

—Seguro que fue una bomba, de esas que tiran en la guerra.

—¡Pero si acá no hubo guerra!

—Entonces fue en Carnaval, algún *cuete brasilero* que le explotó cerca.

—Para mí, fue la patada de un caballo, eso me dijo mi madre una vez, creo.

—¿Y la cicatriz, dónde está? —Y así seguíamos hasta que el aburrimiento y el calor nos hacían callar y solo quedaba en el aire quieto, el canto de las chicharras escondidas entre las ramas de los árboles y el zureo de las palomas de monte esperando a la sombra la llegada de la tardecita. Y se me daba por pensar que ella no los escuchaba.

Nuestra tía abuela escondía discretamente su antiguo nombre,

Eusebia, bajo un apodo, que, como su sordera, era de misterioso origen: La Yeya.

Eternamente elegante, no por sus ropas o avíos sino por su porte enhiesto y su andar seguro que obligaba a imaginar en ella, una pasada belleza que aún en sus movimientos, daba batalla al tiempo. Nunca supe exactamente su edad y estoy convencido de que cada año cumplía igual al año anterior. Y de verdad, su apariencia parecía detenida en el tiempo, como si hubiera nacido ya con sus 80 jóvenes años.

Quién sabe a qué desilusiones la enfrentó la vida y qué fue lo que la empujó a quedar sola. Mujer de silencios largos que mimaba sin distingos a sus sobrinos-nietos.

Me gustaba escucharla. Su voz suave nunca se alzaba más de lo necesario. La radio era su compañía predilecta. Nadie se quejaba, era casi imposible exigirle algo. Todo lo arreglaba con una sonrisa y una invitación a tomar sus tés de yuyos. Mezclas secretas que transformaban la sencillez de las plantas que crecían a su alrededor, en azucarados y refrescantes oasis.

Retengo aún en mi memoria y a pesar de que ha pasado mucho tiempo, la frescura de la menta, el amargo de la carqueja, la aspereza de la marcela, el aroma nativo de la cáscara de naranja y, sobre todo, y más que nada, el dulzor del cedrón.

La Yeya sonreía cuando sus sobrinos-nietos corríamos en tropel hacia el armario sobre el que resplandecía en mil colores, la jarra del té. Los colores del arcoíris de la tierra (verdes, ocres, rojos y amarillos) mostraban sus mejores versiones ayudados por algún rayo de sol que se colaba, con mucho esfuerzo, a través del postigo cerrado de la ventana. Y nosotros saciábamos nuestra sed infantil de un solo trago culminado en un suspiro profundo de satisfacción y a veces en algún sonido involuntario que todos festejábamos con bromas.

Ella nos miraba feliz, parada en la puerta de aquella habitación que mantenía en penumbras para evitar los embates del verano.

—¡No dejen la puerta abierta que entra el calor de la calle! —, nos decía con su mejor cara seria; una cara que no podía mantener por más de dos segundos. Y nosotros le gritábamos mientras corríamos —: ¡No, quedate tranquila! — al tiempo que ganábamos la calle golpeando la puerta que, como era de esperar, quedaba abierta de par en par.

Algunas veces le preguntábamos de su pasado y ella nos contaba

una y otra vez la misma anécdota: un paseo por el centro de la capital. Se había sorprendido al ver los tranvías tirados por caballos y donde unos muchachos vestidos de domingo, con sus trajes negros, moñitas al cuello y sombreros de paja, le habían dedicado un piropo. Y nada más. No había más recuerdos que compartir o, lo que es más probable, no quería compartir cosas que deseaba olvidar.

Nunca me animé a preguntarle si había elegido estar sola por miedo a no poder oír los susurros de "un te quiero" o si se quedó atrapada en aquella tarde de paseo por la ciudad, reviviendo una y otra vez el piropo galante que la hizo sonreír.

Una noche, mientras dormía, la casa tomó fuego. Un descuido hizo que la vieja cocina eléctrica produjera un cortocircuito que inició el incendio.

Los vasos y jarras explotaron en mil pedazos, los pocos cuadros que tenía, cayeron al suelo; el espejo del aparador, trono de las jarras de té, se rajó sin retorno con un chirrido de espanto. Todo era caos y ruido. La Yeya dormía profundamente en su pieza como cada noche, sin sobresaltos. Seguramente soñando, como algunas veces me contó, con ganar "unos vintenes" en la quiniela o, como nunca me contó, con príncipes azules que no existían o quizás sí, pero nunca vio.

Poco a poco los vecinos comenzaron a salir a la calle y cuando percibieron el peligro comenzaron a llamarla.

—¡Yeya!, ¡Yeya!, ¡salí de ahí, por favor!

Las llamas voraces, no contentas con destruir todos los muebles, rompieron los vidrios de las ventanas queriendo alcanzar los árboles centenarios que flanqueaban la calle de balasto.

Desesperados, los testigos suponían ya lo peor. No había escapatoria. Cuando todo parecía tener el peor de los finales, divisaron al fondo de la casa una figura envuelta en un blanco y viejo camisón.

—¿Cómo saliste?, ¿por dónde?, ¿qué pasó? —Las preguntas se atropellaban unas sobre otras. Ella solo miraba cómo el fuego se iba extinguiendo poco a poco, y sus ojos se llenaron de lágrimas que no dejó caer secándolas suavemente con su eterno pañuelo bordado.

—Un ángel vestido de traje y sombrero de paja, me habló despacito al oído: *tenés que*

salir, me dijo".

Todos pusieron cara de extrañeza.

—¿Un ángel…?

—Sí, un ángel que hablaba muy, muy bajito —, y mientras decía esto, sonreía.

De a poco la casa se fue reconstruyendo. Volvieron los tés y las tardes con higos calientes, esos que te dejan la panza dura pero que no podés dejar de comer. Trepados a la higuera arrancábamos las brevas maduras mientras algún primo "campaneaba" para avisar si venía La Yeya.

Hoy sé que ella lo sabía; era imposible disimular las bocas rojas y las manos sucias que intentábamos limpiar apresurados en nuestra ropa. Y era feliz con eso. Así de simple, así de tanto.

El mundo giraba para ella en medio de voces y sonidos sin matices. Aunque estoy seguro de que ella podía percibirlos porque la palabra y la voz no son más que el camino a través del cual viajan las emociones y los sentimientos. Ellas y ellos, vibran en nuestro interior antes de aventurarse a salir hacia lo desconocido, por eso sé que La Yeya nos leía el corazón y allí estaba todo.

Con pocas palabras me enseñó mucho.

La paciencia de saber que las cosas pasan a su tiempo.

La sensibilidad de leer el corazón.

La aceptación de saber que tengo defectos y limitaciones y que ni los unos ni las otras son impedimentos para ser feliz.

El entender que se puede y se debe sonreír.

Que el escuchar es mucho más que el oír; que el grito no convence y la suavidad sí.

Y que un vaso de té hecho con amor, vale más que todo el oro del mundo.

Nunca le dije a La Yeya nada de esto y es simplemente, porque no lo sabía. El tiempo y los años que se van acumulando sin detenerse, nos van mostrando por qué somos lo que somos. O eso me parece.

No recuerdo bien cuándo fue. Un perro de porcelana verde que estaba sobre un mueble de su casa, llamaba siempre mi atención. Es que, en mis pocos años de vida, nunca había visto un perro verde. Cierto día, entré al comedor y tomé entre mis manos el adorno. Lo giré de un lado hacia el otro, busqué infructuosamente en el fondo alguna pista que me diera una explicación de por qué me sentía tan atraído hacia él. La Yeya se acercó como siempre silenciosa, como

caminando sobre nubes invisibles.

—¿Te gusta?

—Sí, es raro, pero me gusta. —Me miró sonriente y poniendo la porcelana en mis manos me dijo:

—Es tuyo.

Le di un beso y corrí loco de alegría.

Cada noche al acostarme y cada día al despertar, sé que está mi perro verde cuidando mis sueños desde la mesa de luz con su cara siempre seria y arrugada, vigilante e inmutable. Allí, superando al tiempo, con algunas cicatrices en su lomo brilloso, pero entero y orgulloso. Sin cambiar su postura ni su color; sin hacerse viejo. Me gusta saber que está igual que aquella tarde allá en el pueblo de mi tía abuela y algunas veces, le hablo de ella.

Muchas personas necesitan de cosas materiales para significar los sentimientos. Sacramentos, símbolos que nos remiten a otras cosas. Mi perro verde es justamente eso, un sacramento de la Yeya.

Tiempo antes de morir, la visité. Flaquita y arrugada, esperaba su momento en un viejo sillón. Al verme, y como era su costumbre, sonrió.

—¿Cómo andás, Yeya? —, le grité al oído. Un leve movimiento de su cabeza fue la respuesta donde intuí un “bien, bien, gracias”.

No recuerdo cuándo se fue y, pensándolo bien, quizás no lo quiera recordar.

Días atrás, revisando viejas fotos, me topé con ella. Aquella vez, había llevado mi cámara y le propuse posar junto a sus yuyos y enseres. Se la ve orgullosa, parada detrás de una mesa repleta de plantas, una caldera de aluminio abollada y un vaso de té. Muy seria y quieta, quizás recordando aquellas viejas cámaras que obligaban a mantener la respiración so pena de que la foto saliera movida.

Seguro que donde esté, una vez acomodados sus pertrechos, ha puesto manos a la obra e impregnado el cielo con “*la frescura de la menta, el amargo de la carqueja, la aspereza de la marcela, el aroma nativo de la cáscara de naranja y, sobre todo, y más que nada, el dulzor del cedrón.*”

Mil vasos plenos de color y dulzura, saciarán la sed de otros seres que ya no podrán olvidar, como nosotros, el sabor del cariño.

Y es seguro que La Yeya, ya podrá escuchar sin esfuerzo, los susurros del té.

UNA HISTORIA DE

ALQUIMIA

Cada invierno, el amanecer nos regalaba su aliento de bruma, fresco en la piel y espeso en la nariz. La tierra se desperezaba y nosotros con ella. El aroma del prado húmedo y adorable despabilaba los sueños nocturnos y salíamos al patio en busca del agua helada del aljibe que sonrosaba nuestras mejillas de vergüenzas infantiles.

Desde el galpón, cercano a la casa, llegaba el olor del pan recién horneado esperando impaciente para ofrecerse al sacrificio, acompañado en su aventura, de los sonidos caóticos de ollas, cucharones y platos que se estrellaban disonantes y escandalosos, contra el silencio de la mañana.

Y en medio de las paredes renegridas por años de humos cocineros, emergía en constante movimiento, trasmutando el fruto de su quinta en manjares increíbles, mi tía alquimista.

Una vieja cocina, cual eterno atanor, regaba con su calor y resplandores amarillos y naranjas, la mesa a la cual corríamos a sentarnos atropellando el aire perfumado de esencias ancestrales. El aroma a leña seca inundaba nuestras almas de paz y sosiego mientras caíamos rendidos frente a la redondez de esa luna dorada aterrizada frente a nosotros. El crujir de su costra irregular y recia rebotaba en las paredes desparejas hasta llegar suave y apetitoso a nuestros ansiosos oídos despertando definitivamente todos nuestros sentidos. Y descubríamos por fin, como una nube de algodón dispuesta a ser deshilachada, la blanca miga que emergía de aquel pan humeante y perfumado. ¡Qué extraña transformación la del trigo convertido en harina, burbujeante de levadura y bendecido por el agua de la lluvia! ¿No era aquello acaso un milagro?

Mientras tanto, el agua borboteaba en una antigua y tiznada caldera de hierro fundido, buscando subir al cielo para convertirse

en nube y escapar si fuera posible; pero sus empeños solo lograban empañar los helados vidrios de la pequeña ventana donde a veces nuestros dedos, dibujaban otros mundos.

Era el reino de los cuatro elementos alquímicos: Tierra, Aire, Agua y Fuego, en perfecta y ajustada armonía, integrándose misteriosamente, transformados pacientemente en alimento.

El sol comenzaba a duras penas su jornada, abriéndose camino entre la niebla, templando el aire, iluminando el mundo. Y nosotros estirábamos ese momento único entre risas y bromas solo para llevarnos en la memoria, un poco más del sabor y los olores secretos que habitaban ese lugar sagrado donde se descubría cada día, la piedra filosofal, la esencia del mundo.

Mi tía alquimista, afanosa e inquieta, no dejaba de revolver ollas, mover sartenes y aplicar de memoria sus antiguas recetas, mientras comentaba entre risas nuestra flojera.

Y sucede entonces, que la vida se llena de imágenes, sabores y olores, cada vez que los vapores escapados misteriosamente de alguna cocina, me devuelven la imagen de las mujeres y hombres que, en mi familia, construyeron mi memoria sensitiva. La más fiel de las memorias.

EL ADIÓS DE ANA

Sentada en un viejo sillón de madera y junco, bajo la sombra del enorme paraíso que dominaba el patio, la abuela Ana soportaba inmóvil las calientes mañanas de aquel verano de 1980.

Solo sus ojos celestes, herencia de sus padres italianos, se movían buscando algún rastro de la rebeldía y fortaleza que siempre había tenido.

Aquella mujer silenciosa, triste y quieta, era otra mujer.

En el cielo de su mirada, cada vez más tenue, la busqué porfiado. Reviví en sus pupilas, los rezongos y corridas por la casa cuando nuestras diabluras se volvían molestas. Y sobre todo añoré su sonrisa franca asomada a la hora del mate, cuando colgaba su eterno delantal en el fogón y disfrutaba cansada pero feliz, de las tardes tranquilas del pueblo.

Es que la abuela llevaba una armadura que solo se abría con la llave del beso de alguno de sus nietos. Y entre empujones y quejas, siempre asomaba aquella mueca de amor que, por alguna razón, se resistía a permanecer más de lo necesario.

El beso en nuestra familia nunca estuvo en disputa: es ley. Un beso de buenas noches, otro al despertar y si hay despedidas (aunque éstas parezcan inútiles por lo corto de la ausencia) un beso al irnos y otro al regresar.

—¡Bueno, ya no molesten más con tanto saludo!, ¡déjenme cocinar tranquila! —Nos decía la abuela entre ollas y fuegos. Pero nosotros, insistentes y fieles, le plantábamos un beso a la carrera antes de salir al patio a jugar.

Aquel enero, descubrí en ella la pena. Sus ojos casi no se movían sabiendo quizás de antemano, lo vano de su búsqueda, o peor aún, no sabiendo qué buscar.

Aquella mujer de temperamento y fuerza inacabables, estaba allí delante de mí, perdida en el tiempo, mirando la nada (si es que ésta

se pudiera ver). A veces un brillo aparecía en sus pupilas. Probablemente algún fantasma querido la visitaba y le ofrecía compañía.

Pero la abuela ya no sonreía. Yo la miraba y le hablaba del pasado. Recordaba sus enojos a la hora de la siesta porque no la dejábamos dormir, sus maravillosos ravioles con estofado de pollo, las partidas de purrete a la noche mientras esperábamos al abuelo.

Ella solo me miraba.

Y luego de un instante de silencio amargo, la besé. Mis labios llegaron con cuidado a aquella mejilla gastada sintiendo la aridez de los años que pasan por nuestra piel surcándola de cauces vacíos. Un frío inicial recibió a mi beso, pero poco a poco, la tibieza del amor filial y agradecido, fue anegando mi corazón. La abracé con fuerza, como cuando era niño y sentí entonces la fragilidad de su cuerpo otrora vigoroso. Pero no dejé de abrazarla ni debilité mi impulso, por el contrario, apreté más mis labios sobre su cara. Y la abuela, sonrió.

Y allí me di cuenta de que esa sonrisa, era su “gracias” por nuestro último beso. El beso del adiós.

LOS ABUELOS

Cuando me convertí en abuelo, entendí plenamente el sentido de la vida. Ese amor distinto, inmenso e interminable que surge al abrazar a mis nietos, es todo lo que está bien. Un sentimiento inexplicable que simplemente aparece, involuntario, inasible, inabarcable.

Esas personas pequeñitas, rescatan sin saberlo, uno de las emociones más reconfortantes y edificadoras del ser humano: la ternura. Una emoción que la dureza de la vida, nos hace esconder.

Ser tierno es ser vulnerable. Permitir que la emoción, y la belleza, nos invadan sin barreras. Dejarnos llevar por un minuto, por las

Mis abuelos marcaron mi vida.

MIS ABUELOS PATERNOS

Puro

La parquedad de su presencia quizás hacía presumir un espíritu lejano y ausente.

No sé si fueron los años, más de veinte, que viví a su lado, ya que mi familia habitaba en el mismo edificio, los que me acercaron a su persona y me ayudaron a descifrar algunos de sus gestos ocultos.

El abuelo Puro tenía una rutina: sugerir el menú del día a la abuela y pasar por nuestra casa a preguntar qué necesitábamos de la panadería, ya que infaltablemente cumplía ese ritual a la misma hora sin importar la lluvia o el sol.

Algunas veces, no lo sé con certeza, pero siempre lo intuí, hacía una parada en el bar para cruzar algunas pocas palabras con los parroquianos y humedecerse los labios con un whisky nacional.

Fiel a su tiempo, vestía impecable con su camisa y su corbata (la que ajustaba con un perfecto nudo a su cuello) y muchas veces, un sombrero de ala protegía su calvicie. Lo recuerdo caminando mansamente por las veredas del barrio, deteniéndose a saludar a algún vecino y observando callado, el tiempo que transcurría a su alrededor.

De andar lento y un poco chueco, recorría las mañanas con su “chismosa” en la mano y volvía con el encargo a casa donde mi madre saldaba la cuenta y lo despedía con un “hasta luego, don Puro; y gracias”.

Porque siempre fue así, nunca me extrañó su trabajo de sereno, a contrapelo del resto de los trabajos.

Cada tardecita cruzaba la calle Asunción para tomar posición en su puesto en aquel viejo molino harinero que quedaba justo, enfrente de nuestras casas. De tanto en tanto y sobre todo en verano, se sentaba en el escalón que separaba la puerta de las oficinas de la vereda y miraba jugar a los gurises en aquellos atardeceres del barrio de la Aguada. Los miraba, pero parecía que sus pensamientos estaban en otros lares indefinibles que nunca conoceremos.

Siempre supuse y casi puedo asegurarlo, que el viejo molino albergaba fantasmas y que el abuelo conversaba con ellos. Extrañas presencias que se perdían por su blancura, en el blanco de la harina y que prendían luces y hacían aullar sin sentido a los perros del barrio en las madrugadas.

En los dos años que vivimos con él, mi esposa Carmen y yo, disfrutamos cada día de su presencia. Respetuoso de nuestra condición de recién casados, siempre nos daba un lugar para opinar y hacer.

Tuvimos muchos momentos de conversaciones cotidianas donde descubrí, veinte años después, otro lado del abuelo. Comentarios del barrio, recetas, alguna que otra historia vieja, fueron quedando guardados en nuestros corazones.

De dónde vino, cómo era su vida antes de ser mi abuelo, no lo sé y nunca fue importante para mí saberlo, porque lo verdaderamente importante fue tenerlo y llevarme para siempre la imagen de su presencia en la cabecera de la mesa junto al infaltable vaso de vino acompañando su silencio. Y el recuerdo de sus ojos, buscando quién sabe qué, por detrás del tiempo.

Lita

—Tomá, es un regalo. Pero para que la leas, ¿eh?

Con aquella mirada pícara detrás de sus lentes siempre limpios, la abuela Lita me regalaba mi primera Biblia. Ella conocía mi militancia en la Iglesia en los años donde una parroquia se volvía lugar de encuentro y reflexión y donde encontrábamos las calles por las que transitar nuestra rebeldía e idealismo.

La abuela nos conocía bien y no escondía su intención de protegernos y tenernos juntos.

Era para mí, como una especie de ángel de la guarda que invocaba a través de la banderola de la cocina cada vez que me veía en aprietos. Y ella, mágicamente, aparecía en la puerta de casa, con sus golpecitos suaves preguntando por mí con cualquier excusa.

Combinaba una personalidad firme con un humor que tenía cierta (y a veces, mucha) ironía. Creo que heredé algo de eso.

Su cocina resumía aromas exquisitos. En particular llevo en la memoria viva de esos años, el sabor de sus tucos donde descubría (lo supe años después) la fuerte presencia del comino.

La comida a la hora justa y a punto, aguardaba cada mediodía al abuelo.

En el castillo de su casa, la ventana del cuarto chico era el atalaya desde el que observaba al barrio mientras tejía pensamientos en crochet.

En las largas mesas de las fiestas, señoreaba con su presencia la reunión y defendía a ultranza el arte tosco que nosotros, sus nietos, intentábamos mostrar con canciones repetidas una y otra vez, año tras año.

Ella nos divertía con alguna ocurrencia y disfrutaba de vernos juntos.

Doña Lita era una buena vecina en aquel edificio de familias que, a su vez, formaban una gran familia. Conversaba y se visitaba con las veteranas de aquel pequeño universo de cuatro pisos.

Algunos canarios y un cardenal, poblaban el pequeño y alargado patio del apartamento intentando hacerlo parecer, aunque más no fuera un poco, a su pueblo.

Luchaba estoica con su diabetes esclavizante entre dietas y pinchazos, pero nunca la escuché quejarse.

Hasta que un día, mi ángel de la guarda voló.

Hoy, cuando me hace falta, lleno el vacío de su ausencia con el recuerdo de su sonrisa pícara y siento que otra vez, me toma en brazos.

No sé a dónde fue a parar aquella Biblia que la abuela me regaló y eso me entristece un poco, pero seguro que en el lugar que se encuentre, llevará un poquito del espíritu de esa mujer que siempre, estará a mi lado.

MIS ABUELOS MATERNOS

Ademar

Un plato con cubitos de queso fresco, medio vaso de vino y una novela de Estefanía con historias lejanas de cowboys en sus manos. Acodado al fogón de la cocina, recalaba en ese puerto conocido, cada mediodía, el abuelo Ademar con su sonrisa perpetua. Una sonrisa que aparecía en su voz, en su andar y en sus ojos. Una sonrisa que era una forma de vivir, la actitud optimista y serena que nos regalaba cada vez que estábamos con él.

El abuelo Ademar era un hombre con garbo, como se diría en las crónicas del 1900. No importaba si el traje que vestía había pasado por muchos inviernos o si su gorra había perdido su color original; él caminaba por el mundo con su porte de caballero presto siempre a saludar a un vecino del pueblo o a preguntar por la salud o el trabajo de quien estuviera pasando un mal momento.

Intransigente con su diaria rutina, transitaba como en un ritual eterno, las mismas calles de balastro visitando las casas de sus hijos y de su hermana antes de llegar a su hogar. Con frío, lluvia o calor, el abuelo llegaba saludando a los mayores y regalando un abrazo a sus nietos. Cada día, todo el año.

A veces, se arriesgaba a recibir un rezongo de la abuela por demorarse más de lo previsto, pero él espantaba los enojos silbando alguna vieja canción.

Uno de sus trabajos, lo tenía como encargado del cine del pueblo. Detrás del mostrador de la boletería, vendía entradas a la ilusión. Sus nietos compartimos muchas matinées en la vieja sala saboreando pastillones de menta y chocolatines Águila, mientras la gran pantalla nos transportaba a mundos distantes y nos hacía parte de aventuras, batallas o duelos. Entrábamos temprano en la tarde y salíamos ya de noche cerrada.

Aún siento en mi memoria su palabra amable y recuerdo su preocupación por los problemas de los demás. Tenía una forma amorosa de dirigirse a nosotros, sentíamos de verdad su cariño y cercanía.

Él nos hacía sentirnos queridos, tenidos en cuenta.

Era el mediador, el que buscaba siempre el punto medio, la cercanía entre los miembros de la familia. Y no cejó nunca en su empeño.

Lo extraño, pero sobre todo extraño (cosas raras de la memoria) volar de pequeño por el aire alzado por sus brazos y recibiendo el brillo de su mirada alegre por vernos otra vez.

Ana

Parecía bajada de un barco de emigrantes italianos.

Retacona, con su pelo un poco alborotado y unos ojos más celestes que cualquier cielo que pueda imaginar. La abuela Ana transitaba los años vestida con su batón y un delantal donde secaba sus manos.

Su voz resonaba en la casa rezongando algunas veces a quien anduviera por ahí, dando un encargo, indicando cómo hacer algo o simplemente pidiendo que te movieras y salieras de su camino. Parecía estar siempre en movimiento.

Con mi mirada citadina, observaba con asombro y un poco de temor, cómo la abuela se las arreglaba para elegir, sacrificar, limpiar y cocinar las gallinas de su propio gallinero, transformando todo en un almuerzo sustancioso.

Era una tana sin serlo de nacimiento, pero estaba claro que sus padres habían dejado la huella de su tierra en su sangre.

Esperaba al abuelo Ademar cada mediodía; a veces con un reproche por no llegar a la hora justa.

En algunas noches de Semana Santa cuando la casa quedaba habitada por mujeres y niños como resultado de las salidas al monte de los hombres, la abuela era el centro de aquella mesa que me parecía enorme, donde todos nos sentábamos a jugar a la conga y al purrete. Estábamos hasta la madrugada esperando la llegada del abuelo que salía tarde del cine.

Cuando la suerte estaba de nuestro lado, los más chicos, la abuela se quejaba: “¡No se puede jugar con niños!”.

Durante las noches frías, nos arropaba con unos acolchados de lana apelmasada que salían de a montones de algún viejo ropero. Eran tan, pero tan pesados, que más que abrigar, aplastaban al frío.

Con los años, la abuela se fue apagando y de aquella mujer vigorosa y activa, fue quedando el recuerdo. Como un tesoro,

conservo una foto desenfocada y descolorida donde estoy con ella, abrazándola. Mi cara de muchacho con 18 años junto a la suya surcada por los años y la enfermedad. Su sonrisa aparece de nuevo y sus ojos, más claros y gastados de tanto ver la vida, miran la cámara serenos.

Cada vez que mi nieto me gana en algún juego, me acuerdo de vos, abuela, y te doy la razón: ¡con niños no se puede jugar!

EL JOCKEY

Le llamaban “el Rengo” y era evidente la causa del apodo: su pierna izquierda terminaba en un muñón a la altura de la rodilla que él prolijamente cubría haciendo un doblez perfecto en el pantalón y ajustándolo con imperdibles que ocultaba entre la tela.

Un rito diario que nadie había presenciado jamás y cuyo secreto protegía celosamente en cualquier circunstancia. Incluso en la intimidad de sus encuentros esporádicos de amores comprados con las pocas monedas que lograba reunir mendigando la ayuda que otros, muchas veces, necesitaban más que él.

Su vida había cambiado en un segundo, como cambian casi siempre las vidas, sobre todo cuando cambian para mal. En el correr de sus sesenta y pico de años (no recordaba exactamente la fecha de su nacimiento), había visto de qué forma el destino (por dar un nombre a lo inentendible), jugaba con la gente llevándola sin predilección de ningún tipo, de la fortuna a la miseria, del éxito al fracaso, de la felicidad (siempre efímera), a la amargura (más duradera y muchas veces eterna). Y él no era la excepción. Su paso por el mundo se movía de un lado al otro como una caja suelta en la bodega de un barco que navega en aguas turbulentas. Aunque en honor a la verdad, hubo un tiempo en que creyó que la fortuna se había apiadado de su aspecto de alfeñique más bien feo, mostrándole su mejor cara.

Fue en la época en que nació, El Jockey. Un título que ganó, sin pensarlo, montando caballos pura sangre, lustrosos y altaneros, luciendo trajes de raso iridiscente, sonriendo y recibiendo sonrisas de damas que aparentaban elegancia y recato detrás de ropas y joyas que muchas veces eran regalos de caballeros con dudosa intención. Llegó a creer que ese sería su estado natural, el paraíso. Iluso. Pequeño e iluso, “¡qué burda altanería la mía!”, pensaba cada vez que su locura rescataba esos recuerdos.

Don Alfonso se lo quedó mirando.

—¿Quién es ese niño?

—¿Aquél de allá?, es Juan, el hijo de la cocinera.

—Monta muy bien para su edad.

—Sí, tiene un don especial con los caballos. Algunos dicen que lo entienden cuando les habla. Pura charlatanería, nomás.

—Me gustaría llevarlo a la ciudad. Vos sabés que tengo algunos caballos y quisiera apadrinarlo y quizás, ¿quién te dice?, convertirlo en jockey.

—¿En jockey? ¡Vos estás loco! Como decirlo…ese niño no conoce otra cosa que no sea este campo. No creo que puedas hacer mucho.

Don Alfonso, guardó silencio, sacó una vieja pero lujosa cigarrera de plata del bolsillo interior de su chaqueta, tomó un cigarro y acunando con sus manos el encendedor para proteger del viento la frágil llama, se quedó mirando a lo lejos aquellas figuras que parecían una. Detrás del humo y entrecerrando los ojos, saboreó el tabaco que siempre lo ayudaba a pensar mejor.

—Si me dejás, voy a hablar con la madre. Por ahí la convenzo.

Juan fue creciendo. Una vez al mes, visitaba a su madre durante un fin de semana. Y mientras la ayudaba revolviendo los guisos que iban espesándose en ollas enormes, le contaba atropelladamente todo sobre el mundo que había afuera de aquella cocina. Desfilando entre sartenes y fuegos, mostraba a su madre las ropas nuevas y a la moda que lucía, contaba sus hazañas en la escuela, y “sobre todo, mamá, ¡si vieras los caballos que puedo montar! ¡No sabés cómo corren, son como el viento!”.

“El Rengo” se despertó incómodo debido al frío que taladraba su cuerpo hasta los huesos; como un gusano voraz, lo sentía recorrer su pequeña humanidad acalambrando los sentidos. Entre dormido, buscó con sus manos toscas y curtidas, algo más de abrigo para sobrellevar aquella noche de invierno sabiendo que era un gesto inútil.

Pesadamente sus ojos se abrieron buscando ansioso el rostro de su madre, esperando sentir el olor a su comida, oír las risas cómplices del amor filial que siempre habían cruzado el aire como guirnaldas. Pero solo encontró el techo descascarado y mohoso de aquel cuarto de pensión deprimente, el olor pegajoso a humedad que todo lo estropeaba y el silencio. “Es lo malo que tiene despertar de un sueño y recordarlo”, se dijo.

La primera carrera fue la prueba de fuego.” Sentía nervios hasta en los pelos”, contaba después.

Montaba a “Xocolat Noir”, un ejemplar que hacía suspirar a todos y que sembraba la envidia en los rivales. Era un caballo enérgico y valiente. Ya en las gateras, Juan le susurró al oído: “Xocolat, hoy me tenés que ayudar.” Fue su primer triunfo en una competencia oficial.

Muchos más, algunos épicos e impensables, comenzaron a gestar la leyenda de su imbatibilidad. Dormía en grandes hoteles de lujo, viajando por el mundo a cuestas de sus hazañas. Tenía, es cierto, algunos vicios, “pero solo los que tengo que tener para no desentonar en el ambiente”, argumentaba cuando se tocaba el tema. La mezcla era perfecta. Juan navegaba los mares de una gloria nunca esperada, pero que ahora sentía merecida.

Su nombre ya no importaba, todos lo llamaban El Jockey. Las portadas de los diarios mostraban su sonrisa infantil, inocentemente cautivante, pero en el fondo de sus ojos, si se lo miraba bien, se descubría al niño que, susurrando historias al oído de los caballos, esperaba por él.

“El Rengo” se miró en el viejo y cascado espejo: “¿Me alcanza por favor, un jabón Penhaligon's a la habitación 532? ¡Claro que lo necesito ahora, señorita, estoy en la tina!”. El reflejo de sus dientes gastados, amarillos, raídos, asomándose detrás de una media sonrisa, ensombreció su semblante dibujando en su boca una mueca de resignación. “Cuántas cosas pasan en una vida. Y qué larga me parece ahora”, pensó mientras sacudía el polvo de su viejo saco, compañero de camino, gastado y de color indefinido que vestía cada día con dignidad y con toda la elegancia que aún intentaba conservar. Con dedicada atención, repasó cada detalle de su aspecto, corrigiendo el nudo de la desteñida corbata para que el ajuste fuera perfecto, alisando con perseverancia las rebeldes arrugas de la vieja camisa de lino, una de las pocas cosas que aún conservaba de aquellos tiempos de esplendor.

Cada tanto, le asaltaban las mismas preguntas para las cuales, nunca había encontrado respuesta: ¿qué había sucedido? ¿Cuál había sido su error, si es que lo hubo? ¿Por qué permitió que su egoísmo lo dominara y lo empujara a mantener las cosas como estaban? Detrás de todo aquel fastuoso mundo, ¿dónde había quedado el verdadero Juan? Sentía que él habría podido navegar de

otra manera por aquellos mares desconocidos y repletos de cantos de sirena que ocultaban la existencia de profundos abismos, como éste en el que había caído. Un abismo sin salida, una sentencia a vivir sin esperanza el resto de su vida.

Una potente camioneta estacionó frente a las caballerizas. Traía un tráiler de esos que se utilizan para transportar caballos. De su interior surgían resoplos y golpes inquietantes.

Don Alfonso se apeó del vehículo con dificultad, los años se hacían sentir.

Juan observaba la escena disimuladamente mientras limpiaba los costosos arreos.

—¡Juan!, ¡vení a ver lo que te traje!

Se acercó entonces al tráiler en el momento en que dos empleados intentaban con mucho esfuerzo, bajar al enojado animal.

—¿Qué te parece? —preguntó Don Alfonso apoyando su brazo sobre los hombros de Juan.

—Es hermosa, ¿no?

Juan miraba asombrado la estampa de aquella potranca fastidiada de tanto viaje y ataduras.

—¿Cómo se llama?

—Le puse "Lucy Loocky", ¿qué te parece?, ¡Lucy la chiflada! —lo inquirió su patrón lanzando una ruidosa carcajada.

Extrañamente Juan presintió algo en ella, quizás un dejo de tristeza; ese eco particular que tiene la risa cuando quiere cubrir la preocupación.

—Con ella correrás el Gran Premio, de modo que hay que ponerse a trabajar de inmediato. ¡Vamos, a conocerse! —y lo empujó suavemente hacia el animal.

Cierto día, Don Alfonso lo llamó a su despacho. No era raro que lo hiciera para felicitarlo o simplemente decirle que era "el mejor jockey que había conocido".

Al entrar, ni siquiera lo saludó.

—Sentate, Juan, por favor.

Algo había cambiado en un momento. El mundo parecía detenido en aquella habitación otrora escenario de alegrías y ahora, más parecida a un templo helado y vacío, con la imagen de un dios acabado perdido en el altar.

—Estoy en la ruina —comenzó abatido Don Alfonso.

—Creí que el mundo giraba a mi voluntad y me sentí eterno e

invencible. ¡Qué enorme pecado es la vanidad, Juan! Ya no puedo más; estoy en el suelo, pisoteado por ingratitudes y traiciones, y con la culpa de haber estado ciego a lo que pasaba a mi alrededor, sordo a los anuncios que el destino gritaba en mis oídos. Perdido y sin refugio.

Juan lo miraba desconcertado y sin respuesta.

—Me han propuesto un arreglo. Si nos dejamos ganar en el Gran Premio que se corre la semana próxima, me darán otra oportunidad.

Don Alfonso secó el sudor de su frente y miró hacia las paredes desde donde las glorias de grandes triunfos, sonreían ajenas a su dolor. Una mueca irónica del destino.

Se dejó caer en un sillón, vencido, sin importarle que Juan notara las lágrimas que recorrían los surcos de su piel. Hasta que, al fin, recomponiéndose, lo miró a los ojos con la misma seguridad de siempre.

—Juan, yo no te puedo pedir eso a vos ni yo me lo voy a permitir. De modo que, ¡vamos a correr para ganar!

La niebla matinal de ese domingo se mezclaba con el sopor de sus propias almas y los abandonaba sin rumbo en la duda. Ganar para perderlo todo.

La cabeza de Juan daba vueltas y vueltas sin permitirle un descanso desde su encuentro con Don Alfonso. Pero allí estaba, aguardando el momento de la partida montando a “Lucy Loocky”.

El disparo de salida lo tomó por sorpresa. Y sin darse cuenta, otra vez corrían sobre la pista de grava en medio de un tropel de iguales para los que solo existía un destino: el disco de llegada.

Faltaban 100 metros, se ubicaban en segundo lugar. “Ganar para perderlo todo”, se repetía. Y ya no dudó más. Se encaramó en el lomo de “Lucy Loocky” y le susurró al oído: “¡vamos a mostrarles quiénes somos, nena!, ¡no me falles!”. La potranca sacudió la cabeza con furia y aceleró el paso. La distancia comenzó a acortarse, cada vez más cerca de la meta; los ojos de Juan estaban rojos de rabia y su mente puesta en el esfuerzo por hacerse más liviano cada centímetro.

Faltaban 10 metros para llegar al disco y el primero solo les llevaba medio cuerpo cuando dos sonidos secos, casi al unísono, retumbaron dentro del casco y por milésimas de segundo que le parecieron horas, el mundo y su cuerpo, quedaron suspendidos en el aire. Luego, la nada.

En el palco, un grupo de personas se agolpaba alrededor de la figura caída de Don Alfonso.

Juan despertó en el hospital, con su pierna amputada. “Lucy Loocky” había caído sobre ella, muerta de un disparo.

“El Rengo” se levantó del catre de un salto. ¡Él era El Jockey! Seguro que todo era un sueño, una triste historia, una trampa de su imaginación. Seguro que por allí estaba Don Alfonso con su eterno cigarro entre los dedos, esperando sonriente para felicitarlo.

—¡Ya llego, Don Alfonso!, ¡ganamos otra vez!

Y en un último salto al vacío, intentando alcanzar los recuerdos que se alejaban detrás de una nube de polvo, tropezó con su único pie y cayó al suelo aparatosamente. Y nunca más se levantó.

SEPIA Y DESCOLORIDA

Aquella foto se hacía esquiva. Insensible frente a la necesidad que tenía de mirarla otra vez. Estaba seguro de que cambiaba de lugar cada vez que me acercaba a su escondite. Podía oír el roce del viejo papel escurriéndose entre las sábanas almidonadas donde mi madre guardaba sus tesoros. Y de allí al estante de las medias y luego al de las camisas y seguro que saltaba de sitio en sitio evitando cuidadosamente la caja de las fotos familiares, porque allí ya había buscado, pero ella sabía, que iba a volver.

Esa noche había soñado mucho, como tantas otras noches. Aunque suena contradictorio, recuerdo mejor los sueños ahora de viejo que en mi juventud.

Pero especialmente hoy, había despertado con la imagen borrosa de esa fotografía grabada en mis pupilas. Una fotografía sepia y descolorida que alguna vez de niño mi madre me había enseñado.

En el sueño no alcanzaba a reconocer rostros ni lugares. Una bruma cubría la escena donde lo único que podía entrever, era algo parecido a una ciudad a los pies de un cerro o una montaña o quizás, solo un montículo de tierra a veinte centímetros del suelo, no lo sabía.

Siempre creí que en las fotos quedan atrapados pequeños vestigios del alma, trozos de presencias y sitios que no pueden escapar de ellas, encarcelados para siempre. Me gusta observar largo rato los rostros, intentando descubrir algún indicio de lo que pasó por sus cabezas en el preciso momento en que la cámara capturaba ese instante mínimo de sus vidas.

Muchas veces descubrí sonrisas vanas disimulando dolores, rostros serios aparentando hidalguías, posturas imposibles, miradas tristes y otras serenas. Escuché el latir acelerado de corazones enamorados y otros lentos ya al final de su resistencia; respiraciones entrecortadas, risas ahogadas. Y en algunas ocasiones, mensajes

indescifrables que solo aclara el tiempo.

Por eso necesitaba con tanta urgencia encontrar aquella foto que recordaba haber sostenido en mis manos. Tenía la impresión de que, por alguna razón, algún viento a lo largo del tiempo me la había arrancado para llevársela lejos por los cielos del olvido y luego devolverla, justo hoy, a mi recuerdo.

Ya no tenía a quien preguntar. Estaba solo en la casa familiar.

Me senté en la cama del cuarto grande, contemplando el ropero que aún con sus puertas descuadradas, mantenía orgulloso su elegancia de tiempos remotos. Un cofre de madera noble en el que me gustaba hurgar de niño tratando de descubrir secretos de mayores. Igual que hoy.

El silencio me mantenía atento, seguro de que en algún momento ella se iba a mover y delatada por su confianza, la iba a descubrir. Pasaron los minutos y las horas y lo único que quedaba era el silencio.

Me recosté y al cerrar mis ojos, llegaron susurros de alcoba y el olor al humo del cigarro que mi padre encendía como un ritual cada noche mientras en la radio sonaba un tango. Escuché el tic-tac del viejo reloj a cuerda que sobre la mesa de luz daba su batalla al tiempo, centinela de la puntualidad, testigo del paso de los años. Y volvió su imagen sepia y descolorida a sacudir mi sopor.

De un salto avancé sobre el viejo ropero y comencé a vaciarlo alocadamente. Sabía que allí estaba, no podía huir.

Cuando solo quedaban los últimos estantes, entreví en el fondo de un cajón el rectángulo acartonado. Yacía arrinconada y sin escapatoria, golpeando inútilmente la vieja madera. Me pareció incluso descubrir un leve temblor en ella.

Sentí que mi corazón se agitaba sin sentido, o quizás era la consecuencia de tanto esfuerzo. De todos modos, un nudo se iba formando en la garganta y mis ojos comenzaban a brillar a causa de unas lágrimas que no sabía por qué, habían llegado.

No entendí lo que pasaba, algo paralizaba mi cuerpo y no podía extender la mano.

Aspiré el poco aire que pude y haciendo un esfuerzo, la tomé.

Me moví hacia la ventana buscando el auxilio de la tenue luz del sol de la tarde, y miré la foto.

Allí estábamos los tres: mis padres y yo, sonrientes, felices. En el dorso, unas letras cuidadosas ponían: “Cerro San Antonio – Piriápolis”.

Algunas imágenes se movieron en mi recuerdo y pude atrapar, aunque fuera por un segundo, el ruido del mar y las risas que iban y venían como las olas.

Pero sucedió que al mismo tiempo en que iba descubriendo los detalles, sus figuras fueron diluyéndose y quedé al fin, nuevamente, solo en lo alto de aquel cerro.

Guardé la foto cuidadosamente en mi bolsillo, sin soltarla, tratando de ordenar mis ideas y entender lo que estaba sucediendo.

Y fue en ese momento que escuché una voz de mujer, quizás la de mi madre, decir mi nombre. Miré alrededor sabiendo que no iba a encontrar a nadie, aunque sentí que ya no iba a estar más solo.

La vieja fotografía tembló en mi bolsillo, y tembló también mi corazón.

Mis dedos la aferraron fuertemente por miedo a que nuevamente se fugara de mi vida y sacándola de su refugio, la miré por última vez.

Solo vi, un cerro vacío.

Un suave sacudón me trajo a la realidad. Mi esposa y mi hijo me miraban sonrientes.

—¡Te dormiste en el sillón!

Mi espalda lo confirmaba, casi no podía incorporarme.

—Me prometiste ir al cerro para sacarnos una foto los tres juntos y se hace tarde —se quejó mi hijo.

Miré a mi alrededor. La vieja casa de verano me dio la bienvenida.

Sobre el aparador, entre platos pintados y carpetas de crochet, un viejo portarretratos guardaba con celo la vieja fotografía sepia y descolorida desde donde mis padres y yo sonreíamos a la cámara.

—¡Vamos al cerro entonces!, ¡no hay que perder más tiempo!

Al pasar por su lado, guiñé un ojo a mis padres. Lo había entendido. Ahora, era mi turno.

EL RELOJ

Una circunferencia repleta de tiempo; llena de pequeños trozos de vida que se aferran infructuosamente para no ser arrastrados por las agujas que pasan una y otra vez porfiadamente.

El reloj siempre avanza. Aún en las pocas veces que queda sin aliento y se detiene, alguien recupera el trayecto perdido y lo pone a andar otra vez.

Es que el tiempo es un trazo redondo, sin límites; como los engranajes que invisibles le dan vida.

Testigo de nuestro paso por el mundo, el artilugio nos trae al presente mostrando el pasado, ganado o perdido, y nos muestra desvergonzado lo que falta para llegar a ese momento desconocido que es el futuro.

Un instante, una mirada fugaz que ya es ayer cuando logramos ser conscientes del ahora. Y el latido de nuestro corazón se acompasa al tic-tac sin darse cuenta e increíblemente nos hacemos esclavos de una máquina que nos domina sin palabras ni violencia; solo un par de agujas que avanzan recorriendo el mapa de doce continentes una y otra vez.

Al pasar la mitad de los años que espero vivir (esperanza sin fundamento alguno), me pregunto a quién se le ocurrió medir el tiempo, esa idea intangible e inasible. Tan etérea y efímera como la sintamos; tan cercana o lejana como la creamos.

Un día en nuestra casa paterna, llegó un reloj.

Con curiosidad busqué el mejor lugar en aquel diminuto comedor, al lado de la vieja heladera, para presenciar el momento en que mi madre lo sacaba de su caja. Una caja tan lisa e insípida que me pareció imposible que allí dentro habitara algo que midiera el tiempo.

Arrimé como pude uno de los dos taburetes que prestaban sus servicios de asiento y escalera y monté en él.

La luz amarillenta siempre encendida nos distanciaba del día y la noche en aquel rincón de la casa a donde nunca llegaba el sol.

No sabía qué hora era, pero pronto lo sabría, porque desde aquel cascarón de cartón, comenzaba a emerger el nuevo reloj.

Pero, ¿dónde estaban los detalles elegantes y la noble madera?, ¿en qué lugar habían quedado olvidadas las agujas caladas y los números altivos y honrosos que merecen contener el tiempo?

Nada de eso era lo que mis ojos veían.

Solo un círculo blanco rodeado de un aro rojo y unas finas agujas (que más parecían de tejer que otra cosa) señalando las doce de quien sabe qué día, en cifras robadas de un abecedario escolar pasado de moda, sin gracia ni vida.

Me sentí decepcionado y volví a mis cosas pensando que a veces, no es una buena idea adelantarse en el tiempo e imaginar momentos que después no son lo que pensamos.

Por fin el reloj fue ubicado en la pared de la pequeña habitación y otra decepción me alcanzó al comprobar que no latía el pulso del tic-tac sino que un motor interior emitía un zumbido constante y monótono…aburrido, sin vida.

Tampoco sus agujas saltaban de minuto en minuto permitiendo una pausa, una mínima detención del ahora, sino que avanzaban constantes, sin pausa, barriendo el tiempo sin descanso.

En la noche, el nuevo sonido llegado a casa, no permitía adivinar segundos ni minutos, y eso me ponía nervioso, hasta que al fin, como siempre sucede, mi inconsciente lo bloqueó y dejó de existir.

Nunca quise ese reloj.

Por las mañanas evitaba mirarlo. Prefería asomarme al cuarto de mis padres para espiar al viejo despertador que mantenía, a pesar de sus años, la dignidad de su latido y su puntualidad.

Disfrutaba (no voy a negarlo), cuando a causa de los apagones habituales de esa época, ese habitante ignorado del comedor quedaba tieso, sin ningún recurso para seguir su aburrido camino y a la espera de que alguien, quizás algunos días después, se acordara de él.

No fue el último reloj que hubo en mi vida, por suerte.

Aquel reloj rojo ya no funciona más y ahora en el silencio de la noche escucho el tic-tac del corazón de quienes quiero. Y se parecen mucho a aquel viejo y destartalado despertador que dejaba oír su eco metálico luego de que religiosamente, cada noche, a la misma hora, mi padre giraba la manecilla plateada que lo revivía para

emprender con renovado entusiasmo, otras veinticuatro horas de trabajo circular.

UN AMOR ASÍ DE FUERTE

—Mamá se va a morir —, anunció nuestro padre aquella noche mientras su voz se perdía en un precipicio sin final y el llanto ahogaba las últimas palabras.

Mi hermano y yo, del otro lado de la cama vacía, no dijimos nada. Por un momento que pareció la eternidad, nuestra razón buscó infructuosamente, una explicación. Nunca lo habíamos visto llorar. Aquella severidad a la que estábamos acostumbrados, se rompió en mil trozos, como un espejo maltrecho por una piedra que la vida disparaba sobre él de improviso. Bajó la cabeza y, levantando sus manos, cubrió su cara.

No recuerdo muy bien lo que siguió. Seguramente nos abrazamos los tres compartiendo las lágrimas y la pena. Seguramente surgió en ese instante, la inevitable realidad de que nuestra madre iba a morir. Y así sucedió un día antes de ese fin de año. El fin de año más gris de nuestras vidas.

Fue el momento en que la tristeza, se adueñó de nuestra casa.

Días sin palabras, noches de llanto amargo y el nombre de nuestra madre invocado mil veces por aquel hombre desgarrado, pidiendo su regreso, preguntando por qué, diciéndole que la amaba. Nunca había imaginado que existiera, un amor así de fuerte.

La tristeza fue una inquilina difícil de despedir. En realidad, no estoy seguro de que lo hayamos logrado del todo. Detrás de la sonrisa de mi padre siempre se descubría un dejo de amargura.

Hasta que un día, vi en sus ojos la felicidad como hacía mucho no la veía.

—Hoy vino tu madre, ¡no sabés lo linda que está! — Intentaba incorporarse en la cama donde hacía ya más de un mes, transitaba una enfermedad terminal.

—No te agites, papá. ¿Cómo es eso que te visitó mamá? —Me senté a su lado vigilando que el goteo del suero con morfina

siguiera su ritmo.

—Como te digo. Se apareció ahí, en esa misma puerta por la que entraste y me dijo: “Esta noche te vengo a buscar”.

Creí que estaba delirando. Lo miré fijamente y descubrí que sus ojos brillaban mientras una sonrisa franca y apacible, la misma que había sido tan esquiva durante toda su vida, comenzaba a dibujarse en su boca reseca.

—¿Estás feliz, papá?

—Muy feliz.

Sus párpados fueron cayendo lentamente como el telón al final de una obra, pero su sonrisa persistió y quedó estampada en su cara serena cuando dejó de respirar.

Besé su mejilla largamente mojando su rostro con mis lágrimas, y antes de abandonarlo a manos de su amada esposa, le dije al oído algo que jamás antes le había dicho:

—Te quiero, papá.

ROCHA: BALCÓN AL INFINITO

Una botella en la playa desierta en una mañana de invierno, fría y extraña.

Podría ser el resto de algún amor naufragado, pero no hay carta en su interior que me cuente el porqué de su presencia ni su origen. Solo ella vacía y desnuda.

Miro al mar, río grande convertido en océano justo en este lugar, distinto, aunque el mismo que baña el lugar donde vivo. Un camino infinito, aunque imposible de recorrer con mis pies.

Las olas golpean con fuerza las rocas de Punta del Diablo, esculpiendo con paciencia milenaria, pequeños huecos, cavernas que se agrandan minuto a minuto, siglo tras siglo. Imperceptiblemente.

Nada es igual en este balcón al sur; nada es estático ni inmóvil, aunque lo parezca.

Desde el grano de arena que vuela a destinos desconocidos o la gota de agua que salpica la orilla para desaparecer anónima, sin sonido. Hasta el cielo hoy negro de tormenta o el viento que trae la tempestad.

Esta extraña luz que deja más blanca la playa, que amarrona al mar y vuelve más negro al cielo, me cautiva. Deja presos mis sentidos que intentan descifrar y descubrir el origen y el lugar en donde radica tanta belleza.

El olor a sal y a yodo lo impregna todo y se adentra sin reserva en mi memoria donde rescata cálidos y felices veranos en La Paloma, de eternas listas escritas con milimétrico detalle por mi esposa Carmen, en las que nos descansábamos sabiendo que nada iba a faltar. Todos éramos parte de la búsqueda porfiada de aquella tapa de olla que no aparecía o de la cuenta repetida una y otra vez (debían estar todas sin excepción) de estacas y cuerdas.

Veranos de arena fina, algunas veces convertida en molesta comezón que chocaba con la piel impulsada por el viento, y frías aguas de océano que nos paralizaban en misterioso gozo. De caminatas recogiendo pinocha y ramas para el fuego que en la

tardecita comenzaba a crepitar a la espera paciente, sin horarios, de algún alimento que se prestara a ser asado. Y al caer la noche, el zureo de las palomas recogidas entre los pinos y de algún pájaro desconocido de lúgubre canto, imprimía misterio a la brisa.

Caminatas de mis hijos sobre los rieles oxidados de un pasado de trenes y sombreros de paja, asombrándonos frente a los pinos que se bamboleaban compartiendo entre susurros sus secretos, desechando los duros frutos de sus ramas que caían como piedras sobre el camino.

Rocha es un balcón que se abre al infinito desde donde mido mi pequeñez bebiendo de las aguas dulces que me alimentan y empujan hacia Playa Grande, allí donde algún corazón dejó abierta una herida o un beso selló la madrugada con una gaviota trasnochada de testigo.

Un balcón, con vista al alma.

EL BARRIO

UN CEIBO EN MEDIO DEL

PATIO

La escalinata de mármol que llevaba diariamente a aquella marea de túnicas blancas matizadas por moñas azules de raso hacia las grandes puertas de la escuela, relucía el primer día de clases. Asunción se esmeraba para que todo, absolutamente todo, estuviera limpio y listo para recibir el bullicio de los niños que, en los primeros días de marzo, rompía atrevido, el silencio que, durante los meses de vacaciones, se adueñaba de todo.

Su blanca dentadura, brillaba alegre y pícara en medio de su rostro moreno.

Como una guardia que custodia celosa su castillo, recibía a cada alumno con una palabra de bienvenida, acompañándola de un leve golpecito en aquellas pequeñas espaldas.

Si eran antiguos alumnos, los saludaba por su nombre, y si no era así, se tomaba un instante para inclinarse poniéndose a su altura y preguntaba:

—¿Y cómo te llamas? —decía al tiempo que sus ojos castaños lo recibían con cariño—. Te va a gustar mucho la escuela, ya vas a ver.

La escuela No 31, fue mi escuela. Aunque pensándolo mejor, fue mi segunda casa. Allí hice mis primeros amigos y aprendí los rudimentos de la vida en sociedad.

En sus salones, espaciosos, donde la luz entraba a raudales por los grandes ventanales, compartí los viejos bancos de madera con niños y niñas provenientes de familias provenientes de las más dispares condiciones. Y todos éramos compañeros. Claro que, siempre algunos eran más compañeros y otros no tanto.

—¿Y por qué no me decís eso a mí, si sos tan guapo? —La voz de

Wilson se imponía sobre el griterío de una pequeña revuelta. Era el niño más alto y fuerte, y todo lo que tenía de valiente, lo tenía de amigo. Siempre nos defendía frente a las bravuconadas de los niños de otras clases.

Cada uno de nosotros tenía su historia y eso me resultaba increíble. Cuando somos niños, solemos creer que el mundo es tal cual lo vivimos en nuestra casa, y es la escuela el sitio donde aprendemos que la realidad es tan variada como increíble.

Hijos de arquitectos, de changadores, de empleados de comercio, incluso de un guardaespaldas de un presidente (aunque no lo creas). Una mezcla rica, enérgica, respetuosa. Todos iguales debajo de la túnica, todos aprendiendo a rescatar lo mejor de cada uno. Comenzando a entender el mundo.

El patio de la escuela era enorme. A la hora del recreo, más de trescientos niños y niñas, lo poblábamos con un entusiasmo tal, que si fuera el último recreo de nuestras vidas

Algunas niñas se refugiaban en las esquinas, bajo la sombra que proyectaban las paredes a esa hora para comentar las últimas novedades de la moda, el último episodio de la comedia de turno, y a veces, sonriendo nerviosas, murmurando lo lindo que era tal o cual niño.

Unos niños lo recorrían, jugando al “ladrón y poli”, correteando y llevándose por delante a todo el mundo.

—¡Cuidado, che! —gritaban los encargados de vender bizcochos cuando esos ladrones de juguete, chocaban contra el gran canasto de mimbre que protegía en su seno, panes con grasa, “cruasanes” dulces y salados y galletas con azúcar.

Otros, mientras tanto, se esforzaban en pegarle con fuerza a una pequeña y casi invisible pelota de fútbol construida con hojas de cuaderno, robadas del medio para que no se notara. Las túnicas al viento, faltas de algún botón perdido en la refriega de esos partidos jugados a todo y nada, simulaban unas alas desparejas que temblaban al viendo.

Y en un momento, como si el tiempo se detuviera en un instante, todos formábamos fila frente a la cocina para recibir nuestra taza de leche que, la mano de Asunción servía solícita con un cucharón que hundía cuidadosamente en una gran olla.

—¡Tengan cuidado, chiquilines, que está hirviendo! —alertaba uno a uno.

Un ceibo añoso señoreaba en el centro del patio. Un testigo

silencioso de tantas vidas futuras de las que nunca sabría su futuro.

En la época de floración, nos peleábamos por recoger sus rojas flores y arrancando con cuidado su quilla, chupábamos la gotita de néctar que siempre aparecía en el fondo del cáliz. Una sola gota transparente y tan dulce que no se parecía a nada de lo que hubiera probado antes. Una pequeña presencia que, sin embargo, nos hacía felices.

El árbol bridaba su sombra generosa todo el año y bajo sus ramas, los más movedizos descansábamos nuestras diabluras, mientras que los más románticos, ensayaban un primer beso.

Sentados en sus enormes raíces, planificábamos el partido que el sábado jugaríamos en la Plaza de Pancho contra una clase del colegio del barrio y soñábamos los colores nunca alcanzados de una esperada camiseta.

Las ramas se sacudían con la brisa eterna del barrio y cada tanto, un benteveo descansaba de su viaje regalándonos su canto.

—¿Viste que dice “bicho feo, bicho feo”?

—No seas bobo. Mi papá me dijo que dicen, “bien te veo, bien te veo” —Y la discusión se extendía por largos ratos, haciendo silencio cada vez que el pájaro cantaba.

Hoy, cada vez que veo un ceibo, recuerdo aquel que, en medio del patio de la escuela, nos cuidaba respetuoso y en silencio y aún, en medio de su adustez, nos regalaba una gotita de dulzura para recordarnos que, en la vida, lo más pequeño suele ser lo más hermoso.

LA POSIBLE HISTORIA DE

MACCIÓ

Ya había perdido la cuenta de las horas que hacía que estaba ahí.

Es que el tiempo se detuvo alrededor de aquella taza de café a medio tomar y del frío de ese pequeño mar negro que era el mismo que sentía en su alma.

Estaba enfundado en el traje a rayas de siempre, lustroso por el rozar de tantos vientos, cuerpos e historias que fueron desgastando el lujo que otrora tuvo. Ese traje que no obstante su decrepitud, cuidaba como a un tesoro (quizás el único) porque no estaba seguro de quién arropaba a quién.

Escondido como una sombra entre la nube de humo que desprendían mil cigarros y esquivando voces sin sentido, estaba en el mismo lugar de siempre. Aquel refugio compartido solo con su amigo, en la última mesa del bar de Asunción y Yaguarón. Al fondo del largo pasillo, incómodamente cerca de los baños siempre hediondos hasta donde llegaban apagadas las charlas de la barra y los reclamos del mozo.

Ese era su lugar. Un lugar que hoy significaba el desierto.

Hacía unas horas, había apretado su mano por última vez en una triste despedida sin retorno, sabiendo que el reencuentro, si se daba alguna vez por deseado que fuera, iba a ser en otro lugar, quizás en otra mesa de bar perdida entre las nubes de la eternidad. “Qué cursi”, se recriminó.

¿Qué iba a pasar de ahora en adelante? ¿De dónde sacaría fuerzas para poder enfrentar cada mañana el desafío que le suponía vivir? ¿Cómo soportaría esa silla vacía que lo incomodaba con su respaldo desnudo, incómodo y aburrido?

Manolo, el mozo, respetó su duelo y comenzó como cada noche a dar vueltas las sillas sobre las mesas para repasar el piso con un

poco de agua turbia.

El bar fue quedando en penumbras al bajarse las cortinas metálicas y al apagarse de a uno los tubos de luz que aún funcionaban. Los sonidos se fueron perdiendo en la oscuridad que dejaba entrever solo las siluetas de la vieja máquina de café y la caja registradora.

Ya era tiempo de volver a casa.

Dejó el dinero al lado de la taza, tomó su sombrero y acomodándose la corbata, se despidió en un susurro:

—Hasta mañana.

Vivía a media cuadra del bar, justo donde la calle Yí encuentra su final (o su principio, nunca lo supo bien). En ese lugar una vieja construcción albergaba decenas de apartamentos como si fuera una colección de historias atrapadas en oscuros cuartos, surcados por pasillos y rodeados de altas ventanas que se asoman asfixiadas a pozos de aire por donde la luz del sol es solo un anuncio. Apenas la claridad tenue de su reflejo da cuenta del día.

Enfrentó con desgano y lentamente las oscuras escaleras esquivando colillas de cigarrillos mil veces chupados, papeles y charcos de agua generados por viejas goteras de caños oxidados. Algunas veces imaginó que era parte de una burda parodia de La Divina Comedia, recorriendo los círculos de Dante.

Tuvo que hacerse a un lado para no ser atropellado por dos niños que bajaban corriendo y evitar la charla pegajosa de la vecina del segundo piso, siempre dispuesta a quejarse de todo, hasta que al fin llegó a su puerta. “Le hace falta pintura”, pensó. Una puerta descolorida y triste, como su día.

El chasquido de la cerradura rebotó entre las desoladas paredes; lienzos de pintura descascarada en donde se descubrían figuras y rostros perdidos entre manchas de humedad.

Estiró la mano hasta dar con la llave de la luz y una perdida lámpara de 25 watts descubrió con su velo amarillento la desolada habitación.

Siempre estaba solo.

Se desvistió lentamente. Revisó más de una vez, debía asegurarse de que la raya del pantalón quedara perfecta y giró el saco para comprobar que las tapas de los bolsillos estaban en su lugar. Sacudió con golpes suaves los restos de polvo y miró su traje unos instantes. Seguro de que todo estaba en orden, lo ubicó en su percha original de Tiendas Introzzi, lo colgó en el viejo ropero

cerrando con cuidado su puerta desvalida y se tendió en la cama sobre el páramo de unas sábanas frías.

Prendió un cigarrillo (solamente cuando estaba solo se lo permitía) y miró al techo oscuro, alto y lejano, preámbulo a otros mundos de recuerdos y ensoñaciones.

Se vio a sí mismo en su pueblo natal allá en Argentina, corriendo detrás de un "panadero" que, como burlándose de él, subía y bajaba cambiando de rumbo a cada instante. Pero al fin, quedó atrapado en un ligustro que lo retuvo para que pudiera tomarlo con sus manos pequeñas y con mucha delicadeza le "robara el pan", pidiera un deseo y lo dejara libre otra vez para que huyera lejos montado en la brisa.

Sus pies sucios recorrían las calles de tierra sin rumbo y sin tiempo. Recordó a sus compinches, aquellos "pibes" con los que había compartido tantas travesuras. ¿Qué sería de ellos? ¿Vivirían, tendrían familia, hijos, amigos?

Cerró los ojos unos instantes, estaba cansado. Pero justo en ese momento, como tantas veces, surgió el rostro de Angélica.

Angélica…Eran adolescentes y el mundo estaba ahí para ser conquistado. No importaba lo que otros les contaran o hubieran descubierto; aquel era un mundo virgen que había que recorrer. Un mundo donde se encontró frente a frente y por primera vez, con el amor.

¿Cuántos besos pudo robarle a aquella muchacha cordobesa? Nunca lo recordaba; pero sí olía hasta hoy el perfume de su pelo y oía la risa nerviosa de aquel ángel sin alas ("¿o sí las tenía?").

Este paraíso duró lo bastante como para hacer planes juntos, pero poco para perdurar. Él estaba en casa de sus tíos pasando unas vacaciones de verano. Recorrían juntos los cerros y se sentaban a veces al borde de los arroyos que bajaban torrentosos a alimentar otros cauces. El tiempo se detenía; eran ellos y el mundo. Pero ambos sabían que ese sueño tenía marcado su fin. Una tarde de febrero se despidieron con promesas de regresos y reencuentros en aquella terminal que les pareció más fría y solitaria que nunca.

Atrás, muy lejos en su Córdoba natal, Angélica guardó como un tesoro el sabor de aquel último beso y él lo grabó a fuego en su corazón.

Meses después y debido a que su familia pasaba por un mal momento económico y no encontraba empleo, decidió probar suerte en Uruguay. Sus sueños de enamorado se fueron disolviendo como

la espuma de ese Río de la Plata que atravesó una noche sin luna y que lo separaba lenta y dolorosamente de aquel adolescente que quedaba atrás.

Una lágrima solitaria se escabulló y se perdió en la cama. Todo se volvió oscuro y sin darse cuenta, el sueño lo venció.

El sonido incómodo de una radio mal sintonizada lo despertó. Algo de claridad (en realidad, toda la claridad que era posible recibir en su apartamento) delineaba las pocas pertenencias que poblaban el cuarto. Otro día.

Luego de darse una ducha rápida con agua fría (hacía mucho que tenía el calefón roto), se enfundó el traje y bajó a desayunar al bar.

—Buen día —lo recibió Manolo.

—Buen día —respondió—, traeme lo de siempre, por favor.

Sobre la mesa ya estaba el diario ofreciendo las mismas noticias de cada mañana, nada cambiaba en este paisito. La máquina de café soltó su vapor con un estruendo y Manolo aprontó la taza y un par de bizcochos.

—Se extraña, ¿no? —Él, solo asintió con un gesto.

No podía apartar los ojos de aquella silla que le hacía frente y le mostraba el vacío. Atrás del vidrio sucio la gente seguía su rutina de trabajo, mandados, niños yendo a la escuela. Nada era diferente, aunque él sabía que no era cierto.

Cuando llegó de Argentina, consiguió trabajo en una tienda de ropa. Le gustaba. Hablaba con la gente, era un lugar elegante y el sueldo no estaba mal. Podía enviar a su familia algunos pesos para aplacar los apuros económicos y quedarse con lo suficiente como para vivir tranquilo.

Al llegar al barrio no conocía a nadie hasta que un día se topó con aquel hombre que era distinto al resto de los parroquianos. Mientras tomaba su whisky, observaba todo con atención. Cada tanto cruzaba algún comentario con Manolo o el dueño del bar y muy esporádicamente accedía a jugar al truco con otros vecinos. Un día coincidieron en la barra y comenzaron aquellas charlas de pocas palabras y muchos silencios donde ambos se sentían cómodos. Forjaron una amistad que agradeció.

Su amigo trabajaba de sereno en el molino que quedaba justo enfrente del edificio donde vivía y muchas tardes de verano cruzaba y conversaban hasta que aflojaba el calor.

Terminó su café y dejó sin tocar los bizcochos; no tenía hambre. Puso la plata y una propina demasiado grande sobre la mesa.

Salió a caminar por el barrio con la esperanza, que sabía inútil, de encontrar a su amigo en alguna esquina tanteando al tiempo.

Volvió a su apartamento, trancó la puerta con llave y se acostó vestido intentando no ajar el traje.

Miró como siempre el negro techo y murmuró:

—¡La pucha!, ¡qué porquería es la soledad! —Y cerrando los ojos, dejó de respirar.

A LA LUZ DE UN

FLUORESCENTE

—¿Se va a quedar mucho rato más?

—¿Qué hora es?

—Hora de cerrar, don Gerardo. Vamos, sea bueno, vaya para su casa y descanse, mañana será otro día.

El hombre se levantó con dificultad y en su impulso tiró la silla al suelo. El eco del golpe denunció la soledad del bar. Enfiló hacia la puerta como una sombra diluyéndose titubeante y silenciosa. Un ademán de despedida o de disgusto, imposible de descifrar en la penumbra que creaba la mortecina luz de un único tubo fluorescente, se perdió en la negrura de la calle Yaguarón, que lo engulló como un ogro hambriento rodeándolo de ruidos y voces ajenas.

Manolo tomó el trapo que llevaba en su brazo y lo colgó en la cintura del delantal. Poco a poco, fue colocando las sillas sobre las mesas gastadas hasta formar un laberinto de maderas viejas y despintadas. “Como el mundo, todo patas para arriba”, se dijo a sí mismo.

Mientras baldeaba el gastado piso de baldosas, pensaba en cuántas historias, traídas por tantos pasos, vivían allí por un momento hasta escurrirse sin pena ni gloria por el inodoro cada vez que volcaba el agua turbia.

Se dedicó luego sin mucho entusiasmo a repasar la barra, limpiando solo lo más grueso. Distraídamente levantó la vista y se topó con las caras de su abuelo y de su padre que desde una vieja fotografía donde la humedad y los años habían dejado su marca, lo miraban sonrientes posando orgullosos delante de la puerta del bar. Encima de ellos, se leía en un cartel escrito con letras de fileteado

porteño: “Bar La Cumparsita”. Según le contaron, lo dibujó en una de sus tantas visitas a Montevideo un amigo del abuelo que, en su viaje por el Río de la Plata, había recalado en Buenos Aires, donde aprendió el oficio. “Puras letras fanfarronas”, decía su padre.

—La Cumparsita… —murmuró Manolo—¡qué tango!

Dio la vuelta al mostrador y se sirvió una caña. Dejó caer ceremoniosamente el líquido transparente sobre el pequeño vaso. En un rincón, perdido entre botellas cubiertas de polvo, se escondía un viejo tocadiscos que aún conservaba un fonograma grabado por la orquesta de Juan D’Arienzo. Manolo encendió el aparato y con mucho cuidado depositó la púa sobre la negra pasta de donde surgieron, rompiendo el silencio y entre ásperos rumores, los primeros acordes: ¡chan, chan, chan, channn...!

—¡A su salud! —brindó saludando al cuadro vaciando el vaso de un solo sorbo.

—¿Sabés que Matos Rodríguez, el autor de La Cumparsita, vivió a una cuadra de acá? —comentó un día uno de los habitués del boliche.

—No, no sabía —contestó Manolo con poco interés.

—Sí, gallego. El tipo tenía la casa en la calle Nueva York, ¿ubicás?, en la otra esquina. Todavía está en pie.

—Claro que ubico.

—Bueno, parece que el tango lo hizo estando muy enfermo y como no sabía música, le pidió a su hermana, que tocaba el piano, que lo escribiera por él. ¿Qué me contás?

—Pues, mira.

—Pero escuchá lo mejor: dicen los vecinos más viejos, que venía a este boliche a tomarse la primera del día. ¿Te imaginás al autor del tango más famoso del mundo sentado en estas sillas? ¡Si será chico el mundo! Mañana te sigo contando porque me tengo que ir. ¡Hasta mañana, gallego!

—Chau, hasta mañana —lo despidió Manolo sin dejar de repasar los últimos platos y pocillos.

Cada noche, a las diez en punto, llegaba don Gerardo y en silencio caminaba hasta la mesa que ocupaba siempre, al fondo del local, ubicada en una esquina donde nunca llegaba la luz del sol y donde por la noche, solo el resplandor parpadeante de un tubo fluorescente permitía, aguzando mucho la vista, adivinar su

presencia.

—Buenas, don Gerardo, ¿cómo estamos hoy?

—Bien, Manolo, bien. Traéme lo de siempre, por favor.

—Claro, ya vuelvo.

Desde que era niño, Manolo ayudaba a su padre aprendiendo el oficio.

—Tenés que conocer a cada parroquiano —le enseñaba. Algunos vienen para que los escuches porque saben que pueden confiar en vos, pero otros traen solo su silencio y eso es porque están hablándose para adentro, ¿entendés?; tomando una decisión, buscándole la vuelta a algún problema, sofocando penas o amores perdidos, vaya uno a saber. Con esos solo un "buen día, buenas noches". No vienen por vos, vienen por ellos.

Don Gerardo era de éstos. Callado, taciturno. Parecía que no veía a nadie y que nadie lo veía a él. Las frases mínimas que cruzaba con Manolo, eran todo y no necesitaba más.

Esa noche el bar se llenaba con las notas de La Cumparsita. Por alguna razón, Manolo había sentido la necesidad de poblar el aire con los acordes cortados y rezongones del tango de los tangos. En el fondo del boliche, don Gerardo fumaba un cigarrillo con la vista perdida.

Cuando se fue el último cliente, Manolo se acercó.

—¿Le traigo otra, don Gerardo?

—No, esta vez quiero invitarte a vos. Servite una copa y arrimá esa silla, vamos a conversar un rato.

Manolo quedó sorprendido por la invitación y no atinó a moverse.

—Dale, gallego, quiero contarte algunas cosas que merecés conocer. Ah, y no vayas a sacar ese disco de D'Arienzo, por favor.

Y allí estaban. Sentados uno frente al otro, en silencio, bajo aquella luz fluorescente parpadeante y zumbona.

—¿Sabés qué día es hoy? —preguntó el hombre.

—Creo que es 19 de abril, si no me equivoco.

—Así es, 19 de abril, el mismo día en que se tocó La Cumparsita por primera vez, allá en el centro, en un bar que se llamaba La Giralda y que ya no existe.

—Eso me contó mi padre.

—El muchacho que hizo el tango tenía 20 años y le gustaba

mucho la farra, ¿sabés? No dejaba boliche ni cabaret sin visitar. Era un tipo con pinta y galanteador, por eso en cada barrio tenía una novia. Pero un día apareció Renée, la francesa, y todo cambió.

El hombre se detuvo. Manolo creyó ver un brillo en sus ojos, pero no se animó a hacer preguntas.

—Es así, gallego. El amor golpea y si no nos damos cuenta, se va como vino y nos deja solos. Mucho más solos.

El sonido de la púa rebotando porfiadamente anunciaba el final del disco y Manolo se paró para apagar el aparato. Cuando volvió, don Gerardo ya no estaba. Solo quedaba un halo fluorescente que se perdía por debajo de la cortina de hierro a medio cerrar, rumbo a la calle.

Manolo se encogió de hombros y comenzó a recoger las sillas, pero algo llamó su atención: sobre la madera, un corazón tallado cuidadosamente y que él nunca había visto antes, rodeaba un nombre: Renée.

Don Gerardo nunca más volvió al Bar La Cumparsita, pero su mesa aún lo aguarda celosa y paciente.

—Quién sabe, viejo, quizás algún día don Gerardo Matos regrese al bar en compañía de su amada Renée y escriba acá su mejor tango, ¿no te parece? — dijo Manolo mirando el cuadro de atrás del mostrador.

—Gallego, ¿qué decís?, ¿estás en Babia?, ¡servime otra, por favor, y dejá de hablar solo!

LA VIEJA DE LA VENTANA

Su rostro surgía desde la oscuridad de aquel cuarto, como la caricatura de un espectro pasado de moda que solo podía asustar a los distraídos.

La luz difusa del sol oculto por los edificios que rodeaban mi calle, iluminaba con desgano aquella cara, descubriendo apenas el contorno de sus pómulos endurecidos por los años, los labios apretados y aquellos ojos chiquitos que, aunque cansados de tanto mirar, retenían aún restos del brillo adolescente donde se reflejaba el ir y venir de la gente.

Le llamábamos la vieja de la ventana.

Ella gastaba sus días asomándose al mundo a través de aquella ventana de vidrios pequeños y antiguos, escondida detrás de una raída cortina de voile que alguna vez fue blanca y que, silenciosa, se movía al impulso de su arrugada mano.

Siempre estuvo ahí desde que tengo memoria. Vivía en una de las casas más viejas y derruidas del vecindario. Una construcción de techos altos, paredes gruesas y ventanas enormes con balcones de hierro forjado, repletos de flores rígidas y herrumbradas. La casa se adelantaba a las demás construcciones de la cuadra afinando la vereda y obligando a los transeúntes a pasar a pocos centímetros de aquellos ojos curiosos.

Nunca la vi fuera de ese castillo descuidado; no supe nunca cómo vivía y la forma en que se hacía de las cosas más elementales para vivir. Solo sabía, como todos en el barrio, que siempre estaba allí. Cada vez que pasaba por su ventana, veía de reojo cómo la cortina se corría sutilmente y sentía extrañamente, el roce de su mirada en mi nuca.

De niños imaginábamos que era una bruja que esperaba agazapada el momento en que nuestra pelota quedara atrapada en su balcón para sacar sus garras y quedarse con nuestros sueños.

Evitábamos jugar cerca de su casa y aunque la calle era angosta, preferíamos los rezongos y enojos sin consecuencias de otros vecinos, a la posibilidad, nunca confirmada, de quedarnos sin alma por causa de algún embrujo.

En las noches, las paredes de aquella casa se volvían oscuras, recorridas por manchas que parecían moverse y darle vida. Y siempre el silencio. Un silencio ruidoso de pensamientos infantiles, de crujidos inventados en nuestra imaginación, de voces que no entendíamos. Pero al final, lo único real, era el silencio.

La vieja de la ventana no tenía voz, no tenía cuerpo, no existía más allá de esa pálida cara imposible de describir por falta de más detalles. Pero cierta vez, entré a su casa.

Una madrugada de domingo, escuchamos un grito desesperado. Sobresaltados, saltamos todos de la cama y prestamos atención para intentar descubrir qué era lo que estaba sucediendo. Transcurridos algunos minutos, un sollozo amargo comenzó a calar las paredes de nuestra casa. Una sensación de ahogo tensó mi pecho como un nudo. Aquel sonido gutural era de una tristeza tan profunda que sacudía el aire y lo espesaba de una manera tal que costaba respirar.

—¿De dónde viene ese llanto, por Dios? —preguntó asombrada mi madre.

—Parece venir de la casa de al lado —contesté extrañado.

Nos miramos un instante. Ambos sabíamos de quién hablábamos. Era la primera vez que percibíamos un signo de vida proveniente de la casa de la vieja de la ventana y ese llanto, era el último sonido que hubiéramos imaginado escuchar.

—Voy a ver qué pasa —dije impulsivamente y vistiéndome a la carrera, salí a la calle.

Era invierno y el viento soplaba con fuerza, como lo hace siempre en esta ciudad. Salí con poco abrigo y las gélidas ráfagas calaron las ropas hasta mis huesos que, en esa época, eran muchos y a flor de piel.

El barrio estaba desierto (no recuerdo la hora exactamente). Me acerqué a la ventana intentando descubrir algo dentro de aquel cuarto. Solo encontré oscuridad y aquel llanto amargo que seguía obstinadamente golpeando mi pecho. Busqué auxilio tomando una bocanada de aquel aire frío. Me detuve un instante pensando qué hacer. Nunca había golpeado a aquella puerta; es más, seguramente

nunca había querido golpearla, pero algo me impulsó a hacerlo. Y fue justo cuando tomé el llamador de bronce, verde por el orín, que la puerta se abrió sin esfuerzo y me enfrentó a la negritud de un pasillo que apenas se entreveía a la luz amarillenta de los focos de mercurio de la calle. Adentro, la nada. Aunque bien sabía que ella estaba allí, en algún rincón, sollozando quedamente.

Y sentí miedo.

Mis piernas comenzaron a temblar, el corazón redobló sus latidos y la razón me ordenaba abandonar esa absurda situación. Estuve ahí parado por lo que a mí me parecieron horas; solo con el temor, enfrentado a la difícil disyuntiva de huir o intentar avanzar por aquel escenario inundado de pena que se abría ante mis ojos. Fue entonces que una cachetada de vapor húmero, de una humedad rancia y antigua, me sacó de ese estado y volví al presente.

Subí los escalones que separaban la puerta de la vereda y comencé a caminar por el oscuro pasillo. Me detuve un instante frente a la habitación que daba a la calle, pero no era de allí que provenían los sollozos. Continué caminando muy despacio.

—¡Hola!, ¡soy el vecino de al lado!, ¿está usted bien? —. hablé en voz alta no solo para anunciar mi presencia sino, y, sobre todo, para romper mi propio miedo.

La única respuesta que tuve fue el eco de mi voz rebotando en la casa vacía y ese llanto, ahora lento y ahogado que se iba apagando, pero que no encontraba fin.

Avancé hasta desembocar en un patio interior, y la vi.

Sentada en una vieja silla, tenía apoyados sus brazos sobre una pequeña mesa, abatida su cabeza en ese refugio. El ambiente estaba teñido por la luz pálida y mortecina de una luna llena que se asomaba lejana a través de la claraboya sucia y destartalada.

—¿Está usted bien? Me llamo Manuel. Perdone que entré de esta manera, pero… —Se terminaron mis exclusas.

La vieja levantó lentamente su cabeza y me miró con unos ojos extraños, vacíos y secos. Una sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios. Me estremecí.

—Tú nunca me viste, ¿verdad? —me preguntó con una voz amarga de acento gallego.

—No…bueno, solo…

—Sí, solo me veías asomarme a la ventana. Pensarías que

curioseando. Pero yo te estaba esperando, Manuel; siempre te esperé.

No contesté, no sabía qué decir.

—No era curiosidad lo que me llevaba a estar allí día y noche. Tengo una historia para contarte, y llegó el momento de hacerlo.

—Me llamo Pilar, nací en un caserío en las afueras de Vigo, en Galicia. Como muchos gallegos, llegué a estas tierras en busca de una vida mejor; un lugar para trabajar en paz y, sobre todo, para tener un plato de comida en la mesa. Llegué embarazada de mi hijo, al que puse por nombre Manuel. Estuve muchos años empleada en una casa de familia. Hacía de todo: limpiaba, cocinaba, criaba a los niños y junto a ellos, a ti. No era mucho lo que ganaba, pero alcanzaba para vivir. —Hizo una pausa entrecerrando sus ojos.

—Fuiste creciendo hasta que te convertiste en un hombre y tomaste tu camino. Yo seguí sola; no quería repetir mi vieja historia y me las apañaba como podía. Un día me visitaste y me dijiste: "Madre, le he comprado una casa para que no tenga que vivir de prestado nunca más. Me enrolé en un barco, ¡se gana muy bien y voy a conocer muchos lugares! El buque se llama Galicia, ¿se da cuenta, madre?, igual que nuestra tierra. Ya la vendré a visitar."

—Poco tiempo después, leí en las noticias acerca de un accidente ocurrido muy lejos de aquí: el Galicia había naufragado. No había sobrevivientes. No lo creí; mi hijo siempre cumplía sus promesas. —Las últimas palabras se perdieron en un ahogo.

—Te esperé cada hora asomada a la ventana, pero nunca volviste. Tenía la esperanza de que en algún momento pasarías por mi casa y voltearías tu rostro para saludarme con aquella hermosa sonrisa. —Volvió su mirada hacia mí.

—Y hoy te vi. Paseabas distraído con tu boina y un cigarrillo en los labios, de aquellos que te gustaban, baratos y malolientes. Al pasar por mi ventana, te detuviste un instante cruzando tus ojos con los míos y sin dejar de sonreír, reanudaste tu camino. Transparente entre la gente, atravesando el tiempo hasta que desapareciste, no sé por dónde. Entendí entonces que ya había terminado mi espera y comencé a llorar porque caí en la cuenta de que nunca íbamos a volver a estar juntos.

Lentamente, algunas lágrimas comenzaron a recorrer su gastada mejilla por el cauce de sus arrugas.

—Esta herida del alma nunca pudo cerrar, solo la oculté lo más hondo que pude, pero acá estás, seguro para decirme lo que ya sé: "vamos por caminos diferentes."

Doña Pilar calló y otra vez se sumió en el silencio.

Sobre la mesa descubrí un recorte de diario amarillento:

"La comunidad gallega del Uruguay, saluda a Doña Pilar González, por motivo del fallecimiento de su hijo, Manuel, ocurrida el día 2 enero de 1960 a bordo del vapor Galicia. Q.E.P.D."

Era el día de mi cumpleaños.

Cuando levanté mi mirada, solo encontré una silla vacía.

LA ÚLTIMA VENTANA

Me hipnotizaba el mundo que descubre los rayos de sol que se filtran por los resquicios de la persiana que cubre mi ventana. Un universo antes invisible donde de pronto cobran vida miles de puntitos indefinidos, preocupados por llegar sin rumbo a ningún lado. Un mundo extraño formado por motas de polvo que siempre están, a pesar de los esfuerzos de mi madre por mantener todo limpio. Restos de hollín originado en la avenida que pasa a pocos metros de casa y harina que vuela y se escapa del molino de enfrente.

Mi casa, la casa de mis padres, tiene una sola ventana. Desde que tengo memoria, está allí.

Esa última ventana de una fila que asciende hacia el cielo en el viejo edificio, se convertía en un refugio secreto, un lugar desde donde dominaba al mundo. Era mi puesto de vigía oteando el horizonte de treinta metros de asfalto y baldosas gastadas.

Detrás de la persiana baja, veía pasar la gente y oía sus voces. Me dejaban fragmentos de frases descolgadas que después convertía en historias. El mundo iba y venía y se movía con lentitud. Es que cuando somos niños el tiempo va más despacio.

Pero había días especiales que intentaba no dejar pasar, durante los que a pesar de los deberes y tareas que mi madre me encomendaba, me proponía correr para estar en mi puesto en el momento justo. Esos días llegaban cada vez que en el molino de enfrente estacionaba el camión con su caja vacía.

Los obreros formaban un carrusel sin fin. Salían en fila como hormigas por una puerta pequeña llevando sobre sus hombros aquellas bolsas que se me antojaban muy pesadas. Blancas sus caras y blancos sus brazos y manos por la harina que se escapaba volando libre a otros destinos, impulsada por el viento siempre presente en el barrio. Dejaban su carga en la cinta que subía hasta la caja del

camión poco a poco, muy despacio. Como en religiosa procesión, las conducía sin remedio al borde de un precipicio que terminaba en las manos de otro obrero que las acomodaba con metódica prolijidad. Una a una.

El movimiento sin pausa de aquella escena uniforme y repetitiva que cada tanto se detenía para dar un respiro a sus actores, funcionaba para mí como un narcótico. Durante el descanso, los rostros enharinados se volvían casi cómicos cuando, detrás del inevitable maquillaje, surgían risas y unos ojos que se abrían exageradamente queriendo despejar el cansancio, rojos por el esfuerzo y la irritación.

Mientras los hombres se relajaban entre comentarios y bromas, él se separaba del resto, armando su cigarrillo con parsimonia y descuido, apoyado a la pared. No hablaba con los demás. Solo miraba hacia mi ventana.

Instintivamente me separaba de la persiana con cuidado para evitar cualquier indicio de mi presencia, sin poder despegar mis ojos de los suyos.

Trabajaba en silencio, sin quejas, concentrado en sus propios pensamientos. Aunque, como me pareció sentir algunas veces, sus ojos giraban cada tanto y por un instante, se posaban otra vez en mi ventana.

Ese miércoles de junio, la noche se extendió más de lo normal a causa de un cielo de tormenta que trajo la lluvia sobre la ciudad que despertaba. Entre rezongos y relámpagos, me levanté como siempre para preparar mi viaje a la escuela.

Aunque estos días grises a muchos los empujan a la melancolía e incluso a la tristeza, en mí causaban expectación y asombro. Me resultaba nuevo y mágico el mundo bajo esa luz espectral, durante las horas donde se supone, debe reinar el sol. Todo adquiere un tono surrealista, extraño. Las cosas más comunes cobran una nueva apariencia, como si pudiéramos descubrir en ellas la presencia de un alma, aunque no la tengan.

Me asomaba a la ventana para mirar el nuevo paisaje de veredas mojadas, corrientes de pequeños ríos que bajaban por la calle que ya no era calle sino cauce y detrás de la cortina tenue de la lluvia, la imagen gris, desolada pero raramente viva, del viejo molino.

Ese día la tormenta se anunciaba retumbando entre los edificios con truenos y relámpagos. Los vidrios de las ventanas temblaban y la luz azul e intermitente que llegaba desde algún lado del cielo,

iluminaba al barrio descubriendo por segundos, trozos de paisaje sin orden ni tiempo. Algún transeúnte corría intentando esquivar la trampa de las inevitables baldosas flojas.

Me quedaban cinco minutos para disfrutar de ese mundo antes de que mi madre me llamara para irnos. Nada se movía en el molino. Sus luces estaban apagadas aún, durmiendo en silencio como dando lugar al sonido de las gotas que caían sobre su techo de zinc. Hasta que un relámpago me mostró por un segundo su rostro en una de las ventanas del último piso. Un rostro de ojos rojos y cara blanca, fumando y mirándome fijo; sus ojos puestos en los míos. Parpadeé rápido y miré de nuevo, pero solo estaba el molino que aparecía y desaparecía al ritmo de los relámpagos. Un enorme trueno me volvió a la realidad.

Nervioso en la escuela, conté mi historia a mis amigos.

—¡Te estás volviendo loco! —me dijo Wilson.

—¿No será un fantasma? —preguntó bromeando Enrique.

—¡Les juro que lo vi, estaba en la ventana! —Me defendí.

La tormenta fue amainando y al salir de clase ya se podía ver algún hueco en el cielo donde entre las nubes en retirada, un celeste muy pálido quería asomar.

Esa noche me costó mucho conciliar el sueño.

Nuestro dormitorio era en realidad, el living de la casa, por eso dormíamos en sillones que se convertían en cama. Desde mi lugar se alcanzaba a ver la puerta que llevaba a un pequeño patio interior.

Por fin, el sueño me venció, incomodándome con imágenes borrosas que se movían y me llevaban por lugares desconocidos. En medio de esa duerme-vela, me pareció oler a humo de cigarro. Mi padre estaba durmiendo; él no podía ser. El humo parecía venir desde el patio y hacia allí moví mi cabeza y al instante di un salto en mi cama: ¡los ojos rojos del hombre del molino, me miraban por entre las rendijas de la cortina!

Quise gritar, pero fue inútil. Parecía que un par de manos me apretaban el cuello y me impedían incluso moverme. Mis ojos quedaron presos de aquellos donde percibía una sonrisa irónica. Pasaron segundos eternos como horas hasta que por fin aquellas brasas se apagaron.

Al día siguiente no conté nada, no quería que me tomaran por cobarde.

Pasaron luego algunas semanas en las que poco a poco, fui

olvidando esos encuentros inquietantes y los días volvieron a su rutina. Hasta que llegó aquella madrugada de agosto.

Sin entender nada, despertamos a causa de gritos y golpes en la puerta de casa:

—¡Se está incendiando el molino!, ¡hay que salir a la calle! Instintivamente corrí hacia la ventana y quedé perplejo a mitad de camino a la vista del resplandor naranja que se colaba por la cortina. Casi con lo puesto y una manta sobre los hombros, nos encontramos de repente a la intemperie, sobre la calle repleta de caras conocidas, en medio de una escena casi cómica entre piyamas, saltos de cama y zapatillas de felpa. En nuestros ojos se reflejaban las llamas que salían por las ventanas como brazos desesperados queriendo huir de su propio infierno.

Horas después, con las primeras luces del día, un humo claro se escapaba lentamente hacia el alba, mientras todos volvíamos cansados y tristes a nuestras casas. No sé por qué, pero antes de entrar giré la cabeza; alguien sin voz me llamaba. Y lo vi, juro que lo vi, escapándose por la última ventana entre el hollín y perdiéndose detrás del resplandor del sol. Lo vi claramente: ya no sonreía y el rojo de sus ojos era ahora ceniza sin futuro. Pero algo echaba de menos en su rostro, algo que lo volvía incompleto. Por fin me di cuenta: ya no llevaba su eterno cigarrillo pendiendo de sus labios.

Tiempo después, un informe indicó que la causa probable del incendio había sido una colilla de cigarro encendida en el último piso del molino, inexplicablemente encontrada dentro de un depósito destinado a almacenar bolsas vacías; un lugar que no se usaba desde hacía mucho tiempo.

Pregunté muchas veces por él a mucha gente; nadie lo había visto jamás.

DETRAS DE LA CORTINA

El zumbido de los tubos fluorescentes era molesto, pero ya no lo oían. Uno se acostumbra a casi todo.

Cada tanto la fría luz decaía en un pestañazo sin aviso.

—¡Hay que cambiar ese tubo, te lo pedí hace meses! Dejás las cosas para después, y chau, nunca más.

Él siguió rascando distraídamente aquel rastro de pintura roja que tanto le molestaba. Cada vez que lograba sacar una lasca, emergía otro color aún más feo. "¿Es que habrá madera ahí abajo?", se preguntaba.

El mate sobre el mostrador del fondo, esperaba hace rato que alguna mano se apiadara de él y le transmitiera algo de tibieza que lo reconfortara, aunque sea un poco.

Néstor y Elsa estaban sentados como cada tarde en aquellos viejos taburetes que más parecían de bar que de librería. Se había terminado otro día; en realidad, hoy se habían terminado todos los días.

—¡Cuánta gente vino…parecía una feria!

—Uff…demasiada para mi viejo cuerpo, estoy agotada.

Néstor tomó por fin el termo, descascarado y cubierto de calcomanías (recuerdo de militancias adolescentes), cebó un mate y lo dejó al lado de Elsa, más por costumbre que por otra cosa. Sabía que no se podía tomar, estaba helado, como sus almas.

Encerrados en sus pensamientos, cada uno recorría con la mirada su estante preferido en los antiguos armarios de la vieja librería. Conocían de memoria a sus habitantes. Unos, eternos vecinos afincados a un rincón donde nadie los buscaba o preguntaba por ellos. Escondidos, cómodos o resentidos. Otros, itinerantes e inquietos, se mostraban presumidos. Iban y venían. Salían a conocer el mundo más allá de la cortina y la vidriera y luego regresaban más gastados pero ufanos.

Y el silencio abarcándolo todo. Un silencio espeso y extraño, paradójicamente allí, en medio de tantas palabras.

Elsa suspiró. Una andanada de recuerdos empujó algunas lágrimas que secó rápidamente sin que Néstor lo notara. “Ya es mucho el dolor como para hacer escenas”, pensó.

Ambos estiraron sus brazos y sus manos se tocaron. Unas sonrisas tristes, melancólicas, se fueron dibujando lentamente en sus rostros. Más que sonrisas, muecas de labios apretados y ojos brillosos. Elsa levantó las cejas: “Es lo que nos toca vivir, mi amor”, se dijo a sí misma, sabiendo que él la entendía.

—¿Vamos a sentarnos más cómodos? —propuso Néstor, moviendo levemente su cabeza.

Rodeando el mostrador que limitaba la zona de los libros de estudio, tantas veces repleta de estudiantes y padres reclamando listas eternas, entraron a una pieza que mostraba un cartel de “Privado” en la entrada.

Un sofá desvencijado de incierto noble origen, lucía aún con arrogancia sus maderas laqueadas y labradas de cedro francés y un tapizado verde inglés de raso ahora gastado, opaco y agujereado. Enfrente, una gran mesa sobre caballetes, iluminada por una lámpara de dibujo, sostenía las herramientas y los enseres que utilizaban para rescatar sus libros. Allí llegaban, sin saber desde dónde o por qué, y sin preguntarles nada, se los sanaba, hoja a hoja.

Néstor creía firmemente que los libros tenían vida y que, sin pedir permiso, se iban apropiando de las voces de quien los leía. Por eso le gustaba saborear libros viejos, gastados, releídos, meditados. Sentía a otros leyendo con él y una parte de sí mismo se iba sembrando entre tantas palabras, con la esperanza, que sabía vaga, de resonar en algún momento, distante o cercano, en los oídos de alguien.

Sentados uno al lado del otro, charlaron y se rieron hasta que el cansancio los fue apagando y al fin, quedaron dormidos. Un rito final: su última noche en la librería.

Sobre las dos de la madrugada, Elsa creyó escuchar un rumor de voces en el salón. A su lado, Néstor dormía profundamente. Prestó atención: sí, alguien hablaba.

Con sigilo se acercó a la puerta. Una leve bruma iluminada se divisaba en el mostrador de enfrente, donde estaba la caja registradora. ¿Serían ladrones?

En silencio y protegida por las largas mesas, se fue acercando

muy despacio, sigilosa, temiendo que las tablas sueltas del piso de viejo "pinotea" la delatara, hasta que, al fin, pudo verlos. Cuatro seres neblinosos, de una niebla luminosa y violácea, debatían animadamente. Unos pocillos de café, supuso, de la misma materia, desprendían humeantes un exquisito aroma.

—Como le digo, para mí el francés es el idioma del amor, del romanticismo perfecto. Un poema prosaico declamado en la lengua de Víctor Hugo, se vuelve música. Estará de usted de acuerdo conmigo, "mademoiselle".

—¡Totalmente! ¡Adoro ese dulce sonido gutural! Parece que cada palabra es saboreada antes de ser pronunciada. Je suis d'accord, monsieur!

—Sin embargo —terció una figura que lucía bombín en su cabeza— no hay como la lengua de Shakespeare para relatar intrigas. Pocas palabras, justas y medidas que nos llevan de inmediato a ser partícipes de la acción.

"¿Qué hay de los nórdicos?", pensó Elsa, pero evitó inmiscuirse.

—Si estamos hablando de lenguas y estilos, tengo que opinar, queridos amigos, que soy admirador del italiano. No hay nada parecido para narrar aventuras cotidianas. ¡Solo leerlo y escucharlo lo llena a uno de energía!, ¡y ni que hablar de su comida!, ¡mio Dio!

—¿Pero es que existe una lengua que pueda revelar en su riqueza todo el sentir del alma del escritor y lo acompañe por los caminos que él quiera recorrer, sin ponerle límites u obstáculos? —preguntó la dama.

—Si me permiten —dijo el hombre del bombín— pienso que esa lengua podría ser, sin dudas, la nuestra, el castellano. Repleta de sinónimos y antónimos; de expresiones que se enriquecen con el tiempo, de verbos y palabras tan rebuscadas o simples como sea necesario. ¿O no es un placer leer algunos textos (y no quiero ser injusto dando ejemplos) que nos llevan a lo profundo del ser?

"Y también hay de los otros, que más vale olvidar, por más castellanos que sean", opinó Elsa para sí.

—Quizás con cada idioma, en cuanto nativo del escritor, pase lo mismo —dijo al pasar uno de ellos mientras se llevaba el pocillo a los labios.

—Es posible que tenga razón. Bueno, creo que es tarde, debemos irnos. Recuerden que tenemos la tarea de buscar otro sitio para nuestras tertulias. Esta vieja librería ya no será nuestro reducto nocturno, una lástima. En fin, es la vida, ¿brindamos por ella?

—Pues claro, ¡salud!

—¡Salud!, ¡por la vieja librería y por los libros!

—¡Por los libros! —dijeron todos a coro.

Ante el asombro de Elsa (y la emoción que sin entenderlo le generó ese brindis), los cuatro alzaron sus pocillos y en ese momento, los neblinosos personajes se fundieron en el exacto lugar donde el humo de los cafés se hizo uno, hasta que, impulsados por una brisa inesperada, desaparecieron por debajo de la cortina de hierro.

Elsa volvió a la pieza donde había dejado a Néstor. Dormía ahora volcado hacia el respaldo del viejo sofá. Se tendió a su lado.

Un suave resplandor que golpeaba con insistencia los párpados de Néstor lo obligó a abrir los ojos. Perezoso y dolorido, se levantó. Se frotó el rostro para terminar de despertar y aplacó con la mano los pocos pelos que aún quedaban en su cabeza.

La luz del sol se abría paso con dificultad a través de los vidrios sucios de una solitaria banderola, delineando un blanco sendero donde flotaban caóticamente, miles de partículas insignificantes.

Elsa murmuró algo entre dientes y asomó la cara por debajo de una vieja manta a la que había echado mano en la fría madrugada. Cuando se incorporó para contarle a Néstor lo que había vivido esa noche, no lo encontró. Vagaba entre las mesas y las estanterías sacando un libro de aquí y otro de allá, acariciando los lomos de sus hijos pródigos. Caricias de despedida.

—Néstor, es hora de irnos a casa.

—Sí, claro. Vamos.

Al cruzar la entrada, ambos se volvieron y aspiraron con todas sus fuerzas. Querían llevarse consigo ese olor inexplicable que emana de los libros.

La pequeña puerta dispuesta en la cortina, los llevó a la calle. El otoño mostraba su mejor azul (dicen que, en estas latitudes, el cielo de otoño es el más azul de todos).

Las hojas amarillas de los plátanos, corrían por la calle raspando con sus puntas el asfalto y las baldosas, rezongando con aspereza como siempre lo hacen en las ventosas mañanas de mayo. Y luego, se reunían en la esquina en una ronda amarilla y ocre que intentaba, sin éxito, levantar vuelo.

Elsa se ajustó la bufanda y Néstor levantó el cuello de su viejo gabán; y abrazados, lentamente y sin voltear sus cabezas, dejaron atrás una parte de sí.

Horas más tarde, un gran camión atracó frente a la librería. Dos trabajadores saltaron a la calle y extrañados, descubrieron que el candado que debía asegurar la cortina de hierro, estaba fuera de su lugar. Ambos hombres entonces, la impulsaron hacia arriba sin encontrar resistencia.

Y en ese preciso momento, decenas de miles de mariposas de papel salieron en bandada atropellándolo todo. Y luego de revolotear sobre la desierta calle, ascendieron a lo más alto del cielo (para envidia de las hojas de plátano) y volando hacia los cuatro puntos cardinales, cubrieron la ciudad de viejas historias.

El PUEBLO

LA COMETA

El pasillo tibio de la casa de los abuelos convertido en taller.

A la sombra de sus paredes descascaradas y que creía eternas, nos sentábamos sobre las baldosas amarillas por las que tantas historias habían transitado.

Imaginaba a mi madre de niña volviendo de la escuela, corriendo para entrar a la casa por la puerta del fondo, aquella apretada entre la pared y el aljibe caprichoso, mitad adentro, mitad afuera, que se metía en la sala de estar frente a la estufa. Seguro ella, mi madre, disfrutaba de la misma sombra en las siestas sin tiempo del verano, intentando aliviar el sofoco que el techo de zinc imponía a los cuartos.

Y allí estábamos, eligiendo las cañas que le iban a dar sustento a nuestra cometa. Ni muy finas ni muy gruesas, derechas y firmes, no tan secas ni tan verdes. Huesos selectos para un esqueleto que debía perdurar y soportar los embates del viento.

Mientras los mayores esperaban que pasaran esas horas de lenta digestión, uno de nosotros se atrevía a colarse en la cocina sigiloso casi como un ladrón de poca monta, para tomar prestado el cuchillo prohibido. Era el momento donde nuestra tarea se volvía realmente peligrosa porque una vez que la hoja se introducía en la caña, corría con vida propia hasta el final, sin reparar en la presencia posible y muchas veces real, de alguno de nuestros dedos. Y una vez lograda la multiplicación, las astillas diminutas e invisibles nos esperaban como pequeñas venganzas, al descuido de nuestro apuro.

Pegábamos el papel con una mezcla casi culinaria de harina y agua, siguiendo el borde definido por el hilo; los límites precisos de aquel hexágono escapado del cuaderno escolar y vuelto cosa, que podíamos tocar, mover, oler.

Luego, todo nuestro cuidado para dar las medidas exactas al tiro, aquella figura limitada por las líneas que partían del centro y de los

vértices superiores para al final, unirse en el punto perfecto. Era una tarea precisa donde poníamos toda nuestra atención y cada uno proponía su secreto.

Hasta que, al fin, con su cola multicolor de retazos como una novia que espera tocar el cielo, queriéndose escapar de mi mano, estaba allí, desafiante y nerviosa mi cometa.

—¡Mirá cómo sube!, ¡aflojale, aflojale que empezó a colear!, así, dale, tira un poquito…dejala así, así…

Los ojos se hacían chiquitos, apenas rayitas en nuestras caras redondas mirando al sol, siguiendo el vaivén que aquella cometa caprichosa describía en su ir y venir de una nube a la otra. Retazos de color entre algodones. Un puntito allá arriba unido a mí por un fino hilo, como el alma al cuerpo.

De a ratos, el trepidar de los flecos nos sacaba de aquel éxtasis que se nos antojaba la felicidad absoluta.

Nos mirábamos de reojo entre nosotros, sonrientes, orgullosos, tranquilos después de pasar nervios en la remontada, casi siempre accidentada: “tenela más arriba, no la soltés todavía, cuento tres… uno, dos, tres…¡pa!, te dije que hay que sacarle cola…”

Nos sentíamos parte de ella. ¿Qué veía la cometa desde tan alto? Seguro que en su vuelo divisaba todos los techos del pueblo y más allá todavía.

¿A cuántos miles de metros volaba mi cometa? Nadie lo podía saber y tampoco yo aceptaría una respuesta porque ella volaba y subía todo lo alto que yo imaginaba.

Entreverada por un instante con una bandada de golondrinas o queriéndose escapar atrás de una ráfaga de viento tibio. Pero siempre atada a mi mano, obediente, bueno, a medias. Ella tomaba de a ratos pequeñas decisiones, escorándose hacia un lado simulando caer, o intentando dibujar un círculo siempre inconcluso. Y como el alma se une frágilmente al cuerpo, el miedo de que el hilo se cortara y se fuera a conocer otros cielos, tensaba mis músculos frágiles de niño y rezaba para mis adentros: no te escapes, no te escapes…

Pero un día pasó, y mi cometa rebelde se liberó de mi mano y quedó atrapada en lo alto de un eucalipto.

Hoy pienso que quizás, eligió vivir allí cansada de tanto ir y venir para dejar que el viento y los pájaros fueran sus compañeros hasta que el viejo esqueleto de caña se convirtiera en polvo.

Y el alma de mi cometa dejó su cuerpo y siguió volando hasta

hoy que, empujada por alguna primavera lejana, se encontró conmigo y por eso, quise contártelo.

LA SIESTA

La siesta se extendía interminable durante las tardes de verano en el pueblo.

Afuera, el sol caía perpendicular sobre el balastro reflejándose mil veces en las facetas lustrosas e irregulares de cada piedra. Pequeños espejos naranjas que, como si fueran gotas de agua, convertían en río a la calle que iba a perderse varias cuadras más abajo en otro barrio.

Las chicharras cantaban su monótona canción de una sola nota y de a ratos, se unían para formar un frenético coro chirriante y agudo. El sonido que hace que mi memoria me lleve a aquellas horas.

Un vaho que se podía ver, cubría al pueblo. Pesado como un cobertor de lana apelmazada, nos aplastaba a todos.

La casa dormitaba en penumbras, todas sus puertas y ventanas tapadas intentando imitar en algo a la noche, más fresca y respirable.

Pero el sol era porfiado y tenaz y se colaba rayito a rayito por los resquicios más delgados y asombrosos como los que dejaba la puerta a no alcanzar el piso o los costados de las cortinas milimétricamente calculadas para tapar solo y exactamente los vidrios.

—¡Quédense quietos que les da más calor! —, nos ordenaban los mayores y nosotros aburridos, contábamos los minutos y las horas releyendo viejas revistas de historietas donde el “cowboy” de turno se solidarizaba con nuestro sufrimiento recorriendo sudoroso el infinito desierto de Texas.

Algunas veces, asomándonos a escondidas por la ventana de la puerta del frente, creíamos descubrirlo emergiendo fantasmal y lento desde el espejismo que creaba el vibrar del aire caliente allá afuera. Y esperábamos ansiosos y sosteniendo el aliento, que su

figura escapada de la matinée, se definiera nítida frente a nosotros. Pero en un segundo, toda la magia se perdía al ver aparecer en su lugar desde dentro mismo de la resolana, a algún vecino montado en su bicicleta.

Y volvíamos aletargados a refugiarnos en los rincones del comedor convertido en dormitorio cuando estábamos de visita.

Pasaba cada tanto que, en medio del canto de las chicharras, surgía la voz del heladero.

Como espíritus en espera del genio que los despertara, saltábamos y corríamos hacia las habitaciones de los mayores para pedirles, o más bien, suplicarles, que nos regalaran un helado de limón.

Y era así que a veces, no siempre, se producía el milagro y esa siesta se veía rota por un fresco recreo de ácido placer.

Hasta que, al fin, después de tanta espera exasperante, impuesta y sufrida, el reloj mil veces observado, marcaba las cinco de la tarde, la hora de la libertad, el permiso implícito de salir a respirar al patio y sacudir la quietud sofocante de la siesta.

ARISTO

—¡No se puede jugar a las cartas con ustedes! ¡Siempre ganan!

Sinforosa, la abuela de Jorge, se quejaba de la buena suerte que tenían él y sus primos, Ana y Pedro, en el juego del purrete. Los vintenes iban con demasiada frecuencia de la mesa al bolsillo de los gurises y a la noche siguiente retornaban, siempre y cuando durante el día alguno no sucumbiera a la tentación de los chocolatines que el almacén de Apolonio exhibía como al descuido en su mostrador.

El viejo molino quedaba como a dos leguas de la casa y don Terencio, el abuelo, volvía ya entrada la noche por el camino de pedregullo. Era una caminata larga que el invierno solía hacer más penosa aún por el barrial que las abundantes lluvias de la época creaban.

Para acortar la espera y distraer las barrigas que se quejaban aguardando la llegada del abuelo y el momento de servir la cena, siempre estaba el mazo de baraja española listo para una nueva partida.

Mientras, sobre la cocina económica, en una caldera en la que el tizne de los años no permitía ya descubrir el aluminio, hervía eternamente a borbotones el agua siempre lista para el mate.

Ese viernes de julio, el frío arreciaba y la estufa a leña no alcanzaba a calentar el ambiente a pesar de que las astillas de sauce ardían desde hacía horas.

—¡Estás haciendo trampa! —le dijo enojada Ana a Jorge—. ¡Ese dos de oro ya lo habías tirado!

—¿Qué decís? Es la primera vez que lo muestro.

—¡No mientas, ya lo había visto antes!, ¿vos no lo viste, abuela?

La mujer se rió; recordaba cuando sus hijos eran chicos y peleaban por cosas que después la vida se encargaba de demostrar su insignificancia.

—Yo no vi nada… —respondió con picardía.

—¡Cómo que no viste, abuela!, ¡ya lo estás defendiendo!

—Esperen —los calló la abuela con un ademán volviendo su mirada hacia la ventana — me pareció escuchar aullar a los perros. Voy a echar un vistazo. Ustedes quédense acá quietitos, no se muevan, que ya vuelvo.

Levantándose, tomó el farol a kerosene, encendió la mecha y salió al patio. Apenas la abuela cerró la puerta, los niños corrieron curiosos a la ventana.

Efectivamente los perros no estaban en sus casillas y se los oía un poco lejos aullando como asustados. Eran perros bravos, criados para defenderlos a ellos y a sus animales, todo lo que tenían. Resultaba extraño que no ladraran con fuerza para amedrentar a lo que fuera que andaba por ahí.

—¡Ruffo, Capitán! —los llamó sin respuesta.

Siguió caminando extrañada. Algo estaba sucediendo que no lograba entender. En el campo uno se acostumbra a los sonidos de la noche, pero también sabe que existen cosas que no se pueden explicar y de las que más vale estar lejos.

Al llegar a unos metros del galpón, pudo divisar en la penumbra a los perros que daban vueltas y vueltas en círculos sin avanzar y con las orejas caídas; estaban temblando. Alzó la vista y de pronto, divisó una sombra que se movía entre los fardos de forraje.

—¿Quién anda ahí? —. Silencio.

De pronto, la sombra se dio vuelta y la miró.

La mujer atemorizada soltó el farol y se persignó mientras la figura se perdía a los tumbos en la negrura del monte.

Terencio venía despacio tanteando el camino para no tropezar. Esas alpargatas ya estaban para cambiar, eran puro bigote, pero tenía que esperar a cobrar la quincena. Había sido un día muy duro. Le gustaba respirar el aire frío de la noche en ese rato que era solo para él, aunque deseaba también llegar a su casa y escuchar los cuentos que atropelladamente le hacían sus nietos.

Faltaba poco. Ya podía divisar en la penumbra el ombú que anunciaba el último trecho.

Distraído en estas cosas, no escuchó el sonido que unas ramas

hicieron al quebrarse. Pero luego de unos instantes, Terencio tuvo la sensación de que alguien lo estaba observando. Se detuvo. Solo oía a los grillos y a alguna rana cantando desde algún tajamar. Cada tanto una paloma de monte se movía en su nido y arrullaba a sus pichones. Nada parecía fuera de lo normal y siguió su camino.

Al pasar por el ombú, creyó divisar por el rabillo del ojo, una sombra que se escondía detrás del ancho tronco.

Intentando no hacer ruido, se acercó y vio la silueta de un hombre que se alejaba de él lentamente caminando a los tumbos hacia atrás.

—¡Hola! ¿Necesita ayuda, don?

Nadie le respondió.

—¿Es de por aquí o anda perdido?

Seguía sin respuestas.

Algo en esa figura le resultaba familiar y aunque no podía ver su rostro, sus movimientos y sobre todo la forma de caminar, le recordaban a alguien, pero no supo a quién.

Por fin, el extraño se lanzó a correr y lo engulló la negrura de la noche.

Al acercarse a su casa, Terencio se extrañó de que todos los postigos de las ventanas estuvieran cerrados y que los perros no salieran a su encuentro. Ni siquiera ladraban. Allí estaban en sus casillas arrollados como ovillos y con los ojos fijos mirando hacia el galpón.

—¡Qué pasa en esta casa!, ¿nadie sale a recibirme?

La puerta se abrió lentamente y se asomó el rostro de Sinforosa. Estaba lívida y los labios le temblaban.

—¡Entrá rápido, Terencio! —logró articular la mujer mientras miraba a lo lejos por encima de los hombros del hombre.

—Pero ¿qué pasa, mujer? Parece que hubieras visto un fantasma, si yo te contara lo que me pasó…

—Es eso, justito: un fantasma. —Y comenzó a narrar lo que había visto.

Los niños estaban sentados todos juntos sobre un jergón en el piso, con cara de no entender nada y escuchaban atentamente el relato de su abuela.

—Pero, ¡qué increíble que a mí también se me cruzara el ánima! Y lo peor es que me resultaba conocido, no sé si del pueblo o de dónde, pero había algo en él que…

—El otro día en la escuela un chiquilín dijo que era la sombra de

Aristo —dijo muy bajito Jorge.

—¿La sombra de Aristo?, ¿el loco Aristo que vivía en el pueblo?

—Y…debe ser, sí —respondió el niño.

—¿Y de dónde sacó eso ese chiquilín?

—Me dijo que de tanto que la gente se reía y burlaba de él, ahora había vuelto para asustar. Y que también tiene una honda para defenderse si lo molestan.

—¡Ta´clava'o! —exclamó Terencio—¡por eso me resultaba conocido!, ¡Aristo!

Lo recordaban muy bien.

El hombre caminaba sin rumbo todo el día. Recorría el pueblo y las quintas cercanas. No hablaba con nadie y llevaba siempre una honda en el bolsillo trasero de su pantalón. Los niños le gritaban y se escondían y mientras él los buscaba torpemente, se oían las risas: "¡por acá, Aristo!". Cuando se cansaba de correr de un lado al otro, murmuraba algunas malas palabras y seguía su camino. Era como una sombra en continuo movimiento.

Nadie sabía cómo había llegado al pueblo ni su edad. Siempre había estado allí vestido con la misma camisa que alguna vez había sido blanca, unos pantalones desteñidos y las zapatillas de suela gastada, pero que nunca terminaban de estropearse.

—Pobre Aristo —dijo Sinforosa más calmada. Nada malo podía venir de él; si hasta cuando utilizaba la honda, las piedras caían a pocos pasos. Era hasta justo que después de muerto su sombra se tomara revancha y de alguna forma pusiera las cosas en su lugar.

Con el tiempo, la sombra de Aristo se convirtió en un vecino más que cada tanto hace temblar a los perros y asusta a las gallinas. Y claro está, ya nadie se burla de él.

Casi todas las noches, en medio de ese silencio profundo que solo se encuentra en el campo, se escucha la voz de alguien saludando: "¿Cómo andás, Aristo?".

LA CASA ESCONDIDA

Una revoltosa y desagradable sensación de náuseas, me asaltó al doblar la esquina. Me detuve en seco bajo el paraíso que, creo, siempre ha estado ahí. Frondoso, omnipresente, enorme. Por un instante y sin proponérmelo, regresé a los días de mi infancia cuando en mis visitas al barrio, me encontraba con mis amigos debajo de su sombra, esperando que nos regalara aquellas bolitas —me imagino que deberían ser sus frutos— que convertíamos en inocentes proyectiles con los que intentábamos voltear unas latas vacías y oxidadas de conserva apiladas sobre una tabla. Otras veces, la hora de la siesta nos encontraba sentados en el cordón de la polvorienta vereda, arrancando pastitos y salpicando piedritas del gastado balasto, imaginando nuevas aventuras.

Nunca se me ocurrió siquiera pensar, que nuestro entusiasmo me arrastraría a una historia que luego quise olvidar, pero que, a pesar de todos los esfuerzos, no puedo dejar de recordar.

La casa de las hermanas Pisón se erige aún, igual de gastada y siniestra que en aquellos días. A través de la ligustrina, se asoman las hojas de hiedra que, como arañas, fueron haciéndose dueñas de aquel cerco que oculta, como un guardián celoso, el misterio de ese lugar.

Evitábamos pasar por allí porque en el pueblo se contaban miles de historias de aparecidos, fantasmas y lobizones. Y aunque el día ofreciera su luz disipadora de miedos, un silencio casi audible, se apoderaba de aquella cuadra.

Desde la esquina de nuestros juegos, la mirábamos de reojo, desconfiados, aunque la curiosidad nos empujaba a veces a acercarnos recelosos al alambrado, intentando descubrir algo que confirmara tantos cuentos.

—Será cosa de los mayores —, dijo un día Joselo, el más desfachatado de todos —. Lo dicen para que no vayamos y así nos

asustan con esos inventos.

—Mi padre dice que una noche que volvía de la chacra, vio asomarse por una de las ventanas de arriba un tipo con cara de lobo. Eso, me dijo, era un lobizón, casi seguro —, tercié.

—Sí, el otro día pasé por acá de nochecita rumbo al almacén y me pareció ver como un resplandor. —Luisa susurraba mirando de reojo hacia la casa.

—¡Pero no embromen con eso!, mirá si va a ser cierto —, se burló Joselo.

Muchos años habían pasado desde el día en que, como casi todos los jóvenes del pueblo, me mudé con mis pocas pertenencias a cuestas, a la capital, buscando las oportunidades que, increíblemente, se veían muy lejanas a tan solo 140 kilómetros de distancia.

No resultó sencillo dejar atrás todo aquello. Intentaba, bajo cualquier excusa, regresar a la casa de mis padres tan siquiera por algunas horas. Necesitaba recuperar el aire puro que se poblaba de aroma a tanjarinas y jazmines en verano y de tierra mojada en las tardes de invierno. Extrañaba —y un nudo de amargura se tensaba en mi garganta cada vez que lo evocaba— las tardes de largas siestas donde a la sombra de la vieja higuera del patio de la Yeya, la eterna abuela de los niños del barrio, dibujábamos con una rama entre almácigos de lechugas y tomates, las calles de ciudades imaginarias por donde rodaban percudidos camiones de madera gastada, encontrados alguna vez en un galpón abandonado.

La ciudad, con su vértigo y locura, se fue apoderando de mí como una enfermedad silenciosa que tarde o temprano, nos atrapa para siempre sin vuelta atrás. Una enfermedad que puede matar o dar vida, abrir puertas o cerrarlas; aplastarte o dejarte volar.

Una tarde, al fin, corrí como un loco por la avenida, sonriendo a cuántos cruzaba, blandiendo, como si fuera el salvoconducto perfecto a la felicidad, mi diploma de abogado.

—Doctor Villareal, tiene una llamada en la línea 2 —. La voz de Sabrina, nuestra asistente, llegó metálica a través del teléfono.

—¿Te dijo quién era? —, pregunté sin dejar de leer el expediente que tenía en el escritorio.

—Un tal Pisón.

De inmediato mi pensamiento voló hacia el pueblo.

—Ok, pasámelo, por favor. Gracias.

Una voz extrañamente lejana y rasposa, anacrónica incluso, me saludó del otro lado de la línea.

—Mi nombre es Francisco Pisón, soy sobrino nieto de las hermanas Pisón que, me imagino, usted habrá sentido nombrar.

Francisco le contó que nunca había conocido a sus tías abuelas. Siendo un niño de muy corta edad, había emigrado a España con sus padres y allí se habían establecido. Al principio, las cartas iban y venían atravesando el océano. Solo recibían cartas escritas de puño y letra por aquellas mujeres y sin más aditamentos, que algunos borrones causados por lapiceras a punto de fenecer. Poco que contar, aunque las palabras, releídas, ocultaban un poco de tristeza y desolación.

Las hermanas Pisón eran solteras. Nunca se les había conocido pareja, o tan siquiera "dragones", como se decía en los tiempos en que eran jóvenes. Sus padres habían muerto en esa casa a causa de un incendio que los encontró durmiendo y que, extrañamente, solo tomó por asalto su dormitorio. Nadie nunca pudo explicar por qué el fuego solo se había ensañado con aquella habitación siendo que el cuarto de las hermanas estaba al lado. Ni siquiera la puerta de madera que comunicaba ambas habitaciones, sufrió daños. Algunos especularon con que se trataba de un castigo divino, aunque no estaban claros los motivos; otros hablaron de fantasmas que protegieron a las muchachas e incluso, hubo gente que se atrevió a ir más allá y aseguró que era la confirmación de que las hermanas habían hecho un pacto con el diablo.

Por supuesto que nada de esto era real. O quizás sí, no lo sé. Lo único cierto es que la casa comenzó a deteriorarse y ellas se encerraron en ella para siempre. La leyenda de que allí sucedían cosas raras, se fue extendiendo y creció como una hierba mala.

—Se preguntará para qué lo llamo y por qué a usted, en particular. —El hombre retomó el hilo de la conversación.

—Sí, claro. Eso mismo me estaba preguntando.

Una risa contenida o quizás, una carraspera forzada, no lo sé muy bien, fue su respuesta.

—Hace algunos años, dejamos de recibir noticias de mis tías abuelas. Al principio no le dimos importancia porque sabíamos que ya tenían sus años y que se habían recluido en el caserón, aisladas del resto del pueblo. Pero, la semana pasada, recibimos una carta un tanto extraña. Si no le importa, y si acepta el caso, claro, se la enviaré por correo electrónico ya que es parte fundamental para

que entienda mi encargo.

Durante los siguientes 45 minutos, Francisco Pisón se explayó en el contenido de esa carta y en lo que esperaba de mí.

—Y en cuanto a por qué te elegí a vos, y permitime tutearte ya que sé que sos mucho más joven que yo, es por la simple razón de que aparecés en la carta, como la persona elegida por ellas para realizar el encargo.

"Querido Francisco,

Sabemos que hace mucho tiempo que no te escribimos y seguramente te extrañará la llegada de ésta. Pero te rogamos, en caso de que estés enojado, que sigas leyendo hasta el final porque esta será la última carta que te enviaremos.

Los años han pasado más rápido de lo que esperábamos. Aún dentro de esta casa enorme, solitaria y vacía de voces, las hojas del almanaque vuelan entre las habitaciones con más rapidez que la que desearíamos. A veces, incluso, hasta nos parece que el viejo reloj del comedor apura su paso como buscando llegar al final del tiempo.

En fin, lo que queremos contarte, es que ya ha llegado nuestra hora. No ha sido, te imaginarás, una vida divertida ni siquiera un poco interesante, pero ya no hay tiempo de arrepentimientos. Habrás escuchado quizás, algunas de las cosas que se dicen en el pueblo de nosotras. Hoy queremos contarte realmente la verdad y dejarte un encargo, si es que lo quieres aceptar.

La noche en que se incendió la habitación de nuestros padres, nos despertamos sobresaltadas. Por debajo de la puerta que comunicaba ambos dormitorios, vimos colarse el resplandor de las llamas. Saltamos de las camas y corrimos, pero nuestra carrera se vio interrumpida por una sombra que, interponiéndose entre nosotros y la puerta, no nos dejó avanzar. De hecho, todo nuestro cuerpo se paralizó sin poder reaccionar. Queríamos gritar, pedir auxilio, ayudar a nuestros padres, pero todo era inútil. Allí estuvimos no sabemos cuánto tiempo, hasta que despertamos nuevamente en nuestras camas, sacudidas por los vecinos que habían acudido a socorrernos. Solo escuchábamos un cuchicheo insistente que escurría lástima y lamentaciones.

El caso es que no teníamos a nadie que nos pudiera acoger y decidimos quedarnos solas en la casa. Pero, a medida que pasaban los días, descubrimos que no estábamos solas. No eran personas de

carne y hueso quienes nos acompañaban, sino, sombras. Sé que pensarás que estamos locas y quizás pueda ser, porque, para cada quien, la locura puede ser diferente. El caso es que esas sombras eran amables con nosotras y nos acostumbramos a ellas. Eran nuestra familia.

Y tan cómodas estábamos en casa con ellas y tan seguras nos sentíamos, que decidimos no salir de aquí nunca más. Algunos vecinos nos acercaban lo necesario para vivir. Contábamos con el dinero que nuestros padres habían ahorrado durante muchos años, que era más que suficiente. Fueron las sombras que nos descubrieron donde lo ocultaban.

No te aburriremos más con historias viejas —aunque te aseguramos que hay mucho para contar—, e iremos directo al punto.

Como te escribimos más arriba, el dinero era mucho y es mucho aún. Hace algunos días que nuestras amigas las sombras se marcharon, y nosotras, vamos a seguir su camino. Por eso te vamos a pedir algo. No queremos que nuestras vidas queden ocultas bajo negras leyendas.

Dentro de la casa, en algún lugar que hemos olvidado, hay un testamento que nos gustaría que rescataras e hicieras cumplir.

Como sabemos que no puedes desatender tus asuntos allí en España, querríamos que contrataras a un abogado de aquí para que se encargue de todo. Y en realidad, quisiéramos que fuera Ernesto Villareal. Él nació en el pueblo. Sabemos —y no preguntes cómo— que él siempre sintió atracción por el caserón y quizás pueda contestar algunas preguntas que todos los habitantes de por aquí, se han hecho siempre.

Confiamos en ti y esta es nuestra despedida, por lo menos, por ahora.

Tus tías abuelas, Pisón.”

Esa mañana, hacía mucho frío. Los campos parecían respirar sacudiéndose de encima, la helada madrugada en nubes de vapor que, duraban lo que dura un corto suspiro. El coche zumbaba mansamente mientras el paisaje se movía a mi lado y la franja negra de la carretera, seguía y seguía sin final.

Al llegar, la serenidad se vio bruscamente interrumpida por saltos y piedras que golpeaban el piso. El pueblo ya había despertado. Niños y niñas de túnica y moña rumbo a la escuela,

adolescentes uniformados demorando la entrada al liceo, mujeres y hombres yendo de un lado al otro. Y los “buenos días” mil veces repetidos.

Me detuve en el Café del Centro a desayunar. Elegí la única mesa que estaba al lado de la ventana. Pedí un cortado largo y una medialuna rellena. Pasé revista al lugar. Casi nada había cambiado desde que, de niños, veníamos a tomar una Fanta o un helado de limón. El viejo mostrador de madera lustrosa, seguía sosteniendo la barra de mármol. Aún sobrevivía el gran espejo que cubría las espaldas de cientos de botellas de licores y vinos. Las mesas, continuaban desperdigadas sin orden por el salón y las gastadas baldosas del piso, descubrían los años de historias que las habían transitado.

Desde que mis padres murieron, nunca más volví al pueblo. Quizás, como una forma inconsciente de alejarme de un lugar donde ya no tenía a nadie que me esperara. Aunque sentado allí, me sentí un poco desagradecido.

—Perdoname, ¿vos no sos el hijo del “Canario” Villareal? —El mozo, que era además el dueño del café, se inclinó para verme bien.

—Sí, soy Ernesto, su hijo.

—¡Uy, qué linda sorpresa! —El hombre separó una silla y se ubicó enfrente mío apoyando los codos en la mesa—. Éramos muy compinches con tu viejo. ¡Si tendré cuentos para hacerte!, es para hacer un libro.

Sonreí.

—Bueno, m´hijo, cualquier cosa que necesite, acá estamos siempre. —Seguramente esperaba una respuesta más efusiva, pero no pude. Es que tenía un nudo de recuerdos y sentimientos dándome vueltas por las tripas.

Pagué, aunque el hombre se esforzó bastante en no querer cobrar, y puse rumbo al barrio donde estaba la casona de las hermanas Pisón. Comenzaba mi tarea.

Estacioné en la esquina para dejar el auto a la sombra del paraíso y armándome de valor luego de algunos minutos, comencé a caminar hacia el caserón.

Tal como me había dicho Francisco, el portón principal estaba apenas sostenido por un viejo alambre oxidado que, a causa de los años, se había convertido en un rival bastante duro para mis blandos dedos de hombre de ciudad. Cuando al fin pude

desenmarañar el nudo, el viejo portón de hierro se abrió lentamente emitiendo un chirrido tan agudo que me resultó molesto. Entré entonces a un decrépito jardín de pastizales altísimos. De una fuente —a la que la falta de agua en su interior me plantea la duda de nombrarla de ese modo—, unos angelitos me miraban con cierto recelo. Con cierto orgullo de antiguos esplendores, parecía querer sobresalir, sin éxito, sobre la maraña de yuyos y enredaderas que la cubrían.

El día radiante de sol se convirtió de repente en penumbra nocturna, a causa de los paraísos y tilos que habían tomado por asalto el lugar. Aunque, extrañamente, el frío amainó y una especie de vaho tibio, me envolvió.

Me detuve un instante. Una sensación de angustia comenzó a crecer desde mi estómago hacia el pecho. No podía dejarme vencer por mis miedos infantiles. Debía seguir adelante, ese era el acuerdo. Aspiré con fuerza una bocanada de aquel aire húmedo, y avancé hacia la pequeña escalinata que llevaba al porche.

Busqué entonces las llaves en el lugar que Francisco me indicó. Debajo de una gran maceta, con restos de tierra reseca y mohosa, encontré, efectivamente, un manojo de llaves. La cerradura se resistió al primer intento y no voy a negar que pensé en volverme y abandonar la tarea con esa excusa. Pero, como muchas veces pasa, el instinto es más rápido que nuestros pensamientos y giré la llave nuevamente. La puerta se abrió.

Unos pocos rayos de luz que atravesaban las destartaladas cortinas, dejaban distinguir, no sin esfuerzo, el desolado paisaje interior. Forzando la vista, pude distinguir algunas siluetas que identifiqué como sillones, mesas y estanterías y otras que no pude descifrar.

Intentando hacerme de valor —una extraña necesidad que inexplicablemente asaltó mi espíritu a sabiendas de que allí no debería haber nada que me pudiera dañar—, entré por fin a la casa, tomando la infantil precaución de mantener la puerta abierta con una piedra que encontré allí cerca.

Siempre creí que el silencio era la ausencia de sonidos, pero parado allí en medio de la sala, caí en la cuenta de que puede percibirse, o por lo menos, marear nuestros sentidos. Esa casa desolada, maltratada por el tiempo, dejada en el más grande de los abandonos, estaba habitada por el silencio. Era como si aquellos sillones, mesas y estanterías, se atropellaran queriendo contarme los

secretos que estaban allí encerrados.

Pensé en Joselo. Seguramente le hubiera gustado acompañarme en mi expedición. Pero aquí estaba, solo, aunque con la sensación irreflexiva de que alguien me espiaba.

Lo último que había averiguado sobre las hermanas, era que un día, habían dejado de abrir la puerta a los vecinos que traían sus compras de almacén. Nadie se animó a entrar en la casa y limpiaron sus conciencias con unos pocos llamados desde la reja de entrada. Se habrán muerto, decían, ya tenían sus años.

Según las indicaciones que me habían dado, debía encontrar un aparador de roble que, en su tercer cajón, contando desde arriba hacia abajo, hallaría, bajo un doble fondo, el testamento.

Había tenido la precaución de llevar una linterna precaviendo que no existiría otra forma de moverme con cierta seguridad por la casa. Comencé entonces a recorrerla, muy despacio. Mis miedos infantiles estaban a flor de piel invocando las historias fantasiosas que tanto nos asustaban. Las tablas del piso, crujían bajo mi peso. Dejé la sala principal y avancé a lo que resultó ser una enorme cocina. Una mesa de gruesa madera, rodeada de cuatro sillas que mostraban sus asentaderas de cardo aún usables, se apoyaba a un gran ventanal que filtraba la luz en pequeños cristales empercudidos. Del otro lado, el fogón se erigía con propiedad, sabedor de ser el origen de tantos platos que allí, seguramente, se habían preparado.

Cuando giré sobre mí mismo, llamó mi atención un cristalero repleto de cosas. Vasos y copas de todo tipo y color, pequeños adornos de porcelana, iguales a los que alguna vez vi en casa de los abuelos, utensilios de plata imposibles de adivinar su uso y otros muchos objetos.

Dirigí mi vista hacia abajo, y descubrí que existían cuatro cajones. Casi que corrí hasta el mueble y abrí, con un poco de dificultad, el cuarto cajón contando de arriba hacia abajo. Tiré en el piso su contenido y rasqué infructuosamente el fondo. Allí no había nada.

Mientras que, con un respeto incongruente, devolvía al cajón sus pertenencias, me pareció escuchar una voz que decía mi nombre. Me detuve en seco. Nada. Solo oía mi respiración agitada.

Volví a la sala principal y tomé fuerzas para subir al primer piso. La escalera parecía sólida, pero, como la boca de un lobo, una oscuridad más densa me esperaba allá arriba. El fino rayo de la

linterna horadó la negrura descubriendo más oscuridad aún. Tragué saliva intentando desarmar tempranamente el nudo que comenzaba a formarse en mi garganta y subí.

Cuatro puertas que daban al pequeño pasillo al que arribé, esperaban ser abiertas. El tiempo corría y no quería, bajo ningún concepto, que la noche me tomara por sorpresa dentro de la casa. Con nuevos ímpetus, moví el pestillo de la puerta más cercana y entré. Era uno de los dormitorios. Lo recorrí con la vista intentando descubrir aquel aparador esquivo. No había ningún mueble que se pareciera a lo que buscaba y estaba a punto de salir de la habitación cuando otra vez escuché mi nombre. La voz suave y lejana de una mujer, me llamaba desde la cama. Me acerqué muerto de miedo. Sobre el lecho y cubierto por una sábana muy blanca, un esqueleto, dormía su eternidad. Di un grito y me aparté instintivamente sin dejar de mirar aquel cráneo blanco al que unos pocos cabellos blancos, le daban cierta dignidad.

Una de las hermanas Pisón, me dije. De un salto salí de allí cerrando la puerta tras de mí, pensando que, de esa forma, podía apartar aquella horrible visión.

Aun temblando, abrí la segunda puerta y al descubrir que se trataba de otro de los dormitorios, no dudé en que allí encontraría a la otra hermana. Desde el rellano de la puerta, dirigí la luz hacia la cama donde, efectivamente, yacía de la misma forma, la otra hermana.

Solo restaba una puerta, y esperaba con todas mis fuerzas, encontrar en esa habitación el testamento para huir de aquel lugar y no regresar nunca más.

Al asomarme, descubrí que se trataba del escritorio de la casa. Caminé hacia la ventana, que daba al frente, y corrí las cortinas. Una nube de polvo cayó sobre mi traje caro de abogado y lancé una maldición.

La magra luz que lograba atravesar los sucios vidrios, era suficiente, sin embargo, para iluminar el lugar. Una biblioteca repleta de volúmenes, ocupaba toda la pared a mi derecha. Frente a la ventana, un escritorio parecía haber sido utilizado recientemente con algunos papeles apilados y un tintero cuyo contenido aún se mantenía líquido. Me acerqué con curiosidad. Un sillón de alto espaldar, miraba hacia el antiguo jardín. Lo rodeé entonces, pero antes de alcanzarlo, giró sobre sí mismo como impulsado por alguien que a todas vistas, no existía.

Descolocado y decidido a irme ya de allí, me topé con el maldito aparador. Deseando dejar atrás aquello cuanto antes, arranqué con fuerza el cuarto cajón contando de arriba hacia abajo, volqué todo lo que contenía y levanté con facilidad, un doble fondo. Una pequeña carpeta llevaba una inscripción escrita a mano: Testamento de las hermanas Pisón.

Corrí hacia la puerta y salí de la casa maldita. Nervioso, me senté en el auto y abrí la carpeta.

"Testamento de las hermanas Pisón.

Las abajo firmantes, declaran frente a este escribano, que, en total dominio de sus facultades mentales, expresan su voluntad de dejar la casa, sus muebles y el terreno que la circunda, en posesión de las entidades invisibles que se alojan en ella y que cualquier alteración a esta voluntad, sea castigada como corresponde.

En cuanto al dinero heredado de nuestros padres, disponemos que sea repartido en partes iguales entre nuestro sobrino nieto Francisco Pisón y el abogado Ernesto Villareal. El dinero se encuentra oculto en un cofre dentro del aljibe del patio trasero.

Por último, dejamos sentado que estas acciones, se deben ejecutar en forma inmediata al momento de encontrar nuestros restos."

Y seguían las firmas de las hermanas.

De inmediato llamé a Francisco para ponerlo al tanto del descubrimiento. Me respondió una grabación indicándome que ese número era inexistente. Volví a insistir varias veces, sin éxito. Durante más de un mes esperé la llamada de Francisco, pero nunca llegó. Imposibilitado de ubicarlo de otro modo, decidí entonces ir en busca del famoso cofre.

Llegué muy temprano y me dirigí directamente a la casa. De cierta forma, me tranquilizaba que no era necesario entrar, habían sido suficientes los nervios que había pasado en mi anterior expedición.

Rodeé la construcción y divisé el aljibe. Ayudado por la luz de mi linterna, busqué en el fondo hasta que, en un rincón, divisé una caja, bastante rústica. Con ayuda del balde que aún colgaba de una cadena de hierro, icé el objeto. Apoyado en el brocal, levanté con un poco de esfuerzo la tapa, aunque noté que ya había sido abierta antes. Pude entonces confirmar lo escrito en el testamento: varios fajos de billetes de la denominación más alta, esperaban ver la luz.

Pero había algo más. Una carta.

Ya falto de toda paciencia, rompí el sobre.

"Estimado Ernesto,
luego de tu visita hace unos días, retiré mi parte. Espero que no te hayas asustado mucho cuando giré en el sillón del escritorio, es que hacía unos minutos que había terminado de escribir el testamento y deseaba ver tu cara en el momento en que lo encontraras.

Disfruta del dinero, te lo tienes merecido.

Tu ahora amigo, Francisco Pisón"

EL BAILE

Era la noche del baile en el Club Deportivo. Todo el pueblo se estaba preparando desde hacía muchas semanas atrás para el acontecimiento, y los niños, se divertían viendo cómo las damas de la familia, se debatían indecisas sobre qué ropa ponerse para la ocasión.

—Emilia, el vestido amarillo te queda precioso.

—Pero, ¿no viste que la hija de los Espuerta usó uno parecido en el cumpleaños de quince de la hija de los Rodríguez? ¡No sé cómo Raquel no le dijo que ya me había hecho uno a mí! Con tal de no perderse la hechura, se lo hizo igual. Claro, como somos parecidas, hasta usó el mismo molde. ¡Increíble! —La madre de Tito conversaba con la abuela mientras seguían rebuscando entre las hojas de una revista de moda que le habían pedido prestada a la peluquera, un modelo que la hiciera parecer elegante y que, sobre todo, pudieran pagar.

—Me parece que tu tía Irene todavía tiene unos géneros que le regaló aquel novio que tuvo, ¿te acordás? Aquel que trabajaba en Introzzi. ¡Era elegante el mozo! —bajando la voz, agregó—: aunque resultó un sinvergüenza. Tenía una novia en la capital y se las daba de cumplidor. —Y, volviendo a su tono jovial, remató: —Pero bueno, por lo menos pudo sacarle esos géneros. ¿Recordás cuáles te digo?

—¡Ay, mamá!, son de la época de María Castaña. Si parecen tela más para colchón que para vestido —contestó la hija sin dejar de mirar la revista.

Tito tenía 10 años y le encantaba visitar a su abuela en el pueblo. Allí podía salir y entrar a la casa todas las veces que quería sin dar explicaciones porque, como decían los grandes: “en el pueblo no pasa nada”. Corría por las calles de balasto salpicando piedras para todos lados y arrancaba ramitas de hinojo de los cercos para

morderlas y sentir el gustito a anís. En su corta vida, ya había aprendido que, en carnaval, lo más importante eran los bailes.

—¿Y yo puedo ir, mamá?

—No, Tito, es para grandes. Cuando cumplas doce, vas a poder ir al baile infantil y después ya vas a crecer y no vas a necesitar pedirnos permiso. Pero ya te dije, te vas a quedar con tus primos a jugar a las cartas; es mucho más divertido que el baile.

—¿Y entonces por qué no se quedan todos a jugar a las cartas?

—Porque tenemos que estar en el baile. Ya lo vas a entender.

La semana previa fue una locura. Entraba la tía Irene con trozos de tela que estiraba sobre la cama grande. La abuela decía siempre lo mismo:

—¡Ah, pero qué divino género! Seguro es europeo.

Y la madre se quejaba:

—¡Pero esto es para viejas!

Y así estaban casi todo el día, dale que te dale con las telas, los modelos y las quejas.

En algún momento las cosas se acomodaron porque la madre de Tito apareció una tardecita con un vestido nuevo, o casi nuevo, porque era muy parecido al amarillo, solo que le habían agregado algunos detalles recortados de las telas de la tía.

—Hermosa, hermosa —decía la abuela—. Te dije que tu tía te iba a salvar. ¡Pero mirá cómo quedaron esos festones y ni te digo los volados de seda fría!

La madre se miraba en el espejo girando tanto que Tito temió que se mareara y se cayera, como le pasaba a él cuando jugaban al mareo.

—No está mal. Después de todo, hay que tener personalidad, ¿no?

El día del baile, los mayores reunieron a todos los niños.

—Esta noche es el baile en el club y les vamos a pedir un favor. —Los niños se pusieron en alerta. Podría ser algo bueno o algo no tan bueno.

—Como saben, en el salón hay pocas mesas y todo el mundo quiere evitar estar parado toda noche. Entonces, hay que reservar los lugares y cuidarlos. Y ahí es donde los vamos a necesitar. —El padre de Tito intentaba hacerse el simpático, pero no le salía muy bien. Todo hacía sospechar que se avecinaba una tarea no del todo divertida.

— A las diez de la mañana, abren las puertas del club y hay que correr para ocupar las mejores mesas que son las que están al lado de la ventana que da a la estación de servicio abandonada. ¿La ubican? —Todos asintieron—. Bueno, después que llegan a la mesa, se sientan y esperan a que vayamos a relevarlos.

Tito levantó la mano, respetuoso.

—¿Qué es relevarlos?

—Que después de un rato, digamos, dos o tres horas, vamos nosotros y ustedes se pueden volver a la casa.

—¿Y qué pasa si la mesa ya está ocupada? —preguntó con lucidez uno de los primos.

—Bueno, buscan otra vacía que esté cerca.

—¿Y si no hay ninguna vacía que esté cerca?

El padre de Tito hizo un ademán con la mano: —Alguna va a haber, se terminó la reunión.

Las cabecitas de los niños se movieron casi al unísono en un sumiso sí. Alertados los mayores de que no era bueno que todo esto sonara a imposición, el padre de Tito, cambiando su actitud, les dijo:

—Y me olvidaba de lo más importante —y acompañó la frase con un guiño no del todo convincente— mientras esperan, pueden tomar un refresco cada uno y les dejamos un platito con papitas fritas. ¿Qué me dicen?

Los niños se miraron en silencio.

La tarde cayó sobre el pueblo apagando los colores de las cosas, y las sombras, silenciosas presencias animadas, comenzaron a cubrir las calles y las paredes pintadas rosadas, celestes y blancas de las viejas casas. A través de las ventanas y por debajo de las puertas desajustadas, comenzaron a filtrarse amarillos rayos de luz provenientes de lamparitas gastadas. Y si prestábamos atención, podíamos divisar, como en un teatro de títeres, las sombras de hombres y mujeres que cruzaban la escena nerviosamente, yendo de un lado a otro de las habitaciones. Últimas miradas a los espejos, ajustes de corbatas y cintos, pequeños retoques de polvo de maquillaje y rouge, y alguien que insistentemente pedía, con la mano puesta en el pestillo de la puerta de calle, que se apuraran.

Los niños, con las barrigas repletas de papas fritas y burbujas, habían sido recluidos en la cocina para evitar que molestaran. Ya les quedaría toda la casa para ellos y los abuelos.

Cuando por fin los bailadores se fueron, la paz regresó, aunque

dejando tras de sí un total desorden, ese que tantas veces los mayores les recriminaban. Ropas tiradas sobre sillas y sillones, las luces de todas las habitaciones encendidas, carteras y cajas abiertas, ceniceros repletos de cigarrillos a medio fumar, algunos con restos de lápiz de labios. La abuela, con la paciencia que los años y la experiencia le aconsejaban tener, comenzó a reunir las piezas de ese puzle variopinto.

—Tito —llamó sin abandonar su tarea—, ¿por qué no buscás un poco de música en la radio? Así nosotros también tenemos nuestra fiesta.

El niño corrió hasta el comedor y de un salto se encaramó en un taburete para poder alcanzar el estante más alto del aparador donde residía, el viejo y noble aparato. Siempre le había fascinado mover aquellas perillas y recorrer ese universo de palabras y melodías entrecortadas.

—¡Tito! —se detuvo la abuela—¡poné fija una estación, no juegues con la radio que se va a romper!

Con un poco de trabajo, logró que surgiera una vieja melodía. La abuela lo miró sonriente y se puso a tararear. Era lindo verla feliz. Siempre estaba haciendo algo: cocinando, trabajando en la quinta, dando de comer a las gallinas, lavando los pisos. Hacía casi todo, menos los mandados, que eran tarea del abuelo, quien además trabajaba en dos lugares para lograr juntar lo necesario para su humilde, pero digna, subsistencia.

La fila para ingresar al baile avanzaba lentamente, pero las conversaciones entre vecinos, conocidos de toda la vida, la hacían soportable y hasta divertida. Entre comentarios y risas, algunas damas aprovechaban para mirar de reojo vestidos y zapatos y de paso, dar una lustrada de último momento a los suyos en las botamangas de los pantalones de los varones. Era difícil no cargarlos de polvo en aquellas calles.

El salón brillaba con todas sus luminarias encendidas, incluso las arañas de caireles, las que solo se utilizaban en ocasiones especiales como aquella. Los padres y familiares de Tito, ocuparon la mesa que aburridamente habían reservado los niños. Aún conservaba las marcas de las pequeñas botellas de refresco y alguna mancha de aceite proveniente seguramente, de alguna limpieza apurada de dedos.

Un rato después, como un títere que se asoma en medio de la cortina del escenario, apareció Jorge, el pintor de casas del pueblo.

Es que, gracias a su voz particular y a su natural simpatía, cumplía la función de presentador, trabajo que, por cierto, aportaba algunos pesos extra a su corta economía.

—¡Muy buenas noches, señoras y señores! ¡Bienvenidos al Deportivo y a su famoso baile de Carnaval! —Los aplausos surgieron espontáneamente—. Como todos los años, disfrutaremos de una noche inolvidable, con grandes sorpresas. Y para no demorar más la diversión, me complazco en presentarles a la orquesta típica y jazz de Juan Vall. ¡Un aplauso y a bailar! —El telón se corrió y comenzaron a volar por los aires los compases de La Cumparsita interpretados por la familia Vall, peluqueros del pueblo.

—Abuela, estamos aburridos de jugar a las cartas. ¿Qué podemos hacer? —. Tito y sus primos rodeaban la enorme mesa del comedor. Un montoncito de granos de maíz ocupaba el centro junto al mazo de baraja española.

—Podemos jugar a la lotería, ¿qué les parece? —Tentó la abuela.

—¡Uff, no, abuela!, siempre jugamos a lo mismo.

—Entonces, vayan a la cama. Pueden quedarse despiertos un rato más y conversar, pero con juicio, ¿entendieron? —. Los niños saltaron de las sillas y corrieron al dormitorio grande. Pero su entusiasmo se fue apagando y no demoraron en caer vencidos por el cansancio. La abuela entró al cuarto y sonrió al verlos en posiciones tan estrafalarias que se preguntó cómo lograban dormir así.

El baile estaba en su esplendor. Incluso, sorpresivamente, actuó una orquesta venida de la capital despertando el furor en la concurrencia.

En el intermedio, mientras reponían energías, algunas señoras aprovechaban para retocar sus maquillajes.

—Voy hasta el “toilette” —avisó la madre de Tito a su esposo—. Cruzó la pista y se ubicó en la fila a esperar su turno.

Pero mientras comentaba con una conocida las incidencias del baile, se paró en seco: la señora Espuerta vestía su mismo vestido amarillo al que, nada original, había agregado festones y volados.

—¡No puede ser! —exclamó.

—¿Qué sucede? —preguntó la otra mujer.

—Nada…, nada… —forzó una sonrisa—, me acordé de algo, pero no es importante. ¿En qué estábamos?

Un hombre de mediana edad, vestido con discreta elegancia y luciendo un caro sombrero Panamá, ingresó al club y se ubicó en un

extremo de la barra, alejado de la vista de la gente. Pidió un Espinillar doble, y sentado al borde del banco, se dedicó a observar detenidamente a la concurrencia. Prontamente, dos figuras captaron su atención. Buscó entonces con la vista a uno de los mozos y con una seña, lo llamó. Éste, disimulando acercarse para realizar algún pedido, se paró a su lado.

—¿Qué hacés acá? —preguntó el mozo mirando nerviosamente para otro lado.

—¿Qué, no te alegras de verme, che? —le contestó el hombre del traje sonriendo socarronamente—. No me digas que te puse nervioso. Pero no te preocupes que no vengo a cobrarte nada.

—Y entonces, ¿qué querés? Estoy trabajando, no puedo… —El otro lo cortó con un ademán.

—Pará, pará, dejame contarte. Solo te quiero pedir un favor.

—¿Un favor? ¡No me jodas! Ya te pagué todo lo que te debía y aún no me devolviste los títulos del rancho.

—Por eso. Con este último favorcito —el hombre lo dijo resaltando la última palabra en son de burla— quedamos a mano y mañana mismo tenés los títulos. Igual, para lo que vale ese sucucho.

—Dale entonces. Decime qué querés y terminamos esto de una vez. —El hombre del traje señaló entonces la fila del baño de las mujeres.

—Decime, ¿cuál de aquellas dos mujeres de amarillo es la Espuerta?

—No tengo idea. Ella se fue del pueblo hace unos años justo cuando yo llegué, por lo que me contaron. Si es una de ellas, será que habrá venido al baile.

—Bueno, no importa. Mirá, tengo un encargo de un tipo que fue su novio hasta que lo dejó plantado en medio de la iglesia. ¿Te imaginás? ¡Terrible!

—Dale, no me interesan los detalles. ¿Qué tengo que hacer?

—El tipo le mandó este perfume de regalo y me pidió que se lo hiciera llegar.

—¿Y por qué no se lo das vos?

—Porque no me conoce. Vos vas y le decís que Francisco Pardo dejó en la ropería este paquetito para ella y ya está. Tomá, llevalo y mañana te acerco a tu casa los títulos.

El mozo, contrariado, tomó el paquete y se dirigió a donde estaba una de las mujeres de amarillo.

—Perdón, ¿es usted la señora Espuerta?

—No, soy López. La señora Espuerta es…—, la voz de la madre de Tito se volvió cortante— es aquella que está allá de vestido amarillo.

El pobre hombre se dio cuenta de la incomodidad que le había causado y luego de pedir disculpas, se dirigió a la otra mujer.

—¿Señora Espuerta?

—Sí, ¿qué desea?

—Han dejado este paquetito para usted en portería de parte de Francisco Pardo. Buenas noches.

La mujer se sorprendió tanto que su vista quedó perdida en la nada. Sabía que no se había portado bien con Francisco y que se había ganado su desprecio, pero fue lo que sintió en ese momento y siempre creyó que había sido lo mejor para ambos. Y ahora, extrañamente, aparecía dejándole un regalo.

Mientras acomodaba su peinado, saludó con un gesto a la señora López y cayó en la cuenta de lo similar de sus vestidos. Pero realmente a ella eso no le afectaba en lo más mínimo. Se dispuso entonces a desenvolver aquel paquete descubriendo el frasco de su perfume preferido. Con delicadeza lo abrió y esparció unas gotas detrás de sus orejas. En ese mismo momento, la señora López se ubicó a su lado, luchando con un prendedor que no lograba cerrar.

—Emilia, ¿me permitís que te ayude?

Sin dejar que la otra respondiera, cerró el prendedor.

—Te pido perdón por traer el mismo vestido. Es que llegué ayer y no pensaba venir al baile, pero me entusiasmé y era el único que tenía en casa de mamá.

Emilia quedó descolocada. Realmente el tema no era para tanto y la noche aún merecía ser disfrutada.

—Gracias, no te preocupes. Tenés toda la razón. Me parece que a ambas nos queda como pintado, ¿no? —. Las dos mujeres ríeron.

—Me estaba por perfumar un poco, ¿querés probar? ¡A mí me encanta!

—¡Claro! —, contestó.

La orquesta hacía su segunda aparición, esta vez tocando los últimos éxitos del momento. La gente se volcó con entusiasmo a la pista. El padre de Tito comenzaba a preocuparse por la tardanza de su esposa. Seguramente había mucha gente. Estaba en esto cuando oyó un griterío que venía de los baños. Algunos corrían atropelladamente mientras otros pedían un médico. La música se detuvo. Él se acercó todo lo que pudo.

—¡Están muertas!, ¡están muertas! —repetía una de las mujeres.

—¿Quiénes son? ¿Qué pasó? —preguntó.

—¡Es terrible!, ¡ambas tienen un vestido amarillo!

El padre de Tito se lanzó desesperado y logró llegar junto a su esposa, que respiraba con dificultad. No había rastros de sangre ni de herida alguna. Junto a ella, otra mujer con el mismo vestido, estaba inconsciente, o quizás, muerta.

—¡Dejen pasar al doctor, por favor! —. El médico del pueblo se acercó y tomó el pulso de ambas. —Están vivas —, dictaminó—hay que llevarlas de inmediato al hospital.

Tito despertó sobresaltado. Se escuchaban corridas por la calle y algunos comentarios que no lograba entender.

—Abuela —susurró—, abuela. —La mujer se volteó para mirarlo —. Algo está pasando ahí afuera.

En pijamas y bata, se asomaron a la puerta.

—¡Parece que mataron a alguien en el club! —comentó el vecino de al lado que corría hacia el centro de pijama.

La abuela y los niños se cubrieron con lo que encontraron a mano, y salieron disparados. Al llegar, solo quedaba algún corrillo de personas comentando los sucesos mientras la orquesta cargaba sus bártulos en un camión.

—…y las dos tenían un vestido amarillo. Es extraño, ¿no? —. Al escuchar esto, Tito pensó de inmediato en su madre —: ¡Mamá llevaba un vestido amarillo, abuela!

Cuando llegaron al hospital, se encontraron con los padres de Tito sentados en un largo banco de madera. Ella aún con cara de susto y él, abrazándola cariñosamente.

—¡Mamá! —. Tito voló hacia su madre y la estrechó en un abrazo con todas sus fuerzas.

—Estoy bien, hijo. Fue solo un susto.

—¿Y la otra mujer? —Se interesó la abuela.

—También está bien. Fue algo…extraño lo que pasó.

Los análisis posteriores determinaron que el perfume que compartieron, había sido adulterado con una sustancia que, de tocar las mucosas, hubiera causado la muerte de ambas.

El mozo fue indagado, pero se lo eximió de toda responsabilidad.

El hombre del traje elegante y sombrero Panamá, desapareció.

Tito le pidió a su madre, que no usara nunca más un perfume.

EL TREN DE LAS 6:30

—Se vino el frío…—dijo Pedro frotando las manos y moviéndose unos pasos para alejarse de la vía. El tren de las 6:30 estaba por pasar.

La estación de San Fernando se veía desierta a no ser por la presencia del guarda-agujas y Rodrigo, su ayudante.

El viejo edificio de diseño inglés exhibía con orgullo sus paredes de chapa acanalada pintadas prolijamente de azul.

Es que el tiempo sobraba y las horas se mataban entre pintura, barridas al andén y a la oficina, mates y más pintura.

—¿Y no juegan al truco? —preguntó una vez un pasajero que recaló allí por error.

—¡Ta loco!, más aburrido que jugar al truco de a dos, ¡deje quieto!

Mantener la estación era otra cosa y casi la única cosa que hacer.

Cada detalle que encontraban, era observado, conversado y vuelto a observar para después de largas discusiones que duraban horas, decidir qué hacer.

—Mirá este agujero.

—Pa, nunca lo había visto.

—Y por eso te digo que lo mires.

—Parece de clavo, porque hormiga o gusano en la chapa, nunca vi.

—¡Lógico que es de clavo!, de afuera pa' adentro.

—O sea…como de acá pa' allá. Mmmm, ta' raro.

Los dos hombres tirados panza abajo sobre el piso de hormigón del andén miraban el pequeño orificio en la base de una de las paredes.

Las peras apoyadas sobre las manos, tiesos, con las frentes arrugadas para pensar mejor y las gorras del uniforme echadas para atrás haciendo equilibrio sobre las nucas.

—Ese agujero ayer no estaba— murmuró Rodrigo.

—¿Y vos cómo sabés? ¿Anduviste con clavos por acá? —Lo interrogó Pedro desconfiado.

—¿Y qué iba a hacer yo con clavos por acá? Mire si voy a andar queriendo clavar en chapa, ¡déjese de joder!

Estuvieron un buen rato como siempre, había tiempo; el tren de las 6:30 hacía mucho que no pasaba, y lo peor, nadie preguntaba por él.

La estación era un punto azul en medio de la nada, brillando al sol como un lunar de color cielo entre tanta tierra colorada.

—¿Y si armamos un jardín en el fondo? —preguntó distraído un día Pedro.

—¿Cómo jardín?

—Claro, un jardín; ¿cómo va a ser? Con flores, limonero, una palmera, una fuente. Mirá todo el lugar que hay al cuete ahí atrás.

—¿Y de dónde vamos a sacar todo eso si no hay dónde comprar?

—Ah, Rodrigo; por eso soy guarda-agujas. ¿Ves allá un montón de bolsas que hay en el galponcito?

—Veo.

—Bueno, son semillas. Hay de todo lo que se te antoje, hasta de papa hay, pero esas no sirven porque no vamos a hacer quinta, vamos a hacer jardín.

Se pusieron entonces a pensar la manera de transformar ese terreno vacío y árido, en un jardín.

Estuvieron unas cuantas semanas dándole vueltas al asunto, hasta que una mañana Rodrigo se iluminó: —¡ya está! — dijo, y se puso a hacer rayas y figuras en la tierra con un palo. Se movía de un lado para el otro, se paraba a mirar los dibujos, los borraba con las alpargatas y corregía.

—Mire; acá van las rosas, por acá las margaritas que las podemos entreverar con pensamientos (las flores, no los suyos que a veces no son muy lindos que digamos); en este lugar va el limonero cerca de la estación así podemos arrancar limones sin movernos mucho. Lo que no sé, es de dónde vamos a sacar la palmera y la fuente.

Se quedaron un rato mascando la dificultad hasta que Pedro enfiló para el galpón.

Al rato, salió con un cartel que clavó en el fondo: “PALMERA”.

—Lo pongo lejos de la estación, no vaya a ser que la palmera, que es de agarrar altura, se nos vaya a caer encima al primer vientito.

—Bien pensado —contestó el otro.

—Y por ahora el aljibe va a hacer de fuente hasta que consigamos una de verdad. Agua tiene.

Todos los días tempranito, se paraban en sus puestos para esperar el tren de las 6:30, y todos los días a las 7:30 volvían a sentarse sin que el bendito tren pasara por San Fernando.

El paisaje rojo que rodeaba la estación, se fue comiendo poco a poco el azul de sus paredes y la herrumbre avanzó despacio, pero sin detenerse, como una enfermedad silenciosa.

Una mañana que había amanecido con niebla, divisaron algo sobre las vías. Estiraron sus uniformes con las manos y pusieron cara de distraídos, aunque por dentro se morían de nervios.

Una sombra indefinida se dirigía hacia ellos.

El primero en hablar fue Rodrigo:

—Me parece que, para ser tren, viene medio despacio.

—Y debe ser por la neblina —comentó Pedro.

Pero cuando pudieron ver mejor, se dieron cuenta de que no era el tren sino un jinete y su caballo.

—Buenas —dijo el hombre.

—Buenas —contestaron a dúo.

—No sé si habrá dado cuenta, mi amigo —encaró Pedro—, pero anda sobre las vías del tren.

—Ah, sí. Es lo más seguro para no errar el rumbo en estos días que no se ve nada. Uno va derechito.

Rodrigo terció en la conversación:

—Tiene suerte que pasa un solo tren por acá, porque si no…

—¿Tren por acá? ¡Hace años que no pasa un tren por acá! —exclamó el extraño medio a las risas reemprendiendo el camino por las vías desoladas y saludando con su mano, ya en marcha.

Pedro y Rodrigo se quedaron prendidos de aquel saludo que no lograban descifrar, viendo la figura que se iba haciendo chiquita mientras se zambullía en la niebla.

—Hace años…—masculló Pedro en un murmullo.

—Así dijo el hombre… —comentó Rodrigo sin dejar de mirar el paisaje ahora transformado en nada.

El guarda-agujas sacó el tabaco y las hojillas del bolsillo izquierdo de la chaqueta (tenía un agujero que arreglar, un día de estos iba a perder la boletera) y armando el cigarro lentamente,

movió la cabeza como negando.

— ¡Qué lo parió, el tiempo se va volando!

El silencio se adueñaba de la tarde en la estación de San Fernando.

—En fin, habrá que jugar un truquito de a dos, nomás, ¿qué te parece, Rodrigo?

Rodrigo se acomodó la gorra para atrás y aceptó el convite: —Y bueno, dele.

Pero antes de sentarse, se arrimó a la boletería, tomó el cartel de abajo del mostrador, lo sopló para correr el polvo aquerenciado de muchos años, le anudó la piola rota y lo colgó en la ventanilla: “TREN DE 6:30 — BOLETOS AGOTADOS”.

FOTOS SUELTAS

DIONISIO

5.44. Dionisio abrió los ojos como siempre lo hacía, un minuto antes de que sonara la chillona campanilla del viejo reloj despertador. Sentía cierto orgullo cada vez que lograba ganarle de mano. Se sentó en la cama intentando no hacer demasiado ruido y volteó la cabeza para mirar la espalda pecosa de su esposa, Isabel. Sus labios dibujaron una tímida sonrisa.

"¡Cuántos años juntos!", pensó. Los recuerdos del primer encuentro se habían vuelto difusos con el correr del tiempo, aunque aún suspiraba sintiendo como si fuera hoy, aquel primer roce con sus manos.

Eran felices, con esa serena felicidad que dan los años de compartir la vida. Solo una sombra cada tanto, se cruzaba nublando sus pensamientos: el sueño incumplido de una casa llena de risas de niñas y niños que no había podido ser, vaya a saber por qué razón, y que aún hoy, a pesar de los años transcurridos, añoraban.

Dionisio buscó a tientas la ropa de trabajo, calzó las viejas alpargatas y, antes de salir del dormitorio, arropó a Isabel cubriéndola suavemente con la manta de lana que ella misma había tejido. Las mañanas de invierno eran muy frías en este país.

Antes de desayunar, se asomó a la ventana que, como un ojo perezoso, abría lentamente sus párpados de madera a la avenida. Aún era plena noche y apenas se comenzaba a divisar algún transeúnte envuelto en abrigos. Caminó despacio a la pequeña cocina y encendió la radio. Sin apuro, puso a calentar el agua para el café y ceremoniosamente tendió sobre la mesa de madera un gastado pero muy limpio repasador. Sacó de la panera una pieza de pan marsellés —invento exquisito de estas tierras— y del refrigerador, un trozo de manteca. Con delicadeza, extraña e inesperada en un hombretón como él, volcó el agua a punto de hervir sobre el filtro de tela que acunaba dos cucharadas de café

molido, y se detuvo un instante cerrando los ojos para aspirar profundamente aquel primer aroma de la mañana.

Antes de irse, se asomó al dormitorio y susurró:

—Hasta luego, mi amor —dijo mientras entornaba lentamente la puerta que traicionera, emitió un leve chillido. Descolgó del perchero que estaba junto a la puerta de calle un gastado gabán de paño, envolvió su cuello con dos vueltas de la gruesa bufanda —también obra de Isabel— y, tomando la bicicleta, salió rumbo a su trabajo.

El viento constante con olor a salitre de aquella ciudad, lo terminó de espabilar y mientras pedaleaba recorriendo las vacías calles, presentía en el horizonte la salida del sol. “Es que el sol, nunca deja de salir”, bromeó para sus adentros al tiempo que jugaba formando volutas con el vapor que exhalaba su boca.

Al llegar a la cervecería saludó a sus compañeros con una sonrisa y se dirigió a los establos.

—¿Cómo estamos hoy, amigo? —Un hermoso percherón bufó respondiéndole.

—Vamos a acomodar estos arreos y ¡a trabajar!

El carro llevaba una treintena de barriles con una inquieta cerveza que parecía quererse escapar.

—No te preocupes. Lo que no pudimos acomodar nosotros, lo acomodará el camino —dijo Dionisio a la vez que montaba al pescante—. Y ahora, vamos que no nos pagan por conversar. —Un pequeño movimiento de las riendas bastó para que el manso caballo se pusiera en marcha.

—Buen día, Manolo. ¿Cómo nos levantamos hoy?

—¿Qué cuenta usted, don Dionisio? Aquí lo ve, siempre trabajando y, ¡qué nunca falte!

—Claro, ¡qué nunca falte!, aunque no estaría mal que aflojara un poco cada tanto, ¿no le parece? —El hombre se rio con ganas—. ¿Cuántos barriles le dejo?

—Pues, vamos a probar con cuatro; hoy se paga la quincena en el molino y seguro alguno se arrimará a tomar algo.

—Así me gusta, Manolo —. Dionisio fue descargando los barriles en sus curtidos hombros y subió luego los vacíos. De un salto montó al pescante del carro y con un ademán se despidió, mientras le susurraba al animal:

—A seguir el camino, compañero.

La jornada transcurrió serena. Llegaron justo cuando la sirena de

la fábrica anunciaba el fin de la jornada para los obreros. Dionisio liberó al percherón de los arreos y lo llevó con suavidad al establo. Mientras comenzaba a descargar los barriles vacíos, creyó ver, opacado por la penumbra del galpón, algo que se movía entre ellos. Se detuvo y prestó atención, pero no escuchó nada, de modo que continuó con su tarea. Cuando solo restaban media docena de barriles, lo vio. Un niño pequeño, de unos cuatro o cinco años, se acurrucaba en una esquina del carro, con su cabecita escondida entre las piernas, esquivando la mirada del hombre.

—¡María Santísima! Y tú, ¿de dónde has salido?

El pequeño temblaba y Dionisio podía oír el castañeteo de sus dientes.

—Ven, bájate. Vamos afuera que este hedor a cebada nos va a emborrachar. —Tendió su mano y tomó con suavidad la del niño.

Dos lágrimas se abrían camino lentamente por sus mejillas dibujando unas desteñidas huellas en la suciedad de su cara. Dionisio se puso en cuclillas y le dijo muy despacio:

—Sea lo que sea eso que te hace llorar, vamos a arreglarlo, ¿te parece? —El niño lo miró a los ojos y asintió en silencio.

—¡Isabel!, ¡ven, no seas descortés, que traigo visita!

La mujer abrió la puerta y se quedó mirándolos con la boca abierta. Dionisio sonriente ayudaba al niño a bajar de su bicicleta.

—¡Mira qué sorpresa me ha dado el día! —y mientras decía esto, empujaba amorosamente al pequeño—. Vamos, que se enfría el café, entra sin miedo.

Isabel y Dionisio, miraban en silencio cómo el niño devoraba la merienda y girando cada tanto, para dirigirles una sonrisa sin dejar de mover sus carretillas. Sabían que ese regalo era efímero y que pronto deberían dar parte a las autoridades del hallazgo, pero no quisieron pensar en eso. Solo sentían que, por un momento, la vida hacía realidad su sueño más deseado.

EL RECADO

Desde que el mundo es mundo, el sol se desploma al mediodía sin medir consecuencias sobre Villa Mora. Como fantasmas encandilados por tanta luz, reverberando en medio de los reflejos del gastado balasto, algunos perros flacos vagan buscando entre las cunetas, a fuerza del hambre, el desperdicio que alargue sus vidas un día más. Perdido por perdido, qué más da. Incluso las chicharras, monótonas reinas del calor, frotan con mayor lentitud sus alas por miedo a no completar la tarde.

En verano, las calles tortuosas del pueblo convertidas en ríos de sangre naranja —y el resto del tiempo en trampas de barro o polvo —, bordean las pocas casas de material que se levantan en el centro, mohosas, grises y descascaradas, y los muchos ranchos de adobe que se desparraman, marrones y con techos despeinados, donde la gente se guarece, disimulando en la inconciencia de siestas eternas, el miedo al infierno. En esas horas, un silencio de cementerio, pesado y tufiento, cae inmisericorde, sobre todo. O casi todo.

Por las hendijas de los postigos desdentados de la casa de las Martínez, se cuela, siempre a la misma hora como un mantra anacrónico que ya nadie escucha, la misma sonata de Beethoven. Sobre el atril, las hojas amarillentas de una partitura de “Claro de luna”, se mueven sin voluntad, impulsadas por los espasmos de una aburrida brisa que llega del abanico de Juana. Miriam, la más joven de las hermanas, desenreda trabajosamente entre quejidos aniñados, los nudos que la noche tejió en su larga cabellera.

—Estos peines ya no tienen ni dientes. ¿Han visto los que traía el turco la última vez? ¡Qué belleza, por Dios!

—Hermanita, ya te he dicho que lo mejor es que te cortes ese pelo. —La voz de Orfelia sonó opaca desde el sillón.

—¡Ni loca! Me lo decís de pura envidiosa que sos. Mirate un poco; siempre apoltronada en ese sillón, aburrida, despeinada. Lo

único que hacés es comer y comer mientras se te van los años. A mí no me pidas eso.

Orfelia negó con un gesto resignado de su cabeza y encogiendo los hombros, se concentró en elegir cuál sería el siguiente bocado.

—Che, Irene, ¿no sabés tocar otra cosa? Con el calor que hace y el runrún de tu musiquita, no hay forma de que se pueda respirar un poco —se queja María, mientras sacude con vigor su pollera, intentando que un poco de aire, impúdico, refresque sus muslos. Los gatos se movieron perezosos en busca de un sitio más tranquilo.

Irene tocaba con los ojos cerrados, balanceando su fino talle sobre el viejo banco forrado de terciopelo rojo que, como forma de justificar su edad, muestra el centro gastado oscuro y brilloso. Como la tarde, como la calle, como el fuego que, desde hacía no mucho tiempo, Irene sentía dentro.

Andrés trabajaba en la estancia de los Iriarte desde niño. No sabía hacer otra cosa que aquello que su padre, empeñoso y enérgico, le había enseñado. Nació una noche de tormenta, en medio de las paredes de un rancho, renegridas por el humo de la cocina económica y que aún hoy era su hogar. Su madre, casi sin fuerzas, descubrió su rostro bajo la magra luz de un farol de querosene y nunca supo si del susto o por qué razón, luego de verlo, se desmayó para nunca más despertar. Le contaron años después, entre tragos y barajas —aunque no estaba seguro de si era verdad —, que aquel hombretón de manos encallecidas y ojos ausentes, lloró durante meses cada noche, sosteniéndolo en sus brazos y repitiendo como una letanía, el nombre de aquella mujer. Eso le habían contado, y él nunca se animó a preguntarle.

Su vida rodaba con la inercia de un fardo de forraje impulsado por lo que el tiempo y el patrón disponían. El destino lo había plantado en ese lugar, por algo sería. No valía la pena pensar en otras cosas. En realidad, no valía la pena pensar, solo eso.

Los días pasaban sin barullo. Ayer igual a hoy, hoy igual a mañana. Sin más sorpresas que una lluvia que llega sin aviso o una seca que deja el tendal de animales muertos, los que luego, hay que enterrar lo más lejos posible de las casas.

Pero esta monotonía, que parecía infinita, se rompió para siempre cuando conoció a Irene. Esa noche, sintió que la vida lo paría otra vez, renovado, vital. Que aquello que creía inalcanzable —como aquel que quiere pisar el horizonte para husmear detrás de él y ve como a cada paso que da, se aleja—, estaba allí, delante de

sus ojos aterrados de tanta belleza.

La plaza sacudía su melena de banderitas de colores y destilaba sobre el oscuro cielo el destello amarillo de cien lamparitas incandescentes que titilaban como burdas émulas de las estrellas, dejando en la penumbra, apenas perceptibles, las siluetas de los viejos paraísos y los pálidos plátanos. La música llegaba en oleadas, mezclada con voces y carcajadas estridentes forzadas por el ardor del aguardiente brasilero. Algunas tablas dispuestas sobre caballetes, vestidas para la ocasión con mantas y ponchos —por no contar con mejores manteles o por el gusto de mostrar sus mejores galas—, ofrecían el fruto orgulloso de las empedernidas cocineras.

—¿Una empanadita, don? Mire que están muy buenas.

Andrés sonreía agradeciendo. Todo el año esperaba la llegada de esta noche. Era su noche de reyes, a falta de las que nunca había vivido. Mostraba, en extraño rictus, sus blancos dientes, satisfecho, asombrado. Eso era, pensaba, lo más cercano a la felicidad, aunque a ciencia cierta, no estaba seguro de qué significaba sentirse feliz. Respiró profundo aquel aire infestado de humos, transpiraciones y gotas de grasa cayendo sobre las brasas. Llegó pateando piedritas hasta los pies del monumento que, según le habían contado, homenajeaba al fundador de Villa Mora, aunque más bien se parecía a un noble inglés con ese bombín coronando su mohosa calva de bronce. Dobló una pierna y apoyó la alpargata sobre el granito gastado y despacio, sin apuro, para no dejar que el tiempo le robara ni un minuto de esa noche, sacó su tabaquera y armó, de memoria, un cigarro. Mientras envolvía el tabaco con la hojilla y sobaba el armado, observaba todo con descuidada displicencia. Acercó el cigarro a su boca para cerrarlo lamiendo el borde, y mientras su lengua recorría descuidada el papel, sus ojos se detuvieron en el rostro de Irene. Y allí se quedaron, sin reacción. La muchacha alzó sus ojos, lo miró y sonrió cubriéndose inocentemente la boca con la mano, e inclinando levemente la cabeza. Un rizo amarillo, cayó descuidado y a destiempo sobre las largas pestañas de uno de sus ojos. Andrés sintió, cómo el corazón se desbocaba atolondrado y sin control. Se quedó allí parado, sosteniendo el cigarro sobre los labios, ridículo e indefenso.

Irene atendía solícita el puesto de la parroquia, donde se ofrecían rosarios, escapularios y estampitas de la Virgen y de San Antonio, patrono del pueblo. Todos garantidos y bendecidos por el cura párroco que contaba, controlaba y volvía a contar con celo, cada

una de las monedas que caían en la cajita de zapatos que oficiaba de cofre.

Andrés se acercó. Temblaba y eso lo desconcertaba. Él solo había temblado de frío alguna madrugada de invierno donde, por salir apurado, había olvidado vestir los buzos de lana gruesa. Pero esa noche, no hacía frío. Reconoció, con cierta vergüenza, que tenía miedo.

—¿Quiere una estampita del santo? —La voz de Irene, suave y dulce, lo tomó por sorpresa.

—Eh…, ¿perdón? —Tartamudeó y se odió por eso.

—Si va a querer comprar una estampita del santo. Están todas bendecidas por el párroco.

—Ah, el santo, claro. ¿Y quién es el santo, si me disculpa la ignorancia? —. Se sintió estúpido y un calor sofocante subió por su cara tiñendo las mejillas de rojo fuego.

—¿No lo conoce? Es San Antonio, el patrono del pueblo. El santo de las cosas perdidas. Quizás lo pueda ayudar alguna vez. Tome, lleve —. Irene extendió su mano ofreciendo la estampita. Andrés no se movió.

—¡Bueno, hombre!, se la regalo. Me da la impresión de que usted mismo anda medio perdido. —La muchacha también se sonrojó—. Disculpe, no debí decir eso.

Andrés aceptó el regalo, rozando involuntariamente en el gesto, los suaves dedos de Irene. Una corriente le atravesó el cuerpo.

La fiesta se fue apagando. Poco a poco, el silencio fue empujando trabajosamente al bullicio, que se fue alejando retobado. Una brisa fresca incitó el tremolar de las banderitas de colores, llenando el aire de un leve sonido. Andrés observaba a la distancia mientras Irene, laboriosa, iba y venía entre la plaza y la iglesia.

Un rato después, la vio cruzar la calle.

—Señorita, perdone —le dijo apretujando nervioso el ala del sombrero con ambas manos.

Irene se sobresaltó.

—Ah, es usted. Me ha asustado.

—No era mi intención.

—¿Ya perdió la estampita? —comentó divertida.

—No, no es eso. Mire, aquí la tengo. Quería saber si me permitiría acompañarla hasta su casa. Ya está muy oscuro y nunca se sabe.

—Le agradezco, pero vengo con mis hermanas —le contestó

mirando hacia atrás. A unos metros, tres mujeres tomadas del brazo, reían y avanzaban dando tumbos como niñas.

—No me importaría acompañarlas, si me lo permite.

Irene asintió y comenzaron a caminar por delante de las otras.

Andrés no sabía qué decir. Pero a pesar de la incomodidad que le causaba la situación, sentía que levitaba sobre las piedras de la calle.

—Bueno, llegamos. Muchas gracias por su compañía, señor…

—Andrés.

—Andrés, bonito nombre —dijo vergonzosa estirando la mano—. Yo me llamo Irene.

—Fue un gusto.

Las hermanas, asomadas detrás de la puerta cancel, cuchicheaban divertidas. Miriam, callaba.

Pasados unos días, Andrés volvió al pueblo. Tenía que hacer algunas compras para la estancia. Mientras recorría los negocios, esperaba que sus recién estrenados rezos a San Antonio, surtieran efecto. Si hacía aparecer las cosas perdidas, debería con más razón permitir que se encontrara de nuevo con Irene.

Cargadas las curtidas alforjas —herencia de un abuelo que no conoció— sobre el lomo del tordillo, Andrés ajustó el recado para emprender el regreso.

—¡Señor, señor! —Una voz de mujer se dirigía a él.

—Un momento, por favor. Soy Miriam, la hermana de Irene.

Una joven se acercaba dando grandes zancadas, agitada y enarbolando a sus espaldas a modo de estela, una larga y negra cabellera. Andrés esperó sorprendido.

—¿Usted es Andrés, el que nos acompañó, bueno, el que acompañó a Irene la otra noche?

—Para servirle.

—¡Qué suerte que lo encontré! —Rebuscó en los bolsillos de la pollera hasta que, al fin, sacó una esquela arrugada—. Esto le manda Irene. ¡Que tenga buen día! —. Girando sobre los talones, rozándolo con el volado de su pollera de campana, se alejó corriendo.

“Muy estimado Andrés, seguro le parecerá extraña esta forma de llegar a usted, pero luego de pensarlo mucho, no encontré otra. No sé la razón, pero algo se movió dentro de mí la otra noche cuando lo vi. Quizás piense que soy una mujer atrevida, pero si algo

aprendí de la vida, es que hay que escuchar al corazón. Me gustaría, si no lo toma a mal, encontrarme nuevamente con usted. Lo esperaré esta noche —acuda o no a la cita— en la portera del monte de los Perdomo, al lado del cementerio, a las diez de la noche. Irene."

Releyó despacio una y otra vez aquel mensaje. Tenía miedo de que, por desearlo, estuviera entendiendo algo equivocadamente. De todas formas, no perdía nada con dar por cierto lo que creía leer.

A medida que se acercaba al monte, pensaba que todo esto era una locura. ¿Sería una broma que le estaban gastando unas niñas consentidas? El eco de los cascos, devolvía soledad. La luz de la luna, velada de a ratos por unas pocas nubes rezagadas que huían del día, mostraba manojos del paisaje que se aclaraban y oscurecían, infundiéndoles vida por un instante. Y en ese ir y venir de la claridad —y de la realidad misma—, pudo distinguir como en un relámpago, la silueta de Irene recostada al poste de la portera. Y hubo un beso, una caricia y ninguna palabra.

La sala de la casa comenzó a poblarse como en cada siesta. Ninguna de las cuatro dormía en las tardes. El mormazo imperante en los dormitorios con techo de zinc, las expulsaba hacia otras habitaciones más frescas de la casa.

—Uff, no se puede ni respirar —se quejó María.

—No te quejes más, mujer, que hay otras cosas que dan más calor. ¿No es así, Irencita?

Irene volvía del patio, donde había puesto a asolear unas sábanas sobre el pasto. Le gustaba el olor a sol, la ayudaba a conciliar el sueño.

—¿Qué decís?

—Que nos cuentes de ese peoncito que te anda arrastrando el ala. O vos a él, no sé. —Juana reprimió una risita irónica.

—No digas tonterías, ¿querés?

—Pero no tiene nada de malo. Ayer te escuché llegar como a las once de la noche. Seguro que mandados no andabas haciendo a esa hora.

—¡Dejala tranquila! —la retó Orfelia, mientras echaba de un manotazo a uno de los gatos que muy horondo, ronroneaba rascando el asiento del sillón, queriendo arrancar una flor del tapizado.

—Es muy elegante el hombre —dijo Miriam—, a mí me gustaría

tenerlo de novio.

—Pero cállate, mocosa. ¡Cómo para novio estás vos!

A Irene no le gustaba nada que sus hermanas hablaran de sus cosas, pero sabía que el mejor antídoto era ignorarlas. Levantó la tapa del piano y, como todas las tardes, comenzó a tocar la sonata de Beethoven.

Las citas se hicieron cada vez más frecuentes. Ambos sentían cómo con el tiempo, crecía el cariño y se iba, poco a poco, transformando en algo más profundo.

Miriam sentía curiosidad por aquellos encuentros de los que ella, era de alguna forma, cómplice. No se imaginaba —y quería saberlo —, qué se sentía al besar a un hombre o al sentir su cuerpo pegado al suyo en un abrazo. Y, aun sin saberlo, se estremecía sin entender por qué.

Una lechuza, que chistaba misteriosa sobre el alambrado acechando a sus presas y asustando a caminantes distraídos, se calló de golpe al escuchar los pasos de Irene. Contra la pared blanca del cementerio, se recortaba la figura de Andrés y más allá, la de su caballo. Los pinos movían sus puntiagudas cabezas con un rumor de pinochas a punto de fallecer. A su resguardo —inútil su sombra en la noche—, los enamorados ataban sueños con sus brazos.

De pies descalzos, para evitar ser descubierta al acercarse, Miriam husmeaba escondida detrás de una acacia. Los celos comenzaron a brotar, indefinibles, como una sensación amarga que se fue convirtiendo en rabia.

—Llevale esto a Andrés, por favor. Sé que hoy viene al pueblo. Va a andar cerca de lo Tiburcio, en el almacén. — Irene le dio la esquela. —No sé cómo te voy a pagar esto, hermanita. ¡Sos un sol!

Miriam guardó el papel en el bolsillo.

—Ya veremos, ya veremos —contestó y dando la vuelta, salió.

Andrés se extrañó un poco al leer la nota. Irene le pedía cambiar el sitio del encuentro. Lo esperaría esa noche en el galpón abandonado de la antigua barraca de lana, atrás de la estación.

A la hora señalada, desmontó frente al enorme edificio. La puerta principal estaba abierta. La empujó con suavidad y el chirrido de los goznes oxidados, lo sobresaltó. Adentro todo era negrura. Espesa, pegajosa, maloliente. Un silbido corto, alertó su oído. Provenía del fondo.

—Irene, ¿estás ahí?

Otro silbido le respondió.

Se fue acercando despacio.

—Vení, sentate acá y no digas nada. Tengo una sorpresa para vos —susurró una voz de mujer imposible de identificar.

Andrés se sentó sobre unos cueros curtidos. De pronto, y sin ningún aviso, la mujer se abalanzó sobre él y lo comenzó a besar. Repuesto de la sorpresa, reaccionó dando un empujón a su asaltante y se liberó.

—Pero, ¿quién sos? ¡Vos no sos Irene! ¿Dónde está ella?

Sacudiéndose los restos apolillados de los cueros, tomó a la mujer y la llevó hasta una ventana.

—¡Miriam!, pero ¿qué hacés?

La muchacha comenzó a llorar.

—Quería saber cómo es un beso —masculló entre ahogos, avergonzada.

—¿Irene sabe algo de esto?

—Claro que no; fue idea mía. Cambié la esquela, le copié la letra. Quería encontrarme con vos. Fue una locura. Perdoname.

Andrés no sabía cómo reaccionar. Lo mejor era olvidarlo.

—Andate ya para tu casa y no le digas nada a nadie. Yo quiero de verdad a tu hermana, ¿entendés?

La muchacha asintió con un suspiro, secó las lágrimas con la manga de su camisa y se fue.

Miriam entró en la sala vistiendo un camisón de raso blanco. Aún llevaba las medias a rayas que usaba para dormir y tenía los pies enfundados en un par de pantuflas descoloridas. Con su mano izquierda, intentaba acomodar infructuosamente el moño que ya había perdido toda su dignidad.

—¿Y vos qué hacés levantándote a estas horas? —La increpó Orfelia.

—Es que anoche me desvelé y me dormí tarde.

Irene, taciturna y con la vista perdida, estaba de pie detrás de Juana, moviendo con desgano un abanico que, tímidamente, incitaba a que algunos rizos rubios, se escaparan de su peinado. Lejos de todo, cerca de su enojo y decepción.

Las lámparas de la habitación, se esforzaban por romper la grisura de una tarde de tormenta.

—Irene —, Miriam llamó con un gesto la atención de su hermana que respondió alzando las cejas —. Debo pedirte perdón.

—¿Perdón?, ¿y por qué, si se puede saber?

—Te fallé. Ayer no entregué tu recado.

Irene, la miró con el ceño fruncido durante un segundo que se sintió eterno, mientras sus labios, comenzaban a dibujar, una sonrisa de alivio.

FUEGO

El taconeo constante que provenía del piso superior, le martillaba los oídos y estaba a punto de sacar de quicio a Perico. Sus gruesos dedos, manchados de carbón, tamborileaban impacientes sobre el mostrador de estaño.

Lorenzo, el gallego que trabajaba en el Bazar de la Independencia —la primera tienda apenas se atraviesa la puerta de la Ciudadela, reconocible por una extraña mano que cuelga algo tenebrosa del escaparate—, apuraba una ginebra asomándose de tanto en tanto a la puerta, atento a la aparición de Antonio, el dueño del negocio, que llegaría en cualquier momento una vez terminada la pausa del almuerzo.

—Oye, ¡deja esos dedos quietos! —rezongó a Perico— me pones nervioso.

El otro lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Y qué es lo que te molesta tanto? —dijo ahogando la frase en un trago de caña brasilera que lo esperaba engañosamente transparente en el grueso vaso—. ¿No es peor el ruido que viene de ahí arriba? —Lo increpó apuntando al techo con su barbilla.

—Ah, ¿eso? Me dijeron que son unas bataclanas porteñas que mañana estrenan un numerito flamenco en el Teatro San Felipe —contestó informado Lorenzo haciéndose el distraído y agregando al pasar: — No estaría nada mal ir a darles un vistazo, con lo aburrido que se ha vuelto este poblado.

Perico vació el vaso de un solo sorbo sin prestarle atención. El alcohol a su paso le raspó la garganta obligándolo a hacer una mueca.

—Bueno, me voy. Me queda mucho carbón por acarrear y la nochecita cae cuando menos lo esperás.

Con un golpe seco, dejó unas monedas sobre el mostrador y calzándose la gorra de paño, salió a la calle.

—Nos vemos mañana —saludó sin darse vuelta.

Al salir, el resplandor de febrero lo obligó a entrecerrar los ojos y, buscando algún resto del escaso fresco que ofrecía la ciudad en los veranos, caminó unos pasos cruzando la calle.

—¡Pero tenga cuidado, doña!

La voz de Lorenzo lo hizo detenerse y girar. En la puerta del bodegón, el gallego mascaba insultos mientras sacudía enardecido el uniforme del bazar, para liberarlo del polvo que caía desde arriba. Doña Elisa, la dueña de la pensión que vivía en el primer piso, terminó de sacudir una alfombra, sin remordimientos.

—¡Y usted justo viene a pararse ahí teniendo tanta calle! —le recriminó y, sin dar tiempo a una respuesta, se volvió para perderse como un fantasma por detrás de las sábanas que se secaban tendidas a la escasa brisa.

Perico sonrió divertido y apoyado en la pared, resguardado por la sombra que, a esa hora, proyecta el friso del edificio que ocupa la Ferretería, armó un cigarro. Rebuscando en los bolsillos del chaleco en pos de la yesca para encenderlo, algo lo llevó a alzar la mirada. Desde el segundo piso de la casona del bodegón, apoyada en el balcón de hierro, una muchacha de pelo negro y ensortijado, lo miraba con sonrisa desafiante. Le llamó la atención la forma en que vestía: llevaba una larga pollera roja con lunares blancos y una blusa ajustada de satén que irisaba a causa de los reflejos del sol. Sus miradas se cruzaron y quedaron suspendidas por un instante hasta que la mano de un hombre apareció por detrás tomándola de la cintura y haciéndola girar hasta quedar enfrentados, mientras comenzaban lo que parecía ser una discusión. Por fin, los dos se perdieron en la habitación. Perico se encogió de hombros y acomodándose la gorra, caminó despacio hacia donde estaba su carromato, el que había cuidado de estacionar bajo la sombra del caprichoso arco que une la muralla con la pared de las casas de la manzana aledaña.

—Se terminó el descanso, Petizo —dijo al caballo mientras le acariciaba el hocico con una mano y tiraba con la otra la colilla a los adoquines—. Vamos a liquidar el día, así nos volvemos temprano para las casas.

A paso lento, el carromato se movió rumbo al puerto donde lo esperaban los barcos carboneros que, desde el Reino Unido, traían el tan esperado tesoro negro. Era un negocio que comenzaba a florecer y Perico había tenido la lucidez de ofrecer sus servicios de

acarreo a los empresarios, casi todos ellos extranjeros. El trabajo se volvía pesado algunas veces y el carbón teñía ropa, manos y cara, pero no era la peor de las opciones entre las que se podía elegir en este pequeño y alejado lugar del mundo. Lo que ganaba le alcanzaba para vivir sin apremios. Comía decentemente, se había dado el gusto de comprar un traje a medida en la Sastrería de Torino —el que lógicamente guardaba para usar en ocasiones especiales— y hasta gastaba un sombrero de ala corta durante sus paseos de domingo. Y por si esto fuera poco, visitaba cada mediodía aquel bodegón donde se ufanaban de servir la mejor tortilla española de toda la ciudad. Era su oasis donde reponía fuerzas bebiendo unas medidas de caña o ginebra, o incluso en ocasiones, alguna Hesperidina —sobre todo los días en que sentía el estómago pesado a causa de algún exceso—, y, por si fuera poco, donde se enteraba de los últimos sucesos de boca de los parroquianos. Una vida sencilla pero que le era suficiente.

Los afiches de papel pegados desordenadamente sobre las piedras de la muralla que rodeaban la Puerta de la Ciudadela, anunciaban en grandes caracteres, eventos pasados y futuros, montados unos sobre otros en una batalla de supervivencia sorda e inanimada que a nadie importaba. Perdido en medio de aquella vorágine de letras y fechas, donde se mezclaban democráticamente estrenos de óperas famosas en el Teatro Solís, ventas de campos, misas de guardar y próximos desfiles de negros y lubolos, aparecía tímidamente el humilde anuncio:

“TEATRO SAN FELIPE
LAS GITANAS DEL PLATA
UN ESPECTÁCULO DEL MÁS PURO FLAMENCO
ENTRADAS POPULARES. ESTRENO: 10 DE FEBRERO”

En el segundo piso de la pensión de doña Elisa, se reunían alrededor de la pequeña mesa desvencijada, dos mujeres y tres hombres. Una guitarra descansaba en silencio, apoyado su gastado mástil en la pared descascarada. Unos trajes flamencos colgaban del perchero oxidado que se sostenía enhiesto haciendo equilibrio para no entregar su honor bajo aquel peso desmedido.

—Vamos a repasar el plan. No podemos equivocarnos en nada, si no somos boleta. —El que hablaba era el que aparentaba tener más edad y quien llevaba la voz cantante. —A ver vos, Blanca, ¿qué tenés que hacer una vez que terminés tu parte? —preguntó a la

muchacha que Perico había visto en el balcón.

La silla crujió peligrosamente cuando ella se incorporó apoyando los brazos sobre la mesa, pero resistió.

—Salgo por la puerta trasera del teatro cuidando que no me vea nadie y bajo lo más rápido que pueda por la Calle del Cerrito hasta el Banco Mauá.

—Muy bien, ¿y entonces?

—Y entonces llamo al guardia y lo distraigo para que Manuel se escabulla hasta el depósito donde habrán descargado la remesa de billetes que llega hoy de tardecita.

—Perfecto —asintió conforme quien, a estas alturas, parecía ser el jefe—. Recuerden que no buscamos lastimar a nadie. Solo nos interesan los billetes.

—Y vos, Pedro, ¿qué tenés que hacer cuando ellos te den la señal?

El más joven de todos, casi un niño, se aclaró la garganta nervioso.

—Prendo fuego.

—Pero, ¿a qué prendés fuego?

—A los tachos de basura que voy a amontonar de nochecita en la rinconada del Mercado.

—Bien. Es seguro que a esa hora no habrá nadie en el lugar y toda la ciudad, incluidos los guardias del banco, correrá a apagar el incendio mientras nosotros nos vamos con la “biyuya”.

Sonrieron con avaricia. Un momento después, el rostro del hombre cambió y el gesto de satisfacción dio paso a otro de contrariedad.

—Pero aún nos falta el carromato donde cargarlos y sacarlos de la ciudad. Tenemos que llegar hasta la desembocadura del Arroyo Miguelete donde nos van a esperar los botes para cruzar a Buenos Aires. Sin esto, todo el plan se desploma.

Todos callaron. No podían dejar que el golpe tan largamente esperado, fracasara por un simple carromato. De pronto, Blanca rompió el silencio.

—Creo que sé cómo conseguirlo.

Todos la miraron incrédulos.

—El otro día, escuché que uno de los parroquianos del bodegón que está acá abajo, trabaja acarreando carbón. Puedo intentarlo.

Perico se detuvo un momento en la puerta para permitir que sus

ojos se acostumbraran a la oscuridad. Poco a poco fueron delineándose las siluetas de algunas mesas y sillas que, sobre el desigual piso de ladrillo, ya ocupaban algunos madrugadores visitantes en busca, quien lo sabe, de descanso o consuelo. El acre olor a boliche, lo terminó de espabilar y avanzó hacia el mostrador.

—¿Qué dice, Perico? —lo saludó el bodeguero con tono castizo, y apuntando hacia un rincón distraídamente, continuó—. Aquella muchacha pregunta por usted.

Perico afinó la vista extrañado.

—Busco al tipo del carbón, me dijo —amplió el hombre con una media sonrisa mientras secaba unas copas mal lavadas.

En la penumbra, la muchacha que lo había mirado desde el balcón, le hacía señas para que se acercara. Él no estaba muy acostumbrado a este tipo de situaciones y menos, tratándose de una mujer. Había sufrido mucho en su última relación y no estaba dispuesto a permitir ni por asomo, que le sucediera lo mismo otra vez. De todas formas, la intriga pudo más y llevándose consigo el vaso de ginebra que ya tenía servido, se acercó.

—¿Usted anda preguntando por mí?

—En el caso de que usted sea quien me han dicho que es, sí.

—¿Y quién le han dicho que soy, si se puede saber?

La muchacha lo miró divertida.

—El hombre del carbón. Pero siéntese, quiero hablar de negocios, si no le parece mal —, y tendiéndole la mano, se presentó —. Me llamo Blanca. ¿Con quién tengo el gusto?

—Perico —respondió parco mientras corría la silla arrastrándola sobre el piso.

—Mire, le cuento. Soy parte de una compañía de baile flamenco…

—Ah, los que taconean ahí arriba —murmuró Perico.

Blanca sonrió.

—Es lo que tiene el flamenco, ¿vio? Taco y palmas y algún que otro grito —replicó la muchacha haciendo un paso de baile con las manos. — Pero le sigo contando —. Dio un sorbo al vaso buscando un poco de suspenso. —Mañana estrenamos en el Teatro San Felipe, que, por otro lado, ha quedado estupendo después de la reforma. Pero vayamos al grano. Nos ha surgido un problema y es que no tenemos cómo llevar nuestros enseres hasta la sala y andamos necesitando de un carro con cierta urgencia. ¿Me entiende a dónde quiero llegar?

Perico afirmó con un leve movimiento de la cabeza.

—Mi carro es solo para acarrear carbón. Cualquier cosa que se le ponga arriba, queda negra.

—Eso no es un problema. Estamos acostumbrados y por eso siempre viajamos con una lona donde apoyar nuestras cosas. ¿Puede o no puede alquilarnos el carro? Por supuesto que, además, está invitado al estreno. ¿Le gusta el flamenco?

—No tengo idea, nunca vi.

—¡Ah, se va a enamorar de nosotras! —se rio la muchacha y reponiéndose continuó—. Y bueno, ¿nos alquila el carro o no?

—Y bueno, unos vintenes de más no vienen mal.

Perico terminó la jornada y volvió para su casa más temprano que de costumbre. Tenía mucha tarea por hacer. Desenganchó el caballo y lo soltó para que descansara.

—Hoy vamos al teatro, Petizo —le habló al oído mientras lo cepillaba—, y tenemos que estar bien pintunes.

Se dio un baño a conciencia con el jabón de La Uruguaya que había comprado hacía unos meses y que usaba solo los domingos. Luego, sacó el traje, lo tendió sobre el catre e inclinándose, lo alisó a conciencia con la mano. El contacto de su áspera piel con la suavidad de aquel género, le hizo revivir las caricias que había prodigado a aquel amor traicionero. Por un momento, el rostro de Blanca, aquella “bailaora” porteña, se hizo nítido en la penumbra de la pieza y algo se removió en su interior. Como sacudiéndose un mal sueño, se incorporó y comenzó a vestirse.

—Sos otro Perico —se dijo a sí mismo mirándose en el espejo que algo manchado por los años, se mantenía entero en la puerta central del ropero, y satisfecho, salió rumbo a la muralla.

Cuando llegó, el gallego Lorenzo disfrutaba del airecito que la tarde traía del río, sentado en el escalón de la puerta del bodegón.

—¡Y este “Dandy” de dónde salió! —gritó bromeando y poniéndose de pie de un salto.

—No seas bobo, ¿querés? —respondió Perico apeándose del carro con cuidado para no ensuciarse.

—¿Y a dónde vas con esa pintita?, si se puede saber —inquirió el otro.

—Estoy trabajando, ¿no ves? —le dijo señalando el carro.

En ese instante, apareció Blanca.

—Perico, ¡qué puntual! Ya bajamos todo y lo cargamos.

¡Tenemos unos nervios…!

Las ruedas del carro chirriaban mientras los circunstanciales pasajeros saltaban acomodados sobre las tablas que hacían las veces de precarios asientos. Al llegar al teatro, descargaron los baúles y maletas y lo despidieron.

—Deje el carro por acá, nomás. Y vaya para el frente que en un ratito ya abren las puertas, así se ubica en primera fila. —Blanca lo saludó con una sonrisa embaucadora.

La función terminó cerca de medianoche. Perico había quedado impresionado por el espectáculo y, sobre todo, por la actuación de Blanca. La imagen de aquella pollera de lunares alborotando el aire con sus giros y el taconeo crepitante de sus zapatos contra las tablas del escenario, quedó dando vueltas en su cabeza. Había sentido la mirada profunda de Blanca en medio del éxtasis del baile y el ahogo de la pasión tanto tiempo contenida. Mareado por la lucha que se estaba dando en su interior, dobló en la esquina en busca del carro para retornar a su casa. Se detuvo en seco: el carro no estaba allí. Presintiendo lo peor, miró para todos lados sin resultado. En medio del estupor, escuchó las campanas de la Iglesia Matriz que comenzaban a tañer inesperadamente, anunciando, casi con seguridad, alguna desgracia —no era posible otro tipo de anuncio a aquellas horas—. Corrió otra vez hacia la Calle del Cerrito y descubrió cómo el negro cielo de la noche, se teñía de naranja sobre la zona del Mercado cercana al Teatro Solís.

—¡Un incendio! —exclamó Perico en voz alta y salió disparado hacia el lugar uniéndose a la multitud que, dando voces desesperadas, ya colmaba las estrechas calles.

La falsa compañía de flamenco dejó atrás la ciudad rumbo al Miguelete. Habían alcanzado su deshonesto objetivo, pero, la vista en el horizonte de la ciudad en llamas oscurecía su victoria. Comprendían que sus acciones habían causado una catástrofe de la que seguramente, surgirían víctimas inocentes.

El muchacho más joven que había iniciado el fuego, lloró arrepentido. La codicia lo había empujado a los caminos del horror sin medir las consecuencias.

Arribados a la orilla del Miguelete, una barcaza los aguardaba en la más absoluta oscuridad.

—Ya está todo —dijo el que llevaba la voz de mando—. ¡Vámonos rápido de aquí!

Todos subieron a excepción de Blanca.

—¡Blanca!, ¿qué esperás?, ¡vámonos de una vez!

La muchacha, tenía perdida la mirada en el reflejo naranja que se cernía sobre Montevideo.

—No voy a irme —. Su voz apenas era audible.

—¿Qué decís?, ¡subite de una vez que nos van a descubrir!

Blanca los miró.

—Voy a devolverle a Perico su carro y su caballo —y diciendo esto, saltó al pescante, tomó las riendas y partió.

Al día siguiente, la ciudad fue retomando lentamente su ritmo reponiéndose del desastre.

—Se quemaron algunas tiendas y un par de galpones —comentó Lorenzo en el bodegón—. El local de remates de Piria también se vino abajo, ¡y mirá que tenía cosas de valor ahí adentro, el italiano! Debe estar como loco.

Perico bebía despacio.

—Vaya a saber cómo arrancó el fuego, ¿no? A esa hora no anda nadie por ahí. —Dio un sorbo y preguntó—: Y vos, ¿encontraste el carro?

—No, ni señales. Ni del carro ni del Petizo, que es lo que más pena me da.

Los dos hombres quedaron en silencio con la vista perdida.

—Bueno, gallego. Me voy.

—¿Y qué vas a hacer ahora sin carro ni caballo?

—No sé. Algo se me va a ocurrir.

Perico se calzó la gorra y cruzó la puerta del bodegón. Apenas pisó la calle, quedó paralizado: allí estaban Petizo y su carro esperándolo. Corrió para abrazar a su fiel amigo mientras reía como un loco.

—¡Petizo, creí que no te iba a ver más!

—Y yo creí que no lo iba a ver más a usted —sonó la voz de Blanca a sus espaldas.

Perico giró para verla. Vestía aún el traje andaluz.

—El fuego se lleva muchas cosas, pero también puede traer otras nuevas, ¿no cree?

REFLEXIONES

DESCONFINADAS

UN EJÉRCITO DE OJOS

Un ejército de ojos tomó la calle.

Miles de miradas perdidas inundando el espacio que dejaron otras que, encerradas, esperan el momento de imitarlas. Cuando sea prudente; o cuando ya no se pueda más.

Batallones desordenados de seres con medio rostro con sus gestos perdidos detrás de telones de papel y tela.

Perdidas las muecas de disgusto y las sonrisas tibias.

Extraviados los labios apretados del esfuerzo o la desazón; escondidas las bocas abiertas por el asombro o el aburrimiento.

Perdido el beso, atrapado en el tamiz del tapaboca. Curioso, ¿no? Igual que un virus.

Tal parece que tendremos que aprender a ser más escrupulosos para descubrir en los ojos del otro las profundidades del alma; más allá de la poesía y el romanticismo.

Tendremos que esforzarnos para que los demás vean en nuestras pupilas el reflejo de nuestros sentimientos.

Extraño, todo es muy extraño. Pero real.

¿Cómo será el mundo en quince días o en un mes o en un año?

¿Habrá cambiado algo? ¿Cuánto tiempo nos miraremos a medias detrás de los barbijos, incluso cuando éstos ya no estén?

La luz va a llegar, más tarde o más temprano. Seguro más serena y limpia, sin nubes de humo y mugre que la opaquen. Ojalá que, por mucho tiempo, eso espero.

Y estará en cada uno de nosotros, devolverle a la vida, aquello que le retaceamos y hacer de cada momento, un único instante de agradecimiento.

TE QUIERO…PERO DE LEJOS

Siempre me acompañó la certeza del primer abrazo, aunque no lo recuerde; seguro un regalo de mi madre.

Luego nosotros repetimos el ritual y abrazamos a nuestros hijos queriendo llenarnos de tanta felicidad y hacerla eterna.

Porque el abrazo, aunque fugaz, tiene algo de apropiación, del deseo de no dejar escapar ese momento.

Sí, ya sé que hay abrazos de compromiso o de ocasión. Pero yo no hablo de esos.

Hablo de los verdaderos, los sentidos, los que surgen porque sí, los que no se calculan ni se piensan.

El abrazo vence a la distancia. Reta y desafía nuestro espacio individual para convertirlo en un lugar compartido.

Cuando abrazás, tu corazón queda cara a cara con el del otro, para que se cuenten las cosas que la razón, esa tonta que vive en la azotea, no sabe contar.

El abrazo entibia el alma cuando ésta se enfría de soledad o desdicha; o simplemente cuando algún invierno sorpresivo se cruza en nuestra vida.

Te da la bienvenida y demora las partidas, te perdona y te cobija. Es el gesto de la caridad.

Hoy tengo el abrazo de mi esposa (y doy mil gracias por eso) y hoy también, extraño el de mis hijos, el de mi nieto, el de mis amigos.

Abrazos de amor cotidiano, filial y fraterno.

Abrazos que te dicen simplemente: “estoy contigo”.

Nos piden seguir queriéndonos, pero de lejos.

Por eso, cuando termine este largo viaje inesperado, comenzaré a guardar con cuidado en la memoria cada uno de los abrazos que la vida, generosa, me regale.

Nunca se sabe cuándo los necesitaremos otra vez.

VILLANOS Y HÉROES

Ahí van, a la vista de todos; con sus plumas desplegadas en un arcoíris sin colores, burdo y gris.

Faltando a la clase de los solidarios, huyendo de las reglas como si vivieran solos. Extraños entre los extraños, desiguales y rancios. Feos e hipócritas.

Sacando el cartel de: “¡a mí qué me importa!”. Creyendo que son inmortales, impermeables, diferentes, poderosos.

Salieron de la oscuridad para florearse frente a los otros (nosotros) que los miramos atónitos a través de las ventanas.

Se creen héroes cuando en realidad son villanos.

Cientos y miles cubriendo las plazas y las playas, mientras el resto de los mortales (¿será por eso?), los miramos por la tele.

Los villanos bien saben lo que pasa, pero prefieren ser malos. Es que así son los villanos. Viven la vida entera esperando un minuto de gloria. Gastan sus días soñando con el momento en que los demás hablarán de ellos.

No hay nada que los haga sentir mejor que mofarse de la crítica fundada y lógica. Porque simplemente son villanos y ellos quieren que la gente los odie. Aunque sea un poco.

Mientras los héroes lo arriesgan todo, cuidándonos en tantas cosas que parecían no eran tan importantes, pero lo son, ellos, los villanos, se ríen en sus caras y en las nuestras.

Algunos hoy, ya podemos tímidamente refrescar el cuerpo y el alma con la brisa o entibiarnos a la luz del sol. Vestidos con nuestros tapabocas coloridos, intentando desarrollar esa nueva capacidad de ubicarnos en el mundo a dos metros de distancia. Y en la calle, nos cruzamos con ellos, los villanos, que ya no están tan alegres (lo sé porque veo sus caras, no llevan tapabocas). Se encontraron de golpe rodeados de otros seres que son mayoría y los ignoran o incluso, les hacen ver su ignorancia.

Con algo de suerte, quizás, hayamos aprendido a no tomar en cuenta a los villanos que siempre estarán y a agradecer cada día, a los héroes que enfrentan la vida con esperanza y amor.

Nosotros decidimos de qué lado estar.

No estaba segura de si aquella sensación, era otra trampa de su mente. Es que últimamente le estaba jugando malas pasadas. Ana sentía que ya había transcurrido mucho tiempo desde aquella noche en la que el mundo había cambiado tanto. Hace años que no le prestaba atención al pasaje del tiempo: "¿Qué utilidad tiene a estas alturas?", se decía. Pero esto era diferente.

La puerta del residencial se había cerrado a cal y canto. Durante días y días no había podido salir de la habitación. La angustiaba la incertidumbre de saber cómo estarían sus rosas (que seguro esperaban por ella), y sobre todo, la entristecía profundamente el no poder tomar la mano de su hijo.

Él se asomaba una vez a la semana a la ventana que daba al jardín como en una vieja fotografía y le hablaba con palabras entrecortadas que parecían venir de muy lejos. Y ella asentía con la cabeza mientras una mueca que quería parecer una sonrisa, aparecía sin ganas en su rostro. Es todo lo que podía hacer. Algunas veces se preguntó incluso, si no estaría soñando. Ana pensaba que lo que no se siente en la piel, no existe. Y cuando las sombras de la tarde avanzaban, se perdía entre voces que no quería escuchar y la rodeaba entonces insistente y malvado, un viejo miedo: el miedo a la soledad.

Cada día igual que el anterior y el siguiente, el mundo se había convertido en un lugar de malas noticias. Solo veía pasar por la calle a gente sin rostro y miradas opacas, sin palabras, sin bostezos, sin adioses. Se imaginaba sonrisas y besos atrapados en aquellos barbijos y pensaba cómo harían para llegar a destino, si es que alguno lo lograba.

Ana no estaba segura de su propia lucidez y cerraba con fuerza los ojos hasta no aguantar más, intentando espantar los fantasmas que a veces la visitaban y la llevaban a otros tiempos.

Ayer creyó escuchar un villancico en la tele del comedor. "¿Ya es Navidad?", se preguntó.

Esa semana esperó con ansiedad la visita de su hijo, necesitaba

confirmar que realmente el tiempo había volado de esa forma.

—¿Qué día es hoy?

—Hola, mamá. ¿Ni me saludas? — respondió sonriente y asombrado el muchacho.

—¡Es que necesito saber qué día es hoy!

—Es 23 de diciembre, mamá.

—Lo sabía —dijo Ana un poco apesadumbrada— mañana es Noche Buena y pasado Navidad.

—Claro, y vendré a traerte unos turrones y a conversar contigo y…

Ana lo interrumpió.

—Pero no me abrazarás.

—Todavía no podemos abrazarnos. Es por tu bien.

—Por mi bien…claro.

Ana miró hacia el jardín, sus ojos se perdieron detrás de aquella silueta y murmuró para sí: "¿Quién decide lo que me hace bien?"

—¿Qué dices, mamá? No te escuché.

—Nada importante, hijo; digo solo, qué diciembre más cruel es este que nos ha tocado en suerte.

Esa noche no pudo conciliar el sueño. El recuerdo de mil navidades llenó el cuarto.

Cuando era niña, sabía que era diciembre porque la casa olía a jazmines. Allí estaban, en medio del aparador, suspendidos dentro de un vaso convertido en florero.

Una gran mesa manchada de colores, se poblaba de risas, música y voces chillonas. Y todos sin excepción, delataban su nerviosismo mirando de reojo el gran reloj de los abuelos esperando que diera las 12. Porque todos, grandes y chicos, ansiaban la llegada del tiempo de los abrazos.

La luz del amanecer comenzó a teñir tímidamente de rojo la habitación. Fue hasta la ventana y la abrió de par en par, y en la ligereza de la penumbra matinal, escuchó a su hijo gritar: "¡te voy a abrazar, mamá, hasta que nos duela de amor!". Ana cruzó los brazos sosteniendo sus hombros con fuerza y sonrió al sol que comenzaba a entibiarle la cara con la misma tibieza que un beso.

Él, posaba las manos en la ventana y la miraba en silencio. Lanzó entonces una bocanada de aliento sobre el vidrio y escribió con un dedo tembloroso: "Ya falta menos…".

Fue allí, en aquel amanecer del día de Nochebuena, que Ana

supo que el abrazo llegaría, tarde o temprano, para no irse ya más.

Su hijo lo había prometido y eso le bastaba.

Aquel diciembre cruel, ya terminaba.